

Mensaje póstumo

Guadalupe Zubieta Valenzuela

Mensaje póstumo

Guadalupe Zubieta Valenzuela

Premios DEMAC 2005-2006



México, 2006

Primera edición, noviembre 2006

Mensaje póstumo

por

Guadalupe Zubieta Valenzuela

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2006, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 968-6851-64-X

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Exploración	9
Intento sin palabras	16
Absurdia	17
El grito	21
La silla	24
La mirada del artista	26
Luto anunciado	27
<i>Impromptu</i>	31
Tiempo nublado	40
La vida en un día	43
Me rindo	49
Letras púrpuras	55
Sin respuesta	61

Luna barroca	66
Ejercicio	73
Chocolates	74
El cuarto oscuro	84
Analepsis	86

SEGUNDA PARTE

Demasiadas instrucciones en el mundo; insuficientes caricias sobre la Tierra	91
Yo confieso	96
El adiós	109
Escenas del alma	114
Encierro	122
Confesiones de una escritora neonata	127

*Hijo, para ti esta lluvia de palabras en racimo,
titilando, con el aroma de lo que fue y con mi amor inefable.
Sin embargo, permíteme dedicar también este testimonio
a todas las madres solteras
y a mis padres, in memoriam.*

La ternura, descubro,
es el mejor homenaje a la ternura.

ALDOUS HUXLEY

PRIMERA PARTE

EXPLORACIÓN

Mayo 21, viernes

La tarde caía sin cielo y con aire aplomado. El taxi me conducía a una cita con una mujer que, según dicen, ayuda a morir. El tráfico congestionado impedía que el carro avanzara; mientras tanto, recordaba con aflicción a la terapeuta de mi hijo: “Me asombra, señora, que haya traído a Mateo hasta ahora. Su hijo ha de haber pasado por una niñez muy dolorosa; usted es su madre y debió darse cuenta de sus retraimientos y depresiones. Tendrá que llevarlo también al psiquiatra, puede presentar ataques de violencia, por eso es muy importante que se le hagan electroencefalogramas. Además de esto, me dice que su madre tiene cáncer en el páncreas y la vida contada. Créame, señora, no podrá sola con todo esto; yo pasé por un proceso parecido al suyo y la comprendo más de lo que usted se imagina. Aquí está el teléfono de la tanatóloga, gracias a ella ayudé a mi madre a morir; por el precio no se preocupe, usted puede contribuir con lo que quiera, la institución donde ella da sus consultas no cobra, se sostiene de donativos voluntarios...”

Acudí a esa cita como a tantos otros lugares que la vida me había demandado: sin reclamos, con cansancio, sólo iba... La puerta de hierro fundido del Instituto de Tanatología se me hizo enorme, pesada, y la espera mientras me abrían, eterna. La calle se veía demasiado sola y larga, un camino estrecho parecido a un paisaje simbolista, y yo, pequeña, vulnerable. Cuando entré, sentí

el malestar que ofrecen las oficinas públicas y organismos que funcionan gracias a la asistencia de empresas privadas: demasiados escritorios, papeles, cubículos muy estrechos, con paredes de cristal donde todo se transparenta, ruido, voces...

—Antes que nada, Argelia, trátame de tú y dime ¿por qué estás aquí?

—Mi madre está en etapa terminal y la terapeuta de mi hijo me aconsejó que viniera contigo.

—¿Tu madre sabe lo que tiene?

—¡No!

—Si estuvieras en su lugar, ¿te gustaría saber la verdad o que te mintieran?

—Me gustaría saber la verdad.

—¿Por qué?

—Pues... para disfrutar más de mis días, de mis padres, de mi hijo.

—¿Qué más?

—¡Ay, po's no sé!... Prepararme para la muerte.

—Y, sobre todo, para saldar cuentas, ¿o no?

—Pues sí, para todo eso.

—Si descubrieras que todos tus seres queridos te han estado mintiendo, ¿cuál sería tu reacción?

—Me daría mucho coraje.

—¡Rabia!

Me interrumpió con seriedad.

—Y... y me sentiría decepcionada.

—Te sentirías defraudada, Argelia, al ver que tu familia ha estado tomando decisiones por ti, al robarte el derecho de saber cómo está tu propio cuerpo. Y ¿cómo han afrontado ustedes esto?

Algo empezaba a disgustarme, la silla me incomodaba, le estaba perdiendo el sentido a esa cita.

—Argelia, te estoy esperando.

—Bueno, mi padre se pasa todo el tiempo encerrado en su cuarto, casi no habla con nadie; mi cuñada, cada vez que va a la casa, le

dice: “Doña Carmelita, la veo muy bien, ¿eh? Cuando menos lo piense estará totalmente recuperada...” (¿te sigue molestando la silla, Arge?); yo trato de ser fuerte, de que mi hijo no me vea llorar y acepte esto como si fuera un proceso normal (mira de frente a la doctora). En las mañanas me despierto diciéndome: “Hoy es un nuevo día, sonrío”, y hago un esfuerzo por maquillarme, me pongo el vestido que más me gusta, los zapatos más cómodos y salgo a trabajar, como si nada estuviera pasando (caminando con garbo, derecha, ¿por qué no le dices también eso?); en la oficina casi no comento lo de mamá, los compañeros me saludan: “¿Todo bien, Argelia?” “Todo bien, Gerardo.” “¿Ningún problema?” “Ningún problema, Gerardo.” “¡Eso, así me gusta, las personas con mente positiva!” Al llegar a casa de mis padres les llevo alegría, un motivo para que mi madre no se deje vencer. Yo le tengo mucha fe a Dios y sé que Él no me va a abandonar. Eso sí, Ana Laura, casi no como, ni duermo; no sé qué hubiera hecho sin el *fenobarbital*. En general, creo que tengo el valor suficiente para luchar con la enfermedad de mamá (y esto último lo dijiste con satisfacción, para demostrarle a la doctora que frente a ella estaba una hija que lo puede todo, ¡tremenda mujer que eres, Arge!).

Ana Laura, inmóvil, me miraba callada sin interrumpir ni perder detalle. Serena, con un rostro dueño de sí mismo, clavó sus pupilas azules en mis ojos y me dijo muy despacito, en voz baja, pronunciando cada sílaba con perfecta seriedad:

—¡Qué discurso tan vacío!

—Doctora, tiene una llamada urgente por la línea uno.

—Espérame, Argelia, no tardo, aquí es así. Por más que quiere uno privacidad, no se puede. Salgo un momento a tomar la llamada en la otra oficina.

Las lágrimas empiezan a humedecer mi maquillaje, el llanto se deja venir más intenso, trago saliva, no sé si contenerlo, si soltarlo, si cubrirme el rostro, busco un pañuelo desechable con avidez... Mi vista se tropieza con las pilas de documentos sobre el

escritorio, como si esas lágrimas quisieran humedecer también la piel de mi razón. Escucho el timbre agudo de la puerta, me falta aire, el rímel ha entrado en mis ojos, arden... empiezo a ver nublado, un baño, por favor, necesito un baño, verme la cara, sonarme. Mis latidos se aceleran, y... ¿y si me voy de una vez, ya?

—Perdóname, Argelia, ya pedí que no nos interrumpieran. En este lugar no se puede trabajar, desde la próxima semana nos vemos en mi casa.

—Ana Laura, ¿tienes agua? Siento la boca seca.

—Y ¿qué más sientes, Argelia? La realidad es que tu madre se está muriendo, y aunque tratemos de ver la muerte como algo normal, nosotros no fuimos educados así. Hay que saber morir para saber vivir. ¡Qué paradoja!, ¿no? Y eso lo logramos siendo honestos. Me has dicho que tu padre se encierra en su recámara; tú dependes de una pastilla para dormir; estás dejando de comer y no quieres llorar; tu hijo se la pasa en un mundo de mentiras donde aquí no pasa nada y está pasando todo; se encuentran aislados, lo ves sólo unos minutos, pues cuando regresas de casa de tus padres ya casi está dormido. ¿Te fijas cómo repetimos los esquemas? Quieres enseñarle a tu hijo a vivir en la verdad y le pides que le diga a la abuela que pronto estará bien... (tu hijo, Arge, ¿qué estará haciendo ahorita?, quizá esté cuidando a su pollo, el que se trajo del campamento: “Mamá, por favor, te suplico que me sigas obligando a ir a los campamentos, aunque te diga que no, insiste, esta vez fue maravilloso, las estrellas, los borreguitos, hasta aprendí a cocinar...” Lo recibiste en la terminal cargando su animalito con un rostro lleno de colores, lo subió a la azotea, le habló a la portera, a los vecinos, hasta al dueño del edificio, muy preocupado, pues no quería que nadie lo molestara: “¿No hay problema con mi pollo? Quiero que crezca para que cuando se convierta en gallina tenga huevos y se los pueda dar a mi abuelita”. Lo encerró en la jaula, le construyó una casita con cajas de cartón y cada vez que llueve sube las escaleras corriendo para salvar a su mascota).

—Argelia, ¿me estás escuchando?

—Sí..., no, Ana Laura, me siento muy confundida. Algo me impide acercarme a mi madre. Hace muchos años que no le hago una caricia, un beso. Si yo te explicara lo difícil que ha sido nuestra relación, me siento tan lejos de ella, incluso... incluso, tengo ganas de que...

—De qué, Argelia, sigue.

—Ana Laura, quiero que mi madre se muera. ¡Qué horrible decir esto en voz alta, Dios mío!, y lo peor es que me estoy acostumbrando a este deseo que va creciendo y me quema las entrañas, a pesar de que hay momentos en que pienso que todo esto es una pesadilla y que mi madre volverá a ser la misma de antes.

—Te entiendo, Argelia, no es fácil ver que el ser que nos dio fortaleza y consuelo llegue a su final desintegrada, humillada por ese mal. Cuando vengas conmigo, ten toda la libertad de decir esas cosas horribles. Todos llegamos a sentirlas, nada más que no nos atrevemos a admitirlas y mucho menos a decirlas.

—¿Cómo platico con mi madre, Ana Laura? ¿Con qué palabras le digo lo que tiene?

—Por ahora no tomes ninguna decisión. Reflexiona, pero sobre todo siente, trata de estar abierta a esos sentimientos. Ésta es una gran oportunidad para que te acerques a ella.

—Y si me pregunta por qué se siente tan mal, ¿le sigo mintiendo?

—Primero tienes que calmarte, te veo muy movida. A lo mejor te ayuda poner por escrito lo que quieres decirle. Después, trata de ensayarlo mirándote al espejo, imagínate junto a ella, diciéndole todo eso muy amorosamente. Reflexiona, digiere, y hasta que no estés totalmente convencida, entonces hablen y lloren, es sano llorar en familia. No olvides que lo estás haciendo por ella y no por ti, porque la respetas, te importa y la amas.

—Toda mi familia se niega a que mi mamá sepa que va a morir pronto. Mi padre no me lo perdonaría nunca, y mi hermano piensa que se suicidará.

—Argelia, tú eres su hija y tienes todo el derecho de hablarle como tal, no necesitas pedir permiso, ni hacer ninguna encuesta. Veo que están muy acostumbrados a las mentiras y se les hace muy fácil vivir entre engaños. Haz lo que tu corazón te dicte, y si te pide ser honesta con tu madre, ¿quién te lo va a impedir?

Atravesé asustada avenida Universidad para tomar el microbús. Subí, pagué; como siempre, iba lleno, con pasajeros amontonados. Trato de encontrar un lugar vacío, mientras el chofer nos pide: “Avancen, avancen, atrás hay espacio...” Y yo, dentro de mí: “¿Espacio? ¿Cuál, señor?” Levanto una pierna, luego otra, mascullando: “Disculpe, señor, perdón, ¿me deja pasar?” Así, casi brincando, en un contorsionismo mágico, por fin llego al asiento, entre empujones y apachurrones, con mi cuerpo restregado. El puñal en el vientre, arriba, abajo, alfileres encajados en mis intestinos. Recargué el rostro en la ventanilla. Un sucio desfile de imágenes y sonidos me asaltó con ingratitud. Bocinazos, patrullas, sirenas, hileras de autos amontonados, gente en un correr constante. Como nunca, deseaba acercarme a mi madre y demostrarle que me importaba, decirle que la quería. Reconocí que nunca habíamos hablado en familia. Estar con la tanatóloga me había devuelto algo de seguridad, no había duda, mañana mismo aclararía todo. (¿Te urge hablar con tu madre, Arge? Ser sincera donde el silencio y el disimulo han ocultado el fracaso y el dolor; en un hogar empolvado por la máscara de la indiferencia, balbuceando pretextos, inventando mundos color de rosa. ¿Te acuerdas de aquella noche cuando regresabas de la oficina fastidiada de todo, decidida a irte de casa de tus padres? Tendrías como veintiún años cuando tu madre te recibió: “Mira, hija, he estado pensando toda la tarde que voy a quitar los muebles de la sala para que pongas aquí tu academia de baile; no lo dejes, hija, hemos gastado mucho dinero en tus clases para que se vaya todo a la calle, explota lo que sabes. Aquí en los ventanales de la sala ponemos el anuncio: ‘Clases de hawaiano y tahitiano, de lunes a sábado. Tel. 16-42-20.

Maestra Túnez”. Tu madre no te dejaba hablar, ni respirar, ni moverte ... “En la estancia te caben como veinte alumnas, vas a cobrar cincuenta pesos al mes por adelantado y, eso sí, yo te llevo las cuentas...” Ya no pudiste decirle, Arge, que te ibas de la casa y que esas clases de baile, de piano, de inglés, te importaban un bledo. Tú eras joven y te vestías con el brillo de la pasión, aún no habías recibido en carne propia la herida del rechazo y estabas muy lejos de saber lo que se siente que un hijo abandone el hogar. Apenas estás conociendo lo que se siente vivir con un adolescente que no habla, que se encierra en su recámara y que, cuando sale, te reta con la mirada. Pero, acéptalo, por más que se reniegue de la madre, el amor y su calor permanecen, nada puede contra el aroma del hogar perdido, el recuerdo: tu madre sintonizaba la telenovela de las seis de la tarde: “Yo te quiero, Teresa, podemos casarnos cuando tú gustes, te rescataré, ya no tendrás que huir a ningún lado... –se miran a los ojos, él se acerca a ella, le da un beso; música de fondo: *Tercera sinfonía* de Mendelsson, entra comercial–”. Tu madre se levantaba, preparaba su café con un pedazo de pan dulce y encendía un cigarro mientras te preguntaba: “¿Quieres uno?”, y tú aceptabas, lo compartían. Los recuerdos son como el mar, acuosos, acechan, los puedes tocar, ver, llegan a tus manos, se resbalan, se pierden entre tus dedos, se ocultan en tu mirada y, con ellos, el temor de repetir tu misma historia con Mateo, de formar el mismo hogar gris con paredes color durazno; con los recuerdos, la impotencia de acercarte a tu hijo, de darle un abrazo, un beso: “Mateo, espera, no te vayas...” “¡Me quiero ir de esta casa, madre...!” “Pero si apenas tienes trece años, hijo, ¿qué te pasa?, ¿qué es lo que no te gusta?” “¡Ya no aguanto más!” “No me digas que te vas ahorita a la escuela, no son ni las seis de la mañana. ¿Por qué no me respondes?” En ese momento descubriste en su rostro cierto gesto de violencia. Salió aventando la puerta y bajó furioso las escaleras del edificio. Te asomaste a la ventana para ver hacia dónde se dirigía. Lo viste desaparecer entre la

bruma con su mochila en la espalda, su uniforme de deportes y con los pasos aún de un niño. Los recuerdos, Arge, atacan, llegan revueltos de pasados y presentes y se van dejando un vapor pegajoso.)

INTENTO SIN PALABRAS

Mayo 22, sábado

Llego al edificio donde viven mis padres, subo las escaleras pensativa; con miedo, abro la puerta, la de la cocina, por donde siempre hemos entrado y salido, a pesar de que el *depa* tiene dos entradas. Percibo el olor que ya se está haciendo normal: el de algo podrido, que me recuerda el cáncer de mi madre. Me recibe entusiasmada, me jala hacia la estancia, limpia y ordenada como siempre, amplia, con sus grandes ventanas por donde entra mucha, mucha luz, las persianas alzadas; suele tener las cortinas de gasa, color perla, corridas para que los rayos del sol sean menos fuertes, y lucen pulcras y elegantes. Su voz sonaba alegre:

—Fíjate, hija, que ayer tuve menos dolor, incluso ya cociné, por favor, quédate a comer. Hice enchiladas verdes y sopa de fideo y a ver si, en la tarde, me llevas al salón de belleza.

—Sí, má.

—Sigo bajando de peso, imira nada más cómo me quedan ya estos pantalones!

—¿Y el doctor vino, mamá?

—Sí, me acaba de cambiar la sonda, por ahí le tuvimos que dar otros quinientos pesos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cada vez que se me sale la sonda le tenemos que pagar quinientos pesos? ¿De dónde vamos a sacar tanto dinero?

—¿Y qué te contestó?

—Pues lo mismo, que tengo que comer, hacer ejercicio, caminar. Como le dije: “Pero si es lo único que hago, doctorcito; además,

dígame, ¿cuándo me van a quitar esta bolsa recolectora que se ha convertido en un infierno?

—¿Te dijo cuándo te la van a quitar?

—Que en unas semanas, siempre y cuando haga lo que él me dice. ¿Verdad que algún día voy a dejar de drenar?

(El tono de su voz te recordó la ingenuidad de la infancia, quizá por eso seguías callando la verdad.)

—Sí, mamá, algún día dejarás de drenar.

(Anda, Arge, dile que esa sonda nunca se la van a quitar.)

—¿Verdad que algún día estaré bien?

—Sí, mamá, algún día estarás bien. Ya me voy.

—¡Ay, hija!, pero ¿por qué tan rápido, si acabas de llegar?

—Tengo que hacer algo urgente.

—Pero si te ibas a quedar a comer con nosotros. ¡Ay, Sagrado Corazón de Jesús, pero ¿qué te pasa? Mira nada más con qué enojo agarras tu bolsa, siempre tan nerviosa, ¿cuándo cambiarás?

—Nos vemos mañana, mamá, y... —te fallan las fuerzas y escapas sin mirarla a los ojos.

—Hija, pero no bajas tan rápido esas escaleras, ¡cálmate!

(¿Cuál es la palabra, Arge?, ¿cobardía?)

ABSURDIA

Junio 17, jueves

No puedo distinguir los días de la semana, un lunes es igual a un viernes, el domingo es un vástago perdido en veinticuatro paredes. Me despierto con las voces de las personas que pasan, el piar de los pájaros me dice que es un nuevo día y los motores calentando la marcha me recuerdan que el mundo sigue. Ha llovido toda la noche, el cielo tiene la luz fría y blanca que precede a la tormenta. Empecé a caminar con mi tristeza entre la gente, hacia el metro,

mientras volteaba hacia arriba para poner esta lástima infinita junto a las nubes, recorriendo calles que mis pies conocen tan bien desde hace demasiados años.

Ir a la oficina se ha convertido en un reto: encontrarle dulzura a la rutina con esta angustia por mi madre que se deteriora lentamente, como una gota de agua cayendo sobre una piedra hasta perforarla. Otro día, la misma hora, el mismo microbús; el escritorio recibíendome obediente; la silla esperándome sin prisa; el teclado sonriendo ante mis errores; la pantalla chupando mis esfuerzos y la impresora traduciendo mis intentos: “Hoy no me voy a equivocar, hoy me voy a concentrar”. A ver, Arge: selecciona, vete hasta arriba con el cursor y bloquea todo el documento, despacio, ahora, dale *cut and paste*, pero fíjate bien dónde le vas a dar *paste*; ahora revisa bien que no se te haya ido algo... ¡Huy!, se te estaba pasando el “con copia para”, ¡pon atención, por Dios! Que no te distraiga el sonido del conmutador; revísalo de nuevo, ¡ay, mira!, ponle acento a “mas”. ¡Uf! Necesitas hacer ejercicios en la mañana, Arge, que te ayuden a concentrarte antes de venir a la oficina. José Manuel te aconsejó que hicieras respiraciones y que trataras de visualizar el aire cuando inhalas y cuando exhalas, hazlo a diario, de lo contrario vas a tener muchos problemas en el trabajo. Corrígelo, eso es, pásale el revisor ortográfico... pero no te confíes, hay muchas palabras que el diccionario de la computadora no reconoce, ahora dale *print*. Lee, sílaba por sílaba, en voz alta, fíjate bien, no te vayan a regresar el documento con errores; deja de voltear a la oficina del director, que no te importe con quién está hablando a puerta cerrada, abstráete de las miradas, de las risas, deja en paz la taza de café, no vayas tanto a la cocina; córrele, sácale copias, compagina bien, ¡aguas! Mira, esa hoja está al revés; entra a la sala de juntas, reparte el documento, sonríe, derecha, viendo a los participantes de frente, no te detengas, no dudes...

—Argelia, tienes una llamada, ¿a dónde te la paso?

—A mi escritorio, *please*, Marisol.

—¿Argelia?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Ariel Maya, ¿te acuerdas de mí?

Esa voz tras la bocina me arranca del trabajo y me lleva a la niña acomplejada que se enamoró por primera vez de Ariel Maya, de diecisiete años. ¡Ariel! ¡Ariel! ¡Dios mío! ¡Han pasado tantos años desde que nos dejamos de ver!

—¡No puedo creerlo! ¡Ariel!

—¡Ay, preciosa, no te he olvidado! Hasta tengo una foto tuya de cuando tenías doce años, y me la encuentro cada vez que arreglo mis libros...

—Argelia, ¿qué pasó con esa llamada que te pedí?

—Es que está ocupado, señor, pero voy a seguir intentando... ¿Cómo conseguiste mi teléfono, Ariel?

—Me lo dio mi hermana Bárbara, me dijo que se vieron en diciembre en una comida que mi hermano hizo en su casa, y que casi no has cambiado. Cuéntame ¿cómo estás, vives con alguien?

—Vivo solamente con mi hijo, pero no me molesta mi soledad, al contrario, me gusta, ¿y tú?

—Yo acabo de terminar con Berenice, una relación que duró más de un año. Ella es casada y ya no me sentía a gusto pero, para que veas, a mí no me gusta estar solo... ¿Cuántos años tiene tu hijo, cómo se llama?

—Tiene trece años y se llama Mateo. Ahora mismo lo estoy llevando a unas terapias porque le descubrieron algo que se llama *petit mal*. Es como epilepsia mínima, periodos de ausencia que duran segundos. Me dicen que no me preocupe, que eso se quita con el tiempo.

—Argelia, te llama tu jefe, que si vas a su oficina.

—Ay, Deby, dile, porfa, que estoy en una larga distancia, que ya casi termino ¿sí? Ariel, tengo que colgar, pero antes dime, ¿sigues pintando?

—¡Pos si de eso vivo! Mis cuadros se exponen en una galería y de repente hago pinturas por encargo.

–Ariel, ya me voy, me está llamando mi jefe.

–Dame bien tu dirección, Argelia, te voy a mandar una carta y ahí vas a ver todo lo que sentía por ti, y si te puedo ayudar en algo con tu hijo dímelo, por favor.

–Ariel, prométeme que me vas a escribir, porfa.

–Te voy a mandar la carta por Estafeta, llega rápido, y no dejes de contestarme.

Apretando la bocina del teléfono empecé a aferrarme, sin darme cuenta, a él. Tenía ganas de gritar de emoción, de que todos mis compañeros supieran de esa llamada, de ese amor silenciado por tanto, tanto tiempo; ganas de reír, de brincar, de compartir ese gramo de felicidad que había llegado como un rayo de luz que atraviesa la rendija de una cárcel. Salí del trabajo para continuar la rutina: aquel semáforo en el mismo lugar, el mismo camino del microbús, las mismas noticias, la misma conversación con mi madre, las mismas medicinas, el mismo adiós, la misma incomunicación con mi hijo, su mutismo, sus distracciones. “Mateo, ¿ya tomaste el Trileptal?, ¿y el Rivotril?” “Sí, mamá, y me dan mucho sueño. Le bajé a la dosis, hoy en la mañana me dormí en las primeras dos clases.” “¡Pero, cómo, Mateo! Hay que decirle eso al psiquiatra.” “Ya no quiero ir con ese señor, nomás me llena de medicinas.” “A ver, hijo, enséñame lo que hiciste hoy de tarea.” “No, no quiero, déjame en paz.” Te alejas confundida, te sientes incapaz de ayudar a tu hijo, una madre mediocre, elemental, haciendo preguntas básicas: “Hijo, ¿cómo estás?” y ahí te detienes y no puedes ir más allá de esa pinche pregunta, dar un paso adelante, llegar a tu hijo y, de repente, su portazo, después, el tuyo.

Me encierro en mi recámara, enciendo la radio, las mismas noticias, la misma dosis de pastilla para dormir. Un respiro, la copa, cerrar los ojos, estirar los brazos, recibir la noche; sin embargo, no será la misma caricia, ni el mismo beso, ni los mismos brazos, ni esa mirada, ni esa voz en mi duermevela; ni su cuerpo en mi claroscuro:

Me bastaba contemplarlo, ir a su estudio, acariciar sus pinturas, asombrarme ante sus coloridos pastel, asistir a sus fiestas y escucharlo tocar la guitarra. Me bastaba asomarme al balcón todas las tardes y verlo pasar y quedarme inmóvil, mientras mis ojos lo seguían ingenuos. Hasta que una tarde de ésas, sin saberlo, pasó frente a la terraza por última vez y me quedé con mi amor, callada.

¿Fuiste tú, madre, quien me habló de la ilusión? ¿O ya se nace con ella? ¿Es algo inherente al ser humano? Ilusión, déjame recostarme por un momento en el hueco de tu pecho, sentir tu calor, tus latidos. Abrázame y dime que el corazón fue hecho para romperse, pero igual sigue creciendo y vuelve a sanar. Déjame dormir por un momento a tu lado, no hagas promesas, no sonrías, quédate aquí, sobre la almohada, mientras recuerdo su voz. ¿Eres él? o ¿él eres tú?

EL GRITO

Julio 2, viernes

Querida Argelia:

Esto que escribo parece extraño, pues no le escribo a la Argelia de hoy, sino a aquella que despertó mis deseos adolescentes. ¡No sabes cómo me gustabas! Eras casi una chamaca, pero con un cuerpo bellísimo; adoraba tu sonrisa con esos dientes radiantes, tu piel morena, tus ojos como dos aceitunas grandes, tus modales finos y tu timidez, en eso nos parecíamos, pero en ti eso era más razonable, pues eras más chica. Recuerdo también tus minifaldas, tus muslos con mallas, a veces blancas con dibujitos, a veces negras... te gustaba mucho usarlas. Me di cuenta del cambio en tus zapatos, de aquéllos de niña, al zapato de tacón alto. Todo sucedía ahí en la calle de Astrónomos y quedó grabado en mi memoria como la idea del amor, de la mujer que me fascinaba. Sólo esperaba la tarde para verte pasar y que

me vieras, y me sonrieras. Te guardé en mi corazón por siempre, hasta tengo una fotografía que aparece de pronto, en diferentes libros; cada vez que la encuentro, la observo detenidamente y te envío amor. Es una foto en blanco y negro: estás sentada con tu vestido como de tela entrecruzada, tus manos sobre las piernas y tu pelo corto ondulado. No sabes cómo, durante más de treinta años, te he guardado conmigo. Fuiste como un suspiro eterno, me enamoré mucho de ti. Ahora que escuché tu voz, pareciera que fueras la misma. Quizá no te acuerdes de la mía, pues siempre que te veía me quedaba mudo, pero yo sí te escuchaba cuando hablabas con mi hermana Bárbara, se reían, bailaban, ensayaban los últimos pasos de rock al ritmo de *All my loving*, *Twist and shouts*, *King Creole*. ¡Qué cosas, qué recuerdos! Cuando llovía, te imaginaba conmigo; la calle, la gente, la tienda, la música. Fuiste como un recreo en el cauce difícil, arduo de mi vida, donde tenía esa libertad de querer, de soñar. Siempre quise darte un beso, nunca te lo di; lo más cerca que estuve de ti fue en una fiesta en la colonia Escandón, a la que fui para verte. Me salió lo estúpido y te dije algo que no he podido olvidar: “Argelia, quiero que sepas que me gustas mucho, pero habrá que esperar un tiempo más porque aún estás muy pequeña”. Si no recuerdas esto, no te culpo, pues te lo dije en un tono muy triste, en voz baja y la música tocaba muy alto. Fue lo último que hablé contigo. Quedé arrepentido. ¿Cómo componer las cosas, cómo decirte que mejor no, que olvidaras lo que te dije, que me gustabas y que quería sentir tan sólo un beso tuyo, con esa sonrisa, tan, tan hermosa? Te doy las gracias por haber aparecido en mi vida y por haberme gustado tanto. De repente me enteré de que ya estabas estudiando danza en el Auditorio Nacional; ahí me di cuenta de que empezaba a perderte, de que todo había sido una fantasía, que pronto tendrías otros intereses y todo quedaría en el olvido. Pero siempre te guardé conmigo, hasta que después de muchos años logré, por primera vez, hablar contigo diez minutos por teléfono, ¡increíble! Me gustaría mucho abrazarte y dejar que todo este pasado fluyera a través del abrazo y luego vernos tal como somos. Te envío unas fotos mías, de Bahía y de algunas de mis pinturas. No me gustaría que esto pareciera una

declaración de amor; es un amor declarado desde hace muchos años y sólo estoy recordándolo, preciosa. Cariñosamente, Ariel.

Pensé, idiota de mí, que si mi madre me veía con una ilusión después de tantos años, mitigaría su dolor y sentiría gran consuelo al no saberme sola. Pensé, pensé, pensé que ahora sí ya no había necesidad de mentirles a mis padres, de esconderles mi sueño, mi felicidad. ¡Oh, pobre ilusa!: “¡Mira, mamá, la carta que recibí de Ariel! Te acuerdas de él ¿verdad?” “Ay, hija, claro que me acuerdo de ese tipo, nunca me cayó bien. En esa carta no dice nada, se ve que tiene mucha labia ese tal Ariel.” “¿Ya te fijaste, Argelia—continuó mi padre—, que ese hombre no se ve buena gente? Mira bien esta foto...” “Pero ¿qué te pasa hija? —interrumpió mi madre—: ¿estás ciega? ¡No queremos, escúchalo bien, saber que andas con esta clase de hombres!”

Salí corriendo de esa casa, me encerré en mi cuarto, agarré el bat y empecé a golpear la almohada. Nunca me había sentido tan tensa y, al mismo tiempo, tan frágil. Ahí estás, Arge, hincada sobre el colchón, aferrándote a un bat que Ana Laura te pidió conseguir: “En cualquier mercado lo venden. Ve a los puestos de juguetes para niños y pregunta por un bat de plástico, y cuando sientas mucho coraje trata de golpear una almohada con él, grita todo lo que puedas, observa bien qué pasa, después trata de escribir tu experiencia”. (Levantas el bat y le das un golpe a la almohada y quieres gritar, pero el aire se te escapa; y en tu cerebro te ves caminando llena de resentimientos, limpiando escombros, perdida en callejones, y golpeas y gritas, pero esos no son gritos, son vahídos y tiemblas, y el mareo... Acabas de descubrir que no sabes gritar, ni siquiera puedes golpear bien la almohada, el palo se te resbala, te duelen las palmas de las manos, estás rígida. ¿Quieres acabar con algo? ¿Con tu hogar empolvado? ¿Con tu estúpida necesidad de apoyo? Sólo escuchas el sonido seco del garrote y te aferras a la carta de Ariel, a sus palabras, a sus promesas, los brazos te

tiemblan, te reprimes, crees que el vecino te escucha, que piensa que estás loca, maltratando a tu hijo; y no tienes pulmones para respirar, ni una pequeña voz que te respalde.)

LA SILLA

Julio 9, viernes

–Argelia, imagina que en esta silla está sentado tu padre. ¿Qué le dirías cuando él te humilla y te dice con crueldad que sólo te quieren para una última conquista, que estás otra vez en el camino equivocado, pues, según él “seguramente Ariel es un vividor, pues en la foto se ve muy raro”.

–No puedo hablar, Ana Laura, estoy paralizada.

–Ven, siéntate acá, Argelia. Ahora eres el padre de Argelia y en esta silla de enfrente está sentada su hija y le dice a su padre que quiere vivir su vida, que merece que la respeten. ¿Qué le dirías a Argelia?

–Pues eso es lo que has hecho toda tu vida, y mira, nomás se han burlado de ti. Lo más importante es tu hijo, que le des un buen ejemplo, a él debes dedicarte.

–¿Así habla tu papá, así de bajito? Porque casi no te escuché.

–No, Ana Laura, así no habla.

–¿Cómo habla?

–Habla muy fuerte y golpeado.

–Bueno, pues, entonces di lo mismo, pero más fuerte y golpeado.

Me llevo las manos al estómago. Es un dolor muy antiguo y lo acepto con incomprensible resignación. Todo el personal de la oficina se ha ido, no se escucha ni un ruido, sólo el de las sillas, dos sillas de oficina, a lado de un largo escritorio, tratando de curar mis heridas. Ana Laura ve que no puedo emitir sonido algu-

no, se sienta frente a mí y, levantando el tono de su voz, como si fuera mi padre, dice:

—MIRA, ARGELIA, ¿QUÉ ESPERAS DE UN HOMBRE QUE ESTÁ TAN LEJOS? YA ES TIEMPO DE QUE TE DES A VALER. LO MÁS SEGURO ES QUE ESE ARIEL SEA UN PERDEDOR, SI QUIERES VIVIR EN COMPLETO LIBERTINAJE, HAZ LO QUE QUIERAS, ¡ESTÁS ACABANDO CON NOSOTROS!

Un pesado silencio se interpuso entre nosotras; todo me parece más oscuro, el cubículo, las otras oficinas, la tarde se ha nublado, me siento sin suelo.

—Argelia, respóndeme, ¿qué le contestarías? Habla, te estoy esperando.

—No, papá, no nada más sirvo para últimas conquistas y no sólo mi hijo es lo más importante. Yo también soy importante y es mi vida, ¡respétala!

—¡Eso! ¡Es mi vida! ¡ES MI VIDA, ES MI VIDA! Dilo. No, así no, más fuerte. Mírate cómo estás, jorobada, con la vista hacia abajo... ¿y qué haría tu padre?

—Se seguiría de largo, dándome la espalda, entraría a su recámara y cerraría la puerta.

—¿Y tú que harías? Anda, respóndeme, sé que quieres decirle algo a tu padre.

—Está bien, papá, dame la espalda, siempre cerrándome la puerta, pero ya no le tengo miedo a tu silencio. Te lo advierto, éste fue el último intento que hice para hablar contigo.

—¡Mírate, nomás cómo estás! Tu voz, sí, tu voz, no la escuché, no la escuchó nadie. Enderézate, haz los hombros pa'trás, saca el pecho, mira de frente, aprieta el abdomen, cierra los puños, toma aire. Ahora repite lo mismo, pero más fuerte, es tu voz la que se tiene que escuchar. ¡MÁS FUERTE, ESO ES, OTRA VEZ, ENDERÉZATE, ESO, MÁS FUERTE, MÁS FUERTE!

—Estoy rendida, Ana Laura, tengo mucho frío y siento mis manos dormidas, creo que nunca podré hacerlo.

—Argelia, ¿por qué quieres decirle a tu madre la verdad y ser tú quien decide acercarse a ella para demostrarle que la respetas y que ansías acabar con ese mundo de mentiras? Toda tu familia se opone y puede irte muy mal; sin embargo, te estás arriesgando y ahora que intentas descubrir tu voz, no puedes hacerlo. ¿No será que primero están todos y hasta el último tú? ¿No será que peleas por todo el mundo, pero no eres capaz de luchar por tu propia vida?

LA MIRADA DEL ARTISTA

¿Qué pensaste, Arge? ¿Que por haberse presentado Ariel en tu vida, la relación acartonada que has tenido con tus padres iba a cambiar? “Mamá, no te mortifiques más por mí, ya no estaré sola, te puedes ir en paz, un hombre bueno me quiere, me respeta, me ha prometido que siempre estará conmigo...”, mamá sonríe y te abraza, y tu padre te entiende, te escucha, no hay reclamos, sólo aceptación. ¿Acaso con decirle eso a tu madre su mirada desorbitada y turbia se tornará en un río claro y apacible? Recuerda aquella noche en que cumplías trece años. Ariel llegó a tu casa para regalarte una pintura de Degas que él te había hecho. Tu madre no permitió que lo vieras y se fue dejándote el regalo en el sofá. Se trataba de una bailarina saliendo a escena. Con la intimidad de su visión desplazó amarillos ocres en la tarima del teatro y, como Degas, retrató el balanceo interior de esa danzarina, confrontando la eterna interrogante: la realidad de las apariencias. Con una percepción aterradora mostró el rostro desdibujado de la artista. El cuerpo en acción, en el espacio para dar aire y distancia; zapatillas de satín rosado, atadas al tobillo contraído, dolor en un cuerpo rígido, dolor de las horas de disciplina, agotamiento, trabajo de artista, todo tiene que hacerse una, dos, tres veces. La bailarina sale a escena, el esfuerzo lo enfocó en el instante de teatralidad en que los meses de eternos ensayos van a ser probados en ese momento

escénico. ¿Acaso él, como Degas, tenía el mismo espíritu de Balzac sobre la comedia humana? El arte no es lo que el artista ve, sino lo que la gente descubre.

Fue la última vez que Ariel entró a tu casa y la primera que recibías algo tan íntimo, tan tuyo, de un hombre. Acariciaste la textura dorada del lienzo y decidiste guardarla en el baúl de tu infancia. Lo colgaste en el muro de tus fantasías para que sólo tú lo contemplaras, y te lo llevaste al viaje de tu destino, como se lleva un secreto, cuando se parte de la niñez hacia el horizonte idealizado. Malabarista de emociones y sentimientos, creciste con el sueño de convertirte en una de esas *ballerinas* para verte en armonía con el otro, en la apoteosis del amor; hasta Wagner pensaba que en algún lugar debe haber un príncipe que pueda ayudarnos. En esas imágenes encontrabas, guiada por la promesa del encanto, tu centro, el equilibrio. Todo lo veías tan sencillo, los pies casi siempre en el aire, los brazos estirados, buscando la idea vertical, el pensamiento hacia arriba que permite la expansión del espíritu, pues los bailarines son seres alados, etéreos, amorosos, bailando al mismo ritmo, hacia la misma dirección, con el mismo lenguaje, en una sincronía de movimientos inaudita. No sabías que el destino te tenía preparado salir a escena sola, bailando fuera de ritmo, tratando de encontrar algo de diversión en la comedia humana; pero la ironía sería más alta que tu voluntad y la sátira más ancha que tus intentos, pues en algún lugar del universo estaba decretado que tu historia la escribirías sin la compañía de un príncipe.

LUTO ANUNCIADO

Julio 10, sábado

—¡Argelia, he bajado cuatro kilos! Mira, hija, cómo se me está cayendo el pelo, ¡y esta sonda que no me deja vivir! ¿Hasta cuándo me sentiré bien? ¿Cuándo dejaré de drenar?

Me atreví a mirarla a los ojos con serenidad y, sentada al borde de la cama, muy cerca de ella y tomándola de las manos, le pregunté:

–Mamá, ¿en verdad quieres saber qué es lo que realmente tienes?

Con miedo movió su cabeza afirmativamente.

–Tienes un tumor canceroso en el páncreas.

–¿Y eso qué significa? ¿Quimioterapia? ¿Hospitalización?

Sus pequeños ojos color cobre se movían tan rápido que parecían canicas pateadas en las losas de la calle.

–No, mamá, estás en etapa terminal.

–¿Ya no se puede hacer nada?

–Nada.

–¿O sea que ya no tengo remedio?

–No, mamá.

–Pero... me van a dar quimio...

–Te digo que no, má.

–¿Ni radiaciones?

–Tampoco, mamá.

–Pero esta sonda sí me la van a quitar, ¿verdad?

–No, es permanente.

–¿Cómo que es permanente? ¡Si el doctor me dijo que me la quitarían en unas semanas!

–No, mamá, ya no te la van a quitar.

–¿Así me la van a dejar, para siempre?

–Sí.

–¿Y... qué va a pasar?

–Te queda poco tiempo de vida.

–Entonces, ¿estoy desahuciada?

–Sí, mamá.

–¿Cuánto, hija?

–Dos o tres meses.

Con una mueca en la boca se cubrió la cara con sus manos, movió la cabeza en señal de negación, y de sus labios temblorosos salieron palabras entrecortadas:

—¡Gracias, hija, no sabes cuánto te agradezco que me digas la verdad!

En ese momento entraba papá al cuarto. Mi madre, con el rostro contrahecho y tomándome fuertemente del brazo, le increpó:

—Entonces, Toni, ¿también tú sabías lo que tenía?

—Sí, Carmelita.

—¿Lo sabe mi nuera, mi hijo, la portera, el doctor?

—Sí, Carmelita.

—¿Lo sabe mi nieto, Conchita, mi sobrino Carlos?

—Sí.

—¿Todos lo sabían, menos yo?

—Sí, mi amor.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

Con los ojos humedecidos y como si quisiera escupir una bocanada de agua hirviendo, le contestó:

—¡Porque toda mi vida he sido un cobarde!

Mi padre, el fuerte, el que todo lo puede, el que todo lo sabe, el que me había inspirado temor desde la niñez, se fragmentó y se dobló en sólo unos segundos. Jamás lo había visto llorar y, menos, confesar su cobardía; era como ver a un rey azotado.

—No, Toni, no digas eso, yo ya presentía algo, no era normal que me sintiera tan mal.

No sabía qué era lo que más arrastraba mi alma, si los pocos días que le quedaban a mi madre o las lágrimas que ese hombre estaba derramando.

—Te voy a llevar al Hospital de México, mi amor, para que te den otra opinión.

—No, Toni, ¿no ves en qué me he convertido? Mírame, soy un hilacho, ya, por favor, ¡que Dios tenga compasión de mí! Ya no sirvo para nada.

—No, má, no digas eso. No sabes cuánto he aprendido de ti.

—Pero, ¿qué te he enseñado, hija? Toda la vida cuidándome, atendiendo mis enfermedades... perdóname, por favor, por todo lo que te he mortificado.

–Perdóname tú a mí. Nunca te supe comprender; siempre he estado a tu lado, pero enojada. Nunca te di la satisfacción de verme contenta y ahora, mamá, ahora, no quiero que te vayas.

–No llores, hija, no tiene caso, ¿para qué?

–Es bueno que lloremos juntos, má.

–Es que no puedo ver a tu padre llorar, hija, dime, ¿qué será de él sin mí?

–Trataré de estar con él todo el tiempo que pueda. Te quiero mucho, mamá, por favor, perdóname.

–Y yo te he amado con toda mi alma, has sido mi orgullo, hija. Júrame que vas a terminar tus estudios. Yo ya no voy a estar para entonces, pero sentirás mi cercanía, seguirás estando en mis oraciones.

No fue fácil llorar con mis padres, nunca lo había hecho. No fue fácil decirle a mi madre “perdóname”, nunca lo había hecho. Hubo de todo, menos el disimulo en que yo crecí. Esa tarde mi padre, mi madre y yo aprendimos en una recámara oscura, cerrada y que olía a bromo, que la muerte *es noche que no siempre se anuncia con crepúsculo*. Un silencio prolongado nos embargó. Hacía mucho calor en el cuarto, sentía que me asfixiaba y tenía la boca seca. De repente, mi madre se levantó con mucho esfuerzo de su cama, tomó el teléfono y le marcó a una de sus mejores amigas:

–¿Dorita?, te hablo para decirte que por favor no vengas mañana a la casa como habíamos quedado. Va a ser muy difícil que nos volvamos a ver, Dorita. Por el momento no quiero ver a nadie, cuando me sienta mejor te prometo que te hablo. Sí, sí, pero, por favor, cuídate, y ¡que Dios te bendiga!

Con mirada de angustia, le pregunté:

–¿Por qué cancelaste tu cita? Mi tía Dorita ha sido tu mejor amiga desde que tenían quince años, te caería bien verla.

Y con voz siniestra me contestó:

–¡No, hija! No quiero dar lástima.

Mi madre empezaba a decir adiós y yo sentía que la cabeza me iba a explotar. Me alejé de ella con un beso, dejándola con el irremediable desconsuelo de una pequeña abandonada. Mi padre se había convertido en una sombra encorvada sostenida por un bastón. Salí de la habitación como si un fantasma estuviera emergiendo de las penumbras. Al llegar a casa me sentía débil, flotando en otro mundo, las piernas no me respondían, sólo quería dormir. Ya tarde me habló mi madre, con paradójica calma me dijo segura, amorosamente:

–Hija, no quiero verte triste, no te preocupes por mí, ya lo presentía. Prométeme que vas a seguir adelante con alegría por ti y porque tienes un hijo. Mantén vivo el amor, hija, la pasión por la vida, por todo lo que haces. Lo que más me importa, Argelia, es que seas feliz.

Para mí ese tono era nuevo. Siempre había escuchado de su boca: “¡No significa nada para ti!” “¡Lo único bueno que has hecho es tu hijo!” “¡No te das a respetar!” “¡Mira nada más qué amargada estás!” Ahora, esa mujer con los días contados me consolaba con palabras que tenían el sonido del amor. Aguantando el llanto le contesté: “¿Ya ves cómo hasta en los últimos momentos sigues dándome fuerzas?”

IMPROMPTU

Julio 11, domingo

Órale, Arge, siéntate frente a tu computadora y escríbele a Ariel, no le vayas a decir lo que piensa tu padre de él, ni lo que sientes cuando le cambias a tu madre la sonda y su bilis se te queda pegada en las manos; más bien cuéntale que Vivian, una amiga de Puerto Rico, se acaba de ir de tu casa; coméntale que hace más de once años que no se veían y que escucharon misa en la parroquia

de San Juan Bautista y al oír: “¡Oh, María, madre mía, oh consuelo del mortal...!” escuchaste la voz devota de tu madre y las lágrimas se te salieron sin control; descubriste que empezabas a extrañarla y sentiste otra clase de soledad. El vacío. Vivian empezó a acariciar tu espalda, tú la tomaste de la mano bien fuerte y así permanecieron largo rato. Recuerdas: hace como doce años estabas en Puerto Rico y acababas de perder a tu primer hijo, con una aflicción rara y con ese dolor de ausencia acudiste a la universidad. Ahí, en la clase de inglés, te sentías extranjera. Vivian se acercó a ti y te preguntó: “¿Eres mexicana?” Ella te pareció una mujer bella, inteligente, un ser noble. Cuando te embarazaste por segunda vez, te llevaba todos los sábados al Viejo San Juan, veían escaparates y conseguían telas y adornos color pastel para decorar el cuarto de tu bebé, hasta te hizo las cortinas celestes y te prestó la cuna antigua de madera que cubrió con tul y organdí blanco. Tapizó con gran maestría las paredes con un empapelado que tenía dibujos de globos azul líquido. Pensabas que al despertar tu niño y ver esos dibujos de colores tan suaves y ligeros, su vida sería así: suave, ligera. En paz. ¡Con cuánto amor e ilusión se trae al mundo un hijo! ¿Verdad, Arge? Tu memoria conserva ese domingo en la mañana cuando Vivian te habló: “Argelia, ¿cómo tú estás?”, y le respondiste: “Mejor que nunca. Ya barrí, trapeé, cociné, caminé y no me duele nada ni me siento cansada”. “¡Pue’, ya vas a parir!”, te contestó llena de emoción. En la noche, Nicolás te llevó al hospital, y a las tres de la mañana escuchaste el primer llanto de tu hijo. Ese llanto, ¿era el de tu hijo o el tuyo? En la sala de parto no sabías que al estar dando a luz, también alumbrabas una senda infinita de sensaciones y desvelos. “Ése que trae la enfermera, es el tuyo.” “¿Cómo sabe que ése es mi hijo?” “Pue’, porque el mío no llora así”, te decían tus compañeras de cuarto.

Vivian era la única que te decía: “Argelia, agarra al nene, no lo dejes llorar tanto”. “Pero si todos me dicen que no lo cargue, que lo voy a mal acostumar.” “No les hagas caso, está muy chiquito.”

Pero no la escuchabas, tu cerebro y tu alma empezaban a enfermarse: “Déjalo, déjalo llorar”, te decían los amigos. Cuando lo sacabas al sol, la vecina: “¡Bendito! ¿Éste es el nene que llora todo el tiempo?” La hora consuetudinaria de su llanto era a las seis de la tarde. Te inclinabas sobre su cuna y un escalofrío penetraba por tu pecho. Te sentías minusválida al ver a tu bebé con la barbilla temblorosa, la garganta cerrada, empapado de lágrimas y sudor. Le ponías pequeños vendajes en su ombligo; la herida tardó meses en sanar, gracias a sus lamentos que no le dieron tregua, ni un momento de solaz que le permitiera que las cosas regresaran a su sitio. Limpiabas el sudor de su frente, preparabas la bañera, el aceite y el talco Mennen a un lado; la esponja de patito amarilla, una toalla azul afelpada, el pañal nuevo, un mameluco blanco. “Ya verás, mi niño, con este baño ¡qué bien te vas a sentir!” La esperanza, ese velo intangible, temblando en la oscuridad. Su llanto era tan intenso una tarde, que se te cayó la bañera; el piso se anegó, tus ojos veían cómo se iba escurriendo el agua por la recámara, sala, cocina... ¡gñá!, ¡ggññaá!, ¡gggññnaaá! Te asomaste a la ventana. La unidad habitacional en completa quietud, los vecinos ausentes, el atardecer pintado de violeta, las nubes demasiado ajenas. Quisiste escapar por un camino de tu conciencia, donde se desea lo prohibido, lo innombrable, respirabas angustia y...

¡Qué presentes tienes esos momentos! Despierta. Los recuerdos son profundos como el mar, están ahí, lejanos, cerca. Pueden ser verde agua, brillantes. Se parecen a las olas, violentos, repentinos, te golpean por la espalda, pueden dejarte de rodillas, incluso tirarte. No olvidas. Mateo tenía un año y te estabas divorciando. Vivian te consiguió trabajo y gracias a ella aprendiste computación. Ahí están en tu mente tus regresos de la oficina cerca de la medianoche a un departamento sucio, abandonado; una hilera de hormiguitas deslizándose sobre el azúcar regada en el piso, la basura sin tirar, los *screens* llenos de grasa, en el refri sólo biberones, un jugo de naranja. Nicolás durmiendo, tu hijo durmiendo, empapado

en sudor; no lo habías visto en todo el día. Nicolás pasaba por él a la guardería y lo cuidaba en la tarde. Le dabas un beso, noches caniculares en la cloaca de un hogar. Un viernes que regresabas fastidiada de la oficina viste sobre la mesa del comedor tu ficha de inscripción a la universidad: Literatura hispanoamericana, sábados de 13 a 15 horas. Desconcertada fuiste con Vivian: “¡Mira esto, Vivian! Si ya me di de baja en la universidad, ¿por qué Nicolás me inscribe ahora?” De inmediato te hiciste ilusiones, seguro que Nicolás ya no quería divorciarse y que tú seguirías estudiando. Y Vivian: “Mira, a lo mejor Nicolás te está mandando mensajes silenciosos, quizás él quiera conversar contigo, pero no se atreve. ¿Por qué no mejor tú tratas?” Entonces te sentaste aquella tarde de un domingo en la silla mecedora de la sala. Tu esposo estaba leyendo, como siempre, y tú agarraste fuerza, respiraste y temblando le dijiste: “Nicolás, vamos a darnos otra oportunidad. Mateo está aún muy chiquito, creo que merecemos intentarlo de nuevo por nosotros y por nuestro hijo”. La luz del atardecer se fue filtrando lentamente por los ventanales, tú estabas muerta de miedo, con esa esperanza de escucharlo decir: “¡Bendito, tienes razón! Esto del divorcio es una pendejá, ipa'lante!” Tu hijo de año y tres meses andaba por la estancia, caminando pensativo, mirando al suelo, sin interrumpir, parecía un adulto. Mientras, el crepúsculo se inflamaba de rojo. Nicolás levantó su rostro y con expresión grave te dijo: “No, Argelia, entre nosotros ya no hay más ná', tú te regresas a México y yo me quedo aquí en Puerto Rico. Eso sí, en el acta de divorcio tiene que constar que conservo la patria potestad, que mi hijo viajará hasta aquí para verlo todos los veranos y navidades”. No era la primera vez que habías tenido un intento de valentía, pero sí era la primera en toda tu cabrona vida en que te atrevías a pedir, a mendigar una migaja de cariño. Te levantaste con el sabor del ridículo y la silla quedó meciéndose como quedan meciéndose en el columpio de los vaivenes los intentos y derrotas hasta sentir un vértigo y caer.

Recuerda. Vivian fue la que te presentó un abogado para que te divorciaras sin pagar un centavo, la que te llevó al médico, pues los ataques de angustia y mareos no te daban reposo: “Tenga esta receta, señora, y tome una pastilla cuando sienta ataques de angustia. En su estado es normal, un divorcio es una de las cosas que más desequilibra al ser humano”, pero guardaste la receta. Las semanas pasaron, y la noche antes del divorcio, mientras preparabas en la cocina el biberón de tu hijo, de repente, el ahogo y un borbotón de lágrimas; sofocada agarraste tu bolso, la receta. “¿Pero adónde tú vas tan tarde?” “A comprar leche”, le contestaste a Nicolás, escondiendo tu rostro húmedo. Encendiste el coche, sentías los párpados pesados y el cerebro a punto de explotar: ¿Yo me voy a divorciar mañana? ¿Yo, Argelia Túnez, voy a privar a mi hijo de su padre? ¿Yo, la que se casó para tener tres hijos, titularse en letras, dedicarse a su hogar y a escribir? ¿Yo? ¿La que iba a ayudar a Nicolás a corregir y a editar sus manuscritos y, orgullosa, asistiría a las presentaciones de sus libros? ¡Yo! ¿¡YO!? Llegaste a la farmacia con la vista nublada, extendiste la receta: “¡Pero, chica! La fecha de esta receta ya está vencida, no podemos surtir-la” “Por lo que más quieran, mañana me divorcio y no podré estar así.” “¿Mañana te divorcias?” “Sí, miren cómo estoy, no puedo ir así a Tribunales.” “¿Eres mexicana?” “Sí, dentro de poco me regreso a mi país con mi hijo de año y medio.” “¡Ah!, pero ¿tienes un nene? ¡Tan pequeñito! ¡Ay!, mira, vamos a darle la medicina, bendito, pobrecita!”

Al día siguiente lo primero que hiciste fue tomarte otra pastilla, y te sentiste tan chévere, ahí, en la Sala de Tribunales, atestada de gente; tan chévere cuando pasaste al centro a jurar y decir la verdad y nada más que la verdad frente a un juez de piel negra, invidente, invidente de las cosas físicas, pero un visionario en los avatares del destino: “Y el señor Nicolás Sampeiro tendrá que aumentarle cada año la pensión, pues en México se devalúa el peso a cada rato ¿o no, señora? Señora, ¿me está escuchando?”

“Sí, señor juez.” “Entonces, ¿por qué usted no exige que conste en la demanda aumento de pensión cada año? Todo esto lo hago por su hijo, él no tiene ninguna culpa de lo que ustedes están haciendo y necesita crecer con una buena educación y con todos los derechos de un niño. ¿Señora?” “Sí, señor juez.” “Entonces, ¿por qué usted no pelea por su hijo?” Tan chévere cuando el señor juez te dijo que todo estaba quedando registrado por escrito, tan chévere ahí, abajo del auditorio, frente a un público extraño, escuchando, obedeciendo, parecías una marioneta pequeña jalada por los hilos del azar, tan chévere que cuando subiste las escaleras para regresar a tu lugar, te vino un ataque de risa al escuchar al siguiente demandante que pasaba al centro: “Y dígame, ¿cómo se llama su señora?” “¡Ay, señor juez, ya se me olvidó cómo se llamaba mi esposa!” “Pero, cómo ¿no sabe el nombre de su esposa? (la risa iba en aumento, a tal punto, que tenías que agarrarte el estómago). “Pero si me abandonó hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo de su nombre, señor jué’... (te ahogabas en tus carcajadas, no sólo tú, también Nicolás, el público). “Pero, ¿entonces cómo quiere usted que yo lo divorcie si no se sabe el nombre de su esposa?” Y así, chévere, asintiendo, con una risa cínica y dopada firmaste la demanda de divorcio. De este modo consumaste ese acto que dejó mancha. Vivian fue la que te arrebató el pomo de pastillas cuando se dio cuenta en la oficina de que estabas abusando de los antidepresivos, quien te llevaba a ti y a tu hijo a su casa todos los fines de semana, pues vivir con Nicolás se había convertido en un rito amargo. Huías. ¿Aún sigues huyendo, Arge? Ahorita, por ejemplo, al escribirle a Ariel, ¿estás huyendo? ¿De quién? ¿De tu madre, de ti misma? Te detienes, respiras, te llevas las manos al vientre, ahí está, el animalito que camina, que corroe. ¿De tu voz? ¿De tu hijo? O será que en lugar de dirigirte a Ariel, quieres escribirle a Nicolás para decirle esas cosas que se te quedaron en la garganta: “Creí en tu amor a la Verdad, a la Belleza y a la Justicia, te cargué de reclamos y no me di cuenta de tu cariño, y tú, noble y discreto, sólo

guardaste silencio”. ¿Por qué no se lo dices, Arge?, ¿por temor? ¿O vas a esperar a tener alguna enfermedad terminal, como tu madre, para decirle a Nicolás lo que nunca le dijiste?

El cursor de la pantalla no se ha movido. “Lo que nunca le dijiste...” Te levantas, enciendes un cigarrillo, tres fumadas, apesata, lo apagas. No olvidas. Dos días antes de que regresaras a México, Vivian pidió permiso en la oficina para llevarte a conocer los alrededores de Río Piedras. Aquella mañana que te ibas a tu país, el depa estaba lleno de parientes y amigos de Nicolás. Vivian llegó, se acercó a ti y en voz muy baja te dijo: “¡Pero mira, si Nicolás está chupao!” Volteaste a verlo. Hacía meses que no te atrevías a mirarlo al rostro, y descubriste una expresión dura, contraída, impenetrable. Borges decía: “Cada hombre tiene su cara única y con él mueren miles de circunstancias, miles de recuerdos. Recuerdos de infancia y rasgos humanos, demasiado humanos...” Aquel silencio que guardaste durante nuestro interminable proceso de separación, Nicolás, ese silencio que nadie pudo romper en diez meses, ni tu mejor amigo, ni tu hermano, ni tu madre, ni yo, hizo que perdiera el poco equilibrio que tenía. Deseaba que me gritaras: “¡Coño!, Argelia, no me hables en ese tono, me haces daño”; que me reprocharas: “¡Puñeta!, inunca se te da gusto! ¡Me cago en ná’! Búscate amigos mexicanos y deja de extrañar tu país”; que me confesaras: “¡Contra! Nunca debí casarme contigo. ¡A dió’, cará’, siempre estás deprimida!” Hubiera preferido que me ofendieras, que me... todo antes que tu silencio. ¡Cuánto me dolió! Sigue doliendo, Nicolás. Aquel treinta y uno de diciembre tú estabas en la sala viendo en la tele cómo celebraba el mundo entero el fin de año, mi hijo en su cuna llorando, y yo doblada en la cama en posición fetal. Jóvenes afuera entonaban los “Asaltos” (como las letanías en las posadas): “Traigo esta trulla para que te levantes, traigo esta trulla para que te levantes, que la trulla está caliente, que la trulla está que arde, maracas, panderos, ... y dice uno..., silbatos, y dice dos..., palmadas, y dice...” Al escuchar la cuenta regresiva

mi piel se cubrió de alfileres: ¡¡¡TREEES, DOOOS..., UUUNOOO...!!! ¡FELIZ AÑO NUEVO! Risas, petardos, chocar de copas. Entré en *delirium tremens*, pero no era por exceso de alcohol, ni de droga, era porque me había convertido en una mujer extraviada. Juegos pirotécnicos, cohetes, luces por todo el mundo, campanadas de esperanza... No me podía mover, ni respirar, era una rata paralizada... ni sentir, ni pensar... por el espanto de la realidad reflejada en un espejo cóncavo. Con los ojos bien apretados, los puños cerrados y la cabeza hundida en la almohada, se te deshilvanó el alma en unos segundos, Arge.

Te levantas de nuevo, pones un disco, eso es, el *Concierto número 2* de Rachmaninov. Regresas a la máquina –no, está muy bajo; pensativa, nerviosa, le subes al volumen, más alto, más–. ¡Ah! qué armonía de instrumentos, ocho acordes acompasados mano derecha, ocho acordes con brío mano izquierda, unidos, en la misma frecuencia, subiendo de tono lentamente... Vuelves a tu cuarto, tu confidente lleno de manuscritos en el escritorio, borradores en el suelo y diccionarios a tu lado, el lugar que te alberga, que te contiene. Te sigues acordando. En el andén del aeropuerto, Vivian cargaba a tu hijo, y para ti era el pasillo más largo que has caminado, tan despacio como el andar de los indios; reducida, confinada, cargando la maleta de regreso a casa de tus padres, la carriola, la pañalera, documentos, biberones... Ahora entran los clarinetes, con elegancia y luego arpegios afrosdisiacos. Mucha gente, como en todos los aeropuertos, con mucha prisa, como en todos los aeropuertos, diciendo adiós, saludando, abrazos de bienvenida, miradas buscando a un ser querido, con sus mejores ropas, oliendo a perfume, maleteros corriendo con los *diablos* atestados de equipajes, y entonces oíste la voz entrecortada de Nicolás: “¡Vivian, deja que yo cargue a Mateíto!” Era la voz del esposo que en algún momento quiso ser, del compañero que muchas veces estuvo ahí. De tu primer amante –la quilla y el remo de tu vida– que se alejó muy rápido y sin decir nada. “¿Te excitaba mi piel, Nicolás,

rozando la tuya, o sólo cumplías con tu obligación de esposo? ¿Viviste alguna vez ese placer cercano a la muerte? ¿Te gustaba el olor de mi piel, su sabor, o sólo...?” El piano, con el tema claroscuro, pasando por la negrura más alta, las notas estallan en un *mi* bemol majestuoso. Ya no recuerdo qué nos decíamos mientras nos tocábamos y abrazábamos. No recuerdo nada, ni algo que nos encendiera, que rompiera nuestra rutina, sólo sé que mi cuerpo nunca se vació entre tus piernas, que nos faltaron caricias, rasguños... ¿Por qué no se lo dices ahora, Arge, por vergüenza? Recuerda. Hay un reloj para la espera y otro para la despedida. Cuando llegaste por primera vez a ese aeropuerto, él recibíéndote con los brazos abiertos y espíritu de estudiante, parecía que venías a un campo de lilas. Sonrisas llenas de rocío y primavera, recién casados, habían mordido el anzuelo del espejismo.

Al llegar a casa de tus padres también te sentiste extranjera. Muda, casi sorda, y con mirada estrecha empezaste a desempacar; lo primero que encontraste al abrir tu bolso fue la Biblia. Sin esfuerzo adivinaste que había sido Vivian quien la había puesto ahí sin que te dieras cuenta. La acariciaste, la contemplaste, no sabías que más tarde y para siempre Ella te ayudaría a aceptar con amor tus tropiezos. Tampoco olvidas las ocasiones en que, cuando Nicolás venía a ver a su hijo, Vivian te mandaba con él una carta y, en medio, un billete. Ahora que ella se acaba de ir, al despedirse te dijo: “Dale este dinero a Mateo, dile que es por su cumpleaños”.

Los recuerdos son como las olas, a veces te mojan con espuma y sientes caricias en la espalda, otras con sal, o con piedras y te dejan debajo de la piel un surco difícil de andar. Pueden ser gotas que salpican tu rostro o un borbotón de agua que te baña el alma... ¡Qué carajos le va a importar al padre de tu hijo saber todo esto después de tanto tiempo, Arge! No, mejor síguele escribiendo a Ariel, anda, termina la carta, seguro que está ansioso de conocer este trazo de tu pasado y que compartirá contigo estos sentimientos. Todavía no sabes, Arge, que nuestras miserias personales no le importan a nadie.

TIEMPO NUBLADO

Julio 17, sábado

Llueve. Escucho esa llovizna como si fueran gotas mojando los cristales de las horas perdidas. Sueño: Ariel, tan lejos, tan inalcanzable. Le hago el amor y gozo, gozo. Gozo de su piel, aunque todavía no la he tocado; de sus labios, aunque aún no se han acercado a los míos. Me dejaré amar, él me vulnerará con sus manos, con su boca y buscará mi rincón, lo habitará... y yo sonreiré y me dejaré ir, como un animal sometido, complaciéndose. Trabajaré y estaré preparada para ti, como lo estoy ahora, julio diecisiete, que se cumple un mes, mi amor, de aquella mañana en que me hablaste a la oficina. Cuando me llames, te diré que eres lo único que le da un sentido a mi vida; que escribirte se ha convertido en una adicción y que ahora que nos estamos acercando, poquito a poquito, me siento como en un vergel entre naranjos. Pero no me dejaste: “Argelia, quiero decirte algo. Por favor, no te vayas a enojar. Ayer vino Berenice, ¿te acuerdas de ella?” “Sí, Ariel, tu ex...” “Bueno, pues me dijo que quiere que regresemos, que hablará con su esposo para pedirle el divorcio.” Primero una lluvia rala, después densa. Buscaba en las gotas un consuelo que me pusiera en contacto con ese momento oscuro del color de la violencia. Apretaste los ojos bien fuerte, Arge; sin decir nada te los imaginaste besándose, haciendo el amor a escondidas, reconciliándose en la cabaña apenas iluminada por velas, entre lienzos y caballetes, con el sonido del mar, gaviotas y música de Leonard Cohen acompañando a los amantes prohibidos, porque ella es casada; se ha permitido escapar de su hogar con dos niños pequeños y de un esposo que apenas la saluda. Se llena de emoción al arreglarse frente al espejo, se pone las prendas íntimas de satín blanco que compró especialmente para la ocasión y para verse brillante, un sortilegio para estar con un Ariel espléndido, vigoroso, y vivir con él lo que ya no

vive con su marido... “Argelia, ¿me estás escuchando?” “Sí, Ariel.” “Me siento confundido, sólo te pido que me esperes unos meses, quiero pensar bien esto. Argelia, ¿sigues ahí?” Tu voz apagada, hueca: “Sí, Ariel”. “Por lo que más quieras, entiéndeme. No me creas un gañán, sólo te pido tiempo. ¡Dime algo, por favor!” Con furor escondido le preguntaste: “Ariel, ¿tú la sigues queriendo?” Y te dijo bajito, solemnemente orgulloso: “Argelia, fue un año y medio de relaciones”. No te dijo: “Sí, la amo”. No te dijo: “No la amo”, fue simplemente... “un año y medio de relaciones”. “Claro, Ariel, cómo no ibas a durar un año y medio con una mujer casada, compartiendo sólo minutos fugaces donde no hay compromiso, ni el palidecer de la rutina, ni cuentas que pagar, ni un hijo que alimentar, ni una renta que... (cuidado, Arge, le estás haciendo una escena de celos). Estoy entendiendo que ese año y medio de relaciones significa tanto para ti que vale la pena mantenerme como segunda alternativa, en *stand by*... Entonces, tenemos que esperar a que decidan ella y su maridito para saber si continuamos con nuestros planes.” “Argelia, me estás levantando la voz.” “No me interrumpas, Ariel. Todavía ayer, ayer me asegurabas que lo nuestro iba a durar para siempre, me invitaste a irme a vivir contigo, me hiciste promesas, me dijiste que empezarías a buscar una escuela para mi hijo, que yo trabajaría en la galería con ustedes. Te pensé... te pensé diferente, te sentí un hombre maduro. Creí que por fin había encontrado a alguien que me respetaba, y que siempre me verías con ese primer amor que te inspiré hace tanto tiempo.” “Argelia, por favor, no me grites, te pedí que no te enojaras. Serán sólo dos o tres meses. Es más, para que veas que no estoy jugando contigo, ayer mismo te envié una carta, a pesar de lo que ya habíamos hablado Berenice y yo, y cuando la recibas verás lo que sigo sintiendo por ti.” “Déjame tranquila, Ariel, así, sola, como estaba. Te deseo toda la felicidad del mundo con tu Berenice y sus dos hijitos, porque los vas a adoptar, ¿o no? Agradezco tu honestidad, que vivan juntos y felices por siempre jamás y no me vuelvas a llamar.”

Casi rompes el auricular cuando colgaste. Tragas saliva, estás tensa, otra vez el desconsuelo. Dense prisa, Ariel y Berenice, llénense de miradas, arránquense promesas, apúrense, no vaya a ser que el esposo regrese, que a ella se le haga tarde para recoger a los niños en la escuela. En la cabaña ella se llena de palpitaciones con el pintor que sabe acariciar un cuerpo de mujer, cómo llevarla a la cama; es un hombre muy corrido que mucho atrae a la mujer con el corazón en mudanza. Se revuelcan entre las sábanas, ardientes, se arrastran urgidos por el suelo, él la busca con su lengua, con sus dedos, ella se entrega al amante perfecto...

Agarra el bat y golpea la almohada hasta que se reviente; sigue rastreando tu voz, aunque lo único que logres es que tu garganta se lastime con la tos desgarrada. Cierra las ventanas, baja las cortinas, no vaya a ser que tu vecino te escuche y piense cosas horribles de ti; clausura tu puerta, no vaya a ser que tu hijo entre y salga despavorido al ver a su madre doblada, despeinada, gritando. ¡Huy! Suéltate, por Dios, Arge, saca esa rabia y golpea, golpea, hasta que te sientas ligera y logres escuchar tu voz. Sal..., sal..., te ahogas, nadie te escucha, te mandan a la chingada y quieres correr. Huir con... las manos te duelen, sudan, los brazos se contraen, por fin un ¡iaaaah!! y la tormenta espesa cae y fluye con tu ira, como si cada gota de lluvia tuviera voz propia. Y gritas y golpeas y sale un aullido... y más... y más... y más. Ronca, y con los ojos humedecidos, no tienes fuerza ya para seguir con el bat, porque a pesar de todo no has aprendido a gritar. Estás tan sofocada que no puedes respirar, y la poca voz que te queda se detiene en el fondo de tu tráquea. Con el pulso acelerado, el cuerpo flácido y una voluntad desplomada, te dejas caer de bruces sobre el lecho de la cama. La luz de la mañana se fue haciendo cada vez más cenicienta, gracias a la lluvia gris que caía como diminutos brillantes sobre tu balcón para despertar asombros. Te das cuenta de que se te ha hecho tarde, tarde para empezar un idilio, tarde para buscar tu voz, tarde para empezar a escribir

un poema de amor. Tarde. Tarde para... para ir a ver a tu madre que debe estar empapada, con la sonda desprendida de su vientre, esperándote.

LA VIDA EN UN DÍA

Julio 22, jueves

—No puedo creer que me queden tres meses de vida, hija. Mi mente es un barullo nomás de acordarme de aquel mes de enero, cuando me llevaste al hospital Metropolitano. Fíjate, ya cumplí siete meses de esa cochina operación en que, si no fuera por esta sonda, estaría totalmente bien —se sienta en una de las sillas del comedor y yo frente a ella, en silencio, y la escucho obediente, sus palabras son sagradas. Con rostro pensativo enciende un cigarro—. A ver, ¿cómo vas a pagar los veinte mil pesos que les debes a esos amigos tan bondadosos que tienes? ¿Y Andrés, tu hermano, los miles de pesos que le prestaron de la caja de ahorros? ¿Y nosotros, los veinte mil que le debemos a mi hermana Lupe? Se la ha pasado ayudándonos y no hemos podido pagarle ni un centavo. Ese doctorcito te dijo que me quedaban seis meses de vida para robarnos. No te creas todo, hija, en los hospitales particulares sólo les importa el dinero. Que si hay que hospitalizar de inmediato a su mamá, operarla urgentemente... ponerle una sonda...

”¡Si vieras la tajada de animal que me hicieron! —nerviosa, me ofrece un cigarro, acepto sólo por acompañarla, me sabe amargo—. No, no, hija, no supimos hacer bien las cosas; tu papá y tú toman decisiones sin consultarme —descruza una pierna, se acomoda la bolsa recolectora, y pide y ruega y piensa... piensa en voz alta sin permitir que la interrumpa—. Debimos haber ido al Seguro Social, ahí no tienen ningún interés por el dinero. Ya viste qué bien me atendieron cuando tuve cáncer de mama. Por eso

me he pasado toda la mañana muy mortificada, haciendo conjeturas y decidí llamarle al doctor de tu hijo.

—¡Le hablaste al doctor Juá...!

—¡Ay, hija, cálmate! Déjame terminar, no seas tan ansiosa. Como me dijiste que era el asesor personal del director del Centro Médico, y se ha portado siempre tan amable y tan lindo conmigo, pos... decidí llamarle y explicarle mi caso. Platiqué con él un rato. Dice que es muy conveniente tener una segunda opinión y, ¿qué crees, hija? Ya hasta me hizo una cita para el 27 de julio con el doctor Ramírez, que es —fíjate nada más— el director de Oncología; me la dieron a las diez de la mañana, tenemos que irnos muy temprano, ¿eh?, acuérdate cómo se llenan esos lugares.

Se levanta con aire de esperanza y se lleva su fe a la cocina, bien amarrada a su delantal; con valor, dispone las cacerolas en su estufa, prende las hornillas y empieza a preparar su comida.

Me quedé sentada en la mesa del comedor, callada, trayendo a mi mente aquellas noches frías, de invierno, tumbada en el sillón del cuarto del hospital cuidando a mi madre. Aún zumbaban en mis oídos las primeras palabras del doctor: “Su mamá tiene un tumor canceroso en el páncreas y le quedan seis meses de vida”. Y yo, estúpidamente: “¿Seis meses de...? ¿De qué, doctor? ¿De su páncreas, de su hígado?” “No, señora, su mamá va a morir pronto.” Lamentos, el ulular de las ambulancias y sábanas blancas, y camilleros corriendo, y sondas, y frascos de sueros colgando de tripiés, y transfusiones, y el aroma del alcanfor, de la angustia y el sopor de la muerte. Y vas corriendo, Arge, al teléfono público para hablarle a tu padre: “Hijo, pásame a tu abuelo. ¿Papá? Me acaban de decir que a mamá le quedan seis meses de vida. Sí, sí, ya sé, papá, que no..., yo tampoco entiendo nada. Lo único que entendí es que la tienen que operar mañana mismo, porque si no, dice el doctor que le espera una muerte horrible. Su organismo está envenenado por la bilis, el páncreas ha crecido mucho y... ya sé, ya sé que con tu tarjeta puedes pagar, sí, ah, claro. A lo me-

¡jor mamá se salva con la operación, tranquilo... tranquilo, papá. No te me vayas a enfermar tú también. Quédate con mi hijo, voy a estar con mi mamá”.

Habías tenido un mal día en la oficina. Era un lunes 25 de enero cuando le hablaste a tu madre para saludarla: “¿Mamá, cómo amaneciste?” “Hoy se cumplen once días, hija, que apenas pruebo bocado.” Al colgar, le comentaste a Deborah desde tu escritorio que tu madre seguía sin comer. “Argelia, si no la llevas urgentemente al hospital, se va a morir.” Te habías escapado del trabajo para buscar un libro que tu hijo tenía que llevar al día siguiente a la escuela. Caminaste con paso apretado de librería en librería sin encontrarlo. Hoy en la tarde lo consigo, te dijiste; sin embargo, las palabras de Deby te despertaron. “Una cosa es que te hayas acostumbrado a que tu madre coma muy poco, Arge, y otra es dejarla abandonada once días sin que tu padre, tu hermano y tú hicieran algo por ella.” Por ahí, sólo tu hijo tenía los ojos semiabiertos: “Mamá, hoy abuelita casi no comió. La tuve que obligar a que tomara un poquito de sopa”. ¿Cómo quieres enseñarle a tu hijo a estar más despierto, si ustedes están bien dormidos? ¡Once días! A veces la gente necesita ser rescatada, o como diría Brecht: “No debemos aceptar lo habitual como cosa natural, pues en tiempo de desorden...” ¿Por qué esa abulia? ¿Ese acostumbrarse a ser normal? “Nada debe parecernos natural...”, cuando lo normal puede ser grotesco.

Regresaste a tu casa llena de preguntas: ¿quién me va a comprar el libro?, ¿a qué hora llevo a mamá al hospital? Ya no le ayudé a mi hijo a hacer la tarea. Viste a ese muchacho de la calle que a diario te sonreía con expresión infantil. Sin dudarle, te dirigiste a él: “Luis, necesito que me hagas un favor. Consígueme hoy mismo en la tarde este libro de la Secretaría de Educación Pública, aquí está la dirección de la librería”. “Sí, doña, cómo no, pero ¿dónde queda?” “Ni me preguntes, no tengo la menor idea. Ven, asómate aquí, a la ventana, tienes que irte en aquella dirección,

toma un microbús que te lleve hasta la colonia Clavería. Ten las llaves de la casa, yo tengo otro juego. Llévate algo de morralla para las peseras y estos doscientos pesos para el libro; no sé cuánto te costará. Me lo dejas aquí, en esta mesa de la sala, junto con el cambio y las llaves. No voy a estar, tengo que llevar a mi madre al hospital y no sé a qué hora voy a regresar. Mi hijo se va a quedar con el abuelo, pero...” “¿Qué tiene su mamacita?” “No lo sé, Luis. Sólo sabemos que está muy enferma.” “¡Huy!, pos que se mejore. Es retebuena conmigo, a veces le ayudo a cargar las bolsas de la plaza que trae cargando, una en cada mano. Ahí la veo, volteando su cabecita a cada rato para ver si viene su camión y apoyándose en cada poste para quitarse su zapato, pos que dice que la planta de sus pies ya la tiene bien lastimada por el sudor ácido, que dice sentir ardor en los dedos, que dice que siente como si trajera chile.” “Luis, se me hace tarde, ya sé que quieres mucho a mamá...” “Además, de ese juanete que ya está retegrandote, y es que también tiene artritis, ¿verdad? ¿A poco es cierto que está yendo al mercado todos los días desde hace cuarenta y nueve años?” “Bueno, Luis, ya me voy...” “Le prometí a su mamacita que mañana ingreso a un centro de ayuda. No sabe lo contenta que se puso...” “Ay, Luis, cuántas veces nos has dicho eso...” “Yo la estimo reteharto a la autora de sus días.” “Nosotros también a ti, pero ya vete que tengo mucha prisa. Mañana te doy algo por este favor que me vas a hacer, ¿ok?”

Y saliste como en estampida a casa de tus padres, subiste rápido las escaleras, parecías una generala encabritada. Mamá, nos vamos ahora mismo a urgencias. Mira nomás cómo estás de amarilla, haz de tener hepatitis, por eso no comes. Su rostro apaisado te lo decía todo. Tu papá callado, con la cabeza agachada, sentado en su sillón. “Papá, estás viendo a tu esposa bien enferma y no haces nada.” “Es que no me obedece tu mamá, ya ves cómo es de necia... no hace caso.” “¿Qué difícil saber los motivos por los cuales las personas actúan como actúan! ¿Verdad, Arge? A veces ni

siquiera ellas mismas lo saben. “Rápido, mamá, no, no te arregles, así nos vamos y como un relámpago: ¡Taaxiii! Al hospital Metropolitano”, es el más cercano, mamá. Parecía una niña regañada, enjuta, ahí empezaba a doblegarse. “Ése es el Metropolitano, aquí nos bajamos, señor.” Sin importar si llevabas dinero, sin importar cuánto te iban a cobrar; total, para eso están las tarjetas de plástico. Rápido, a urgencias, los análisis, los resultados y, súbitamente, el: “Su mamá tiene cáncer terminal”. Nubes de confusión, de aislamiento, de desconcierto... “Porque lo más importante, señora, es cuidar ahora que su mamá tenga la mejor calidad de vida.” ¿Calidad de vida?, calidadevida, calidadevida, estuviste repitiendo esta pinche frase durante los nueve meses en que tu madre se fue desintegrando sin entender su significado. “Señora, no quiero detallarle cómo se mueren los pacientes de cáncer en el páncreas; eso es precisamente lo que queremos evitar, que su madre tenga una de las muertes más horribles.” El doctor te decía todo eso mientras te abrazaba con ternura, te daba palmaditas en la espalda y te alejaba despacito de tu madre, en voz baja, severa, para que ella no escuchara. Aquí mismo fue cuando la mentira empezó a manejarse, como queriendo decir: “Shshshshsh..., que su mamá no lo sepa”. Aturdida, como embriagada, le dijiste: “Está bien, doctor, y ¿en cuánto me sale la operación?” “Bueno, yo cobro cuarenta mil, además de los gastos del hospital, del anestesista, del cuarto de operación, de los ayudantes, de los días que su mamá tenga que quedarse, de las medicinas...” “Tenga, en esta bolsa están los zapatos y la ropa de su mamá.” En la noche llegaste a tu casa sintiendo un calambre corrosivo en el estómago. A ver, los pants, mis tenis, el suéter, peine, cepillo de dientes, un libro, algo de dinero, la pastilla, calcetas, mi frazada... ¡pero córrele, Arge, mételo todo a la maletita, que tienes que regresar al hospital! Al salir de tu casa viste sobre la mesa de tu sala el libro, la nota, el cambio y las llaves... Te quedaste parada unos segundos, bajo el marco de tu puerta, en una contemplación inefable.



—Argelia, tu tía Lupe ha estado llamando, la escucho muy mortificada, a ver si no le afecta. ¡Ser Carmela la única hermana que le queda! ¡Fíjate! ¿Cómo se ha de sentir? Ella insiste en que quiere prestarnos dinero.

—¿Qué le contestaste, papá?

—Pues le dije que sí. Siempre nos ha ayudado, no sabes cuánta pena me da esto.

—Y, ¿qué te dijo?

—Que mañana me manda el dinero con tu primo Carlos. También me pidió que le llamaras, que está muy preocupada por ti.

¡Cuánto quisiste a la tía Lupe, Arge! Le sobrevivió a tu madre once meses, después ya no escuchaste tu nombre en sus labios. Tu nombre en los labios de la tía Lupe cobraba fuerza, confianza (lo que nunca has tenido). Cuando mencionaba “Argelia”, te sentías orgullosa, digna, una princesa (lo que siempre has querido ser). “Argelia” en la voz de la tía Lupe era un sonido entre signos de admiración, una melodía alegre y, al mismo tiempo, intensa. Un movimiento sensual, caminando con garbo y sonrisa atractiva. Ella se fue en unos segundos, tan rápido, que nunca pudiste recordar cuándo fue la última vez que la escuchaste decir: “Argelia, ¿cómo estás?” ¡Qué dieras ahora por escuchar tu nombre en sus labios! Ya no está la voz que te daba grandeza y temple (lo que necesitas para no caer).

Grandeza y temple para sortear ese mediodía en que tu madre salía del hospital... Ella sentadita a un lado de la caja, esperando, cargando una bolsa recolectora que, según ella, le quitarían en unas semanas. Una bolsa que no sólo recogería su bilis, sino que también chuparía sin fatiga ni descanso, un corazón que aguarda... Tú subiendo y bajando las escaleras del hospital, buscando al doctor para pagarle en efectivo, con el dinero de tu tía Lupe, porque a los doctores no se les puede pagar con la tarjeta. Pidién-

dole la receta, corriendo a la farmacia, las medicinas, yendo a la caja, pedir la cuenta. Extiendes una tarjeta de tu padre, la rechazan, extiendes la tuya, se sobregira, faltan quince mil pesos... Escuchas una voz detrás de ti: “¿Argelia, necesitas algo?” “¡Toño, qué sorpresa...!” “Es que Lucila me dijo que hoy daban de alta a tu mami, y como trabajo aquí al lado quise venir por si necesitabas algo...” “Pues, sí, Toño...” “Dime qué.” “¡Ay, me da mucha pena, pero...” “¿Necesitas dinero?” “No me alcanzó para pagar la cuenta, fue mucho más de lo que me dijo el doctor y...” “Toma, aquí está mi tarjeta. No te preocupes por el dinero, me lo pagas cuando puedas.” Así sucedió, como en las historias, como en los libros, así, de nuevo, fui rescatada.

Días después viste a Luis aspirando su lata de coca-cola aplastada, sonriendo idiotamente con la vista perdida, sentado en el quicio de la puerta de la casa abandonada, donde más le gustaba quedarse. Lo saludaste, no te contestó; lo buscaste con tus ojos, no te reconoció; no lo volviste a ver; así es la vida, una nunca sabe cuándo ni cómo será la última vez.

ME RINDO

Julio 22, jueves, continúa

—Pero, mamá, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—Voy a luchar hasta el final, soy capaz de todo con tal de que me quiten esta bolsa recolectora, hija. Le tengo una fe muy grande al Centro Médico, y sé que ahí me pueden atender sin necesidad de pagar un centavo.

Llegué a mi casa con la certeza de que mi madre, por primera vez, estaba siendo dueña de su vida. Me vi con aire ausente, pidiendo otra vez permisos en la oficina para llevarla a los hospitales, a los consultorios. Otra vez la espera, las mismas preguntas, el

mismo historial médico. No quiero saber más de análisis, de citas, de enfermeras, de pases. Si supieras, mamá, de este sentimiento que ha ido apoderándose de mi voluntad, envenenando mi sangre. ¿Cuándo sentí por primera vez esto? ¿Dónde estaba? ¿Con quién? He de haber estado en algún lugar parecido al purgatorio y con un demonio.

—¿Te da vergüenza, Arge, estupor?

—No.

—¿Por qué? Es tu madre, ¿no quieres luchar con ella por su vida?

—No. No. Y no. Más no. He luchado con ella desde que me llevaba en sus entrañas. Estoy harta, ¿qué no lo entiendes? Hasiada de sus lamentos, de su vida pequeña, de su biografía anodina: que si de chica se levantaba a las cuatro de la mañana para zurcir pantalones; que si sus hermanos murieron en la calle de un balazo, alcohólicos, tuberculosos; y que si a alguno de ellos lo estaban velando en la sala, ella tenía que seguir remendando calcetines porque “la vida no da tregua”, le decía la abuela; que si creció en vecindades compartiendo un baño común; que si tuvo la oportunidad de estudiar becada cuando Lázaro Cárdenas estaba implantando el sistema socialista y que cuando la maestra fue por ella a su casa, la abuela dijo: “Mi hija no puede irse a estudiar con ustedes, tiene que ayudarme a coser”. En una heladería donde trabajaba de lavatrastes conoció a su primer amor, un tal Fernando y, después de cuatro años, tuvieron que separarse pues él se casaba con una de su “misma clase”. A cada rato me recuerda: “A tu abuela le echaron la maldición hasta la quinta generación por haberse metido con un aristócrata. Tu abuelo la abandonó con doce hijos y, míranos, sólo quedamos tu tía Lupe y yo”. Que si cuando le dio cáncer de mama sobrevivió a pesar de sus depresiones, quimioterapia y caída de pelo; que si cuando le dio herpes en la espalda, tuvo que albergar un infierno más, el de la caída de su piel y heridas irreparables...

—¿Se te hace una biografía insípida, Arge? Yo veo mucha valentía en su historia.

—Mi madre ha sido un silabario completo de quejas sin reposo, esposa artrítica, viendo cómo llegaba a su etapa senil en una atmósfera cruda sonriéndole por las espaldas. A mi madre se le empezó a caer la piel cuando descubrió el sinsentido de su familia, en la que lo único que tenía vida era el olor a aceite caliente; dejó esparcido su cáncer en sartenes y cacerolas, cocinando guisos para un esposo y unos hijos que sólo comían por comer, en el umbral de un silencio ácido. Ser madre a veces resulta un acto de masoquismo perpetuo. La otra mañana mi hijo casi acaba con su cuarto, le pasó tijera a la colcha, a las fundas... Todo lo de su escritorio estaba regado en el piso, manchó las paredes con su tinta roja para dibujar, rompió el lapicero que le traje de Cuba. Esos ataques de violencia se están repitiendo cada vez más, sobre todo cuando cometo un error. Reparé que en la mañana lo había regañado por no haberse levantado a tiempo y le había gritado; el sentimiento de culpa: “No le hubiera dicho esto”, el del miedo: “¿Y si tengo un hijo loco?” No quise preguntarle nada, no conversamos, no aclaramos, ¡cuántas veces callamos, Dios mío! ¡Cuánta furia contenida! Una se pasa toda la vida tratando de formar un hogar, y cuando te das cuenta de que al fin lo has logrado, reconoces que sólo hay polvo y tienes que limpiarlo. ¡Basta! ¡Tiene que haber algo mejor que esto! ¡Dios mío! NO. NO. NO. No me da vergüenza, ni remordimientos. No le tengo lástima a mi madre, si ella ha sido un rosario de lágrimas, yo me he convertido en un abecedario de piedras grises, astillosas, pateadas, frías. Hasta para ser mala se necesita coraje. ¡Ya! ¡Que nos deje descansar! ¡Que se vaya!

—Cálmate, Arge, mira qué pendejadas estás diciendo. Ella no tiene a nadie más, sólo tú la puedes ayudar.

—No voy a calmarme ni a ayudarla, porque me he convertido en un ser grotesco, ¿qué, no te has dado cuenta? Ya no voy a ser ni

obediente, ni calladita. Soy mala, he osado desear la muerte de mi madre, y eso... eso no lo desea cualquiera, sólo yo que estoy a punto de enloquecer, de odiar. Mírame, relincho como caballo; huele mi aliento, es de perro.

–¡¡Chiiissst!! Arge, ven para acá, necesitas una caricia. Tú sí que me inspiras compasión.

–Ya no puedo más, quisiera recordar a mi madre feliz.

–Sí, Arge, sería maravilloso recordar a los padres felices.

–¿Verdad que si mamá muere va a descansar? Sólo quiero llorar, verla sufrir más ya no, por favor...

–Eso es, llora, ve al baño, escupe, saca esa espuma rabiosa. Tampoco te ahogues, hazlo despacio, no te quedes sin aire, estás bien sofocada. ¿Quieres irte a tu cama? Momento, no te me caigas, sí, ya sé que no puedes gritar, ni respirar. No, no trates de seguir hablando, primero tienes que recuperar la respiración. Ya deja de quejarte, ya sacaste demasiado, no puedes toser y hablar al mismo tiempo. Eso es, solloza, despacito. Te voy a hacer una pregunta, pero no me contestes rápido ¿eh? A ver, ¿para qué fuiste con Ana Laura? Piensa bien lo que me vas a decir.

–Pa-ra-a-yu-dar-a-mi-ma-dre-a-mo-rir...

–¿Y qué creíste? ¿Que iba a ser una ayuda *light*? ¿Un esfuerzo *fast and simple*? Ahora te jodes, mi querida Arge, y no te me vas a rajar a la mitad del camino. ¿Sabes por qué? Porque el sufrimiento del verdadero amor aún no te rebasa. ¡Tienes que dar y amar hasta que duela! La muerte de tu madre será como una semilla a punto de germinar, la verás crecer día con día en el jardín de tus insomnios y la regarás con agua salada hasta que dejes de empuñar las manos como lo estás haciendo ahora y abras los brazos al caos. Tu madre, con todo y su deseo de salvarse, ha de querer decirte algo que no se atreve. Estoy segura de que ella ve en tu alma algo muy, muy... ¿cómo describirlo? No sé, no encuentro, no tengo la palabra. Sólo sé que ella está haciéndote pasar por todo esto para que eso... No sé... pueda limpiarse... desvanecerse...

qué sé yo. Creo que este esfuerzo que está haciendo tu madre no es precisamente por ella sino por ti.

—Pero, ¿qué es lo que ella trata de decirme? Lo único que he hecho es obedecer y obedecer y obedecer.

—No lo sé. Eso nada más tú lo podrás descubrir. Tu madre está haciendo lo que todos tienen el derecho de hacer: decidir su propia vida, pero, al mismo tiempo, te está enseñando a conocerte desde otro ángulo, desde ése que tenemos esquinado en alguna parte de nuestra alma. El único que puede asomarse a él es el espíritu de una madre.

—¡Déjame en paz! No te entiendo nada.

—Está bien, anda tómate un trago de whisky para que tu sentimiento se adelgace... ¿Un dolor dulce? Métete la pastilla, si piensas que con eso el día y la noche se acortan. ¿Una muerte suave?, no te preocupes, la resaca de mañana no será tan grave. Ya lloraste mucho, y a través de tus lágrimas salió el fuego del alcohol. ¿Qué? ¿Que quieres que te cante? Está bien, pero ya vete a la cama: “Mr. Sandman, bring me a dream, make him the cutest that I’ve ever seen, give him two lips like roses and clover, then tell him that his lonesome nights are over...”

Arrópatate, Arge, te va a dar frío, apaga la lámpara, no te preocupes ya, por Dios, tampoco tienes que resolverlo todo. “Sandman, I’m so alone, don’t have nobody to call my own, please turn on your magic beam, Mr. Sandman, bring me a dream... Sh, sh, sh...”

—Siempre he visto a mi madre sufrir. Cuando mi hermano y yo estábamos chicos, bastaba cualquier pretexto, un “tu hermano hizo...”, “tu hermano no me obedeció”, y lo golpeaba y empezaba a transformarse...

—Sh, sh, sh...

—Se subía a mi cama, brincaba, se reía, gritaba, se jalaba el cabello, se daba de bofetadas y se quitaba la ropa. Andrés y yo, enmudecidos, contemplábamos la escena como si no formara parte

de nosotros. Mi hermano trataba de calmarla, pero sus fuerzas eran superiores y continuaba desvestiéndose...

—Arge, por favor, cállate.

—Yo no me escondía, ni huía, ni me tapaba los ojos. Sólo me quedaba en el lugar de los hechos, en el lugar de la batalla, desarmada, paralizada, con el único sentimiento que me viene a la mente: la vergüenza, vergüenza de verte los senos, tu piel blanca, aún joven, tu pubis, madre...

—Por el amor de Dios, duérmete, van a dar las tres de la mañana.

—En esas tardes fue cuando aprendí a quedarme sin voz; mi identidad, mi nombre se achicaron en esa recámara con la luz encendida; la lámpara brindaba a la escena un amarillo brillante; iluminando las dos camas y en medio el buró, arriba del buró el radio que mi hermano y yo prendíamos todas las noches en punto de las siete para escuchar *Kaliman*. Andrés y yo detenidos en la entrada, mirándote, no llorábamos, ni nos quejábamos, quizá éramos dos hermanos oscurecidos por las tinieblas de lo inexplicable. Después, cuando tus gritos se habían convertido en sollozos, te bajábamos de la cama, así, sin ropa, y te ibas a la cocina, agarrabas tu bolsa de yute y, fatigada, nos decías: “Voy a la plaza”. Nosotros, sintiéndonos antihéroes, corríamos hacia la puerta para impedir que salieras. Para entonces, y a pesar de nuestra edad, Andrés de doce y yo de ocho, ya estábamos sin hambre, sin sueño, sin sangre. Secos. No sé cómo volvías a vestirme, a calmarte. Lo que sí tengo muy claro es que en la noche merendábamos como si nada hubiera pasado, y luego Andrés y yo nos íbamos a dormir, como si nadie hubiera estado en esas camas, unas horas antes, mostrándonos un pedazo de locura. Al día siguiente éramos un hogar normal. En esas noches de ángeles caídos aprendimos a fingir y a callar, madre. Hace poco mi hermano me dijo que, además, varias veces te desapareciste en las noches, mientras mi padre te buscaba desesperado por la colonia Escandón, y que regresabas muy tarde. Yo no recuerdo esto, ni nada antes de mis ocho años. En la mente

tengo como una lámina de acero que divide la sombra de mis años infantiles, pensamientos muertos, con la de los años posteriores, luz de la conciencia. ¡Ay! A nadie se nos ocurrió llevarte al médico, consolarte, arroparte en esas horas lívidas. ¡Cómo no me acerqué a ti para besarte, abrazarte y llenarte de consuelo!, para decirte que no estabas sola, que antes que hija, deseaba ser tu amiga, tu confidente, pero algo se interpuso entre nosotras demasiado temprano, como un muro contencioso que indicaba que nuestra relación iba a ser muy peligrosa y, por lo tanto, que deberíamos mantenernos separadas, como enemigas. El amor madre-hija se tornó en algo forzado, en una cadena cuyos eslabones nos mantuvieron unidas a pesar del hierro gastado. ¡Y nunca hablamos de esto, madre! ¡Cómo quisiera hacerlo ahora!, imostrarte mi compasión, sonreírte!, pero ya no puedo hacer nada, lo que no hice en tanto tiempo, no lo puedo hacer en unas semanas...

—¡Vístete, Arge, tienes que ir a trabajar!

LETRAS PÚRPURAS

Julio 27, martes

—Mamá, qué exagerado es mi abuelo. Dice que Ariel no te conviene porque no es un hombre bueno. No sabes cuántas cosas horribles me dice de él, hasta me dan ganas de reír, pero en estas fotos yo no lo veo mal, al contrario, me cae muy bien.

—¿De veras, hijo?

—No le hagas caso a mi abuelo, no sé por qué tienes que contarles todo a ellos. ¿Cuándo va a venir, mamá?

—No lo sé, Mateo, está muy lejos y va a ser muy difícil que nos veamos.

Por primera vez, después de hace muchos meses, Arge, tu hijo y tú se acercaron para compartir sentimientos. La alianza se hizo presente. Te sentiste orgullosa de su madurez; sin esperarlo, reci-

biste de él las palabras que tanto necesitabas: “No le hagas caso a mis abuelos”, “no sé por qué tienes que contarle todo a ellos”.

Y es que por fin había llegado el sobre de Estafeta, la carta tan esperada, pero, ¿por qué te sigues mintiendo, si ya sabes que entre ustedes no hay nada?

Querida Argelia:

Como te dije la última vez que hablamos por teléfono, aquí te mando la carta que te había preparado antes de que viniera Berenice y habláramos de un posible regreso. Te la mando para que veas lo que sigo sintiendo, a pesar del mal rato que te hice pasar. No corregí, ni quité ni taché nada... Quisiera haberte conocido un tantito antes para estar contigo y ayudarte en todas tus cosas. También pienso algo parecido a ti: si desde antes nos hubiéramos reencontrado, tal vez ya seríamos algo del pasado o nuestra posible relación ya estuviera rota. Me gustaría estar contigo y tenernos tanta confianza como para abrazarnos, querernos, y estar juntos para sortear esta vida, siendo consecuentes en todo, pero son muchos años los que nos dejamos de ver... Tú has madurado a tu manera, preciosa, y yo a la mía.

¿Cómo has madurado, Ariel, tocando el centro de tu propio dolor? ¿Has estado abierto a las traiciones de la vida? ¿Eres un hombre dispuesto, capaz de olvidarte de ti mismo? Me queda claro que fuiste sincero al dejar padres, esposa, hijos y amigos para casarte con tus pinturas, viendo la belleza a pesar de los días turbios, pues el artista busca la perfección en todas las cosas, y sólo el arte hace que la belleza humana perdure. Ahora te pregunto: ¿puedes vivir con tus fallas?, ¿podrías convivir con las mías? Y si vives en la libertad total del espíritu, rodeado por el canto de las aves, de las olas del mar, las palmeras, ¿cómo le haces para sostenerte desde adentro cuando todo se ha caído a tu alrededor? Yo no me he podido alejar de mis padres, ni de mi hijo, ni desprenderme de un trabajo con horario de burócrata; camino bajo un cielo de noches

sin estrellas, de azoteas apelmazadas por antenas parabólicas, entre Marías amamantando con aire ausente, iluminadas por los anuncios fosforescentes; cruzo los ejes viales rodeada de lánguidos limpiaparabrisas; espero el trolebús mientras mis ojos se contraen ante payasitos en penumbras manipulando pelotitas con una mano y, con la otra, cargando un bebé; los taxis se paran frente a tragahumos, cirqueando entre las caravanas de autos y ambulancias. Aquí es donde quisiera extender la mirada de mi espíritu.

Me gustaría verte y darte un abrazo soltando todo pensamiento y recuperarte poco a poco... ¿Crees que tú y yo, así, como están las cosas, podríamos convivir como pareja? Te pregunto sin miedo...

Mi madre tiene cita en el hospital dentro de una hora, me llevo tu carta para tenerla entre mis manos, en mi bolsillo, sobre mis piernas, en los pasillos del hospital y en un fragmento de mí.

La secretaria nos recibió inmediatamente, íbamos muy bien recomendadas, pero aunque uno le quiera ayudar a su destino, ni el imperio más poderoso del mundo lo puede alterar.

—Aquí le traigo estos exámenes, doctor, me los hicieron en el hospital Metropolitano; el médico que me atendió ha dicho que me quedan como dos meses de vida y que esta sonda que traigo es permanente.

¿Crees que tú y yo..., independientemente de que algún día nos veamos, hablemos y entendamos lo que fuimos y lo que somos, podríamos un poquito más adelante convivir como pareja? Te pregunto sin miedo... ¿Crees o has imaginado que podríamos estar conviviendo...? No importa cuál sea la respuesta... Me gustas mucho y siempre te he guardado en mí. Pienso que ahora entre tú y yo existe algo que nos está haciendo hablar y decirnos todo lo que teníamos que decirnos para conocernos y ser tal cuales...

En esta última frase, ¿hiciste un alto, Ariel, un borrón? ¿O así te salió de ligerita?: “lo que teníamos que decirnos para conocernos”.

¿Qué se dice para conocer a la otra persona? ¿De qué se habla para que dos seres que se aman se comprendan? ¿De promesas? ¿De las cosas que lastiman? ¿O inventan una historia, como lo estoy haciendo, para encontrar al arlequín de la felicidad? He leído novelas donde el cariño envejece con el vaho del desaliento; he escuchado poemas donde la pasión se convierte en hiel. ¿Cómo acabará nuestra historia de amor, Ariel? ¿Marchita porque le tuvimos miedo al dolor? ¿Sobrevivirá este amor a nuestra infancia para permanecer juntos hasta que la muerte nos separe?

—Espere un momento, señora, antes tengo que hacerle unas preguntas. ¿Su nombre completo?

—Carmen Valenzuela de Túnez.

—¿Edad?

—Setenta y ocho años, doctor.

—¿Diabetes?

—No.

—¿Colesterol?

—No.

—¿Operaciones?

—Sí, una. Me quitaron un seno, aquí precisamente, doctorcito, hace como veinticinco años.

El doctor frente a la máquina, tecleando sobre el formulario, sin mirar a mi madre; ella sería un número más en el archivo perpetuo de historias oscuras, lastimadas.

—¿Enfermedades?

—¡Ay, doctor, pos muchas! No sé ni por dónde empezar, hasta me dan ganas de reír. Mire mis manos artríticas... pensar que fueron mi lujo cuando era joven, incluso cuando trabajaba en la embajada francesa querían fotografiarlas para que salieran en revistas; las metí en parafina ardiendo para mitigar los dolores, recibieron cientos de picaduras de abejas para sanar los huesos... He tomado una y mil pastillas y nada. ¿Le enseñó mi espalda donde me dio el herpes? Todavía siento como si trajera lumbre; pláticale, hija, cómo se te pegaba mi piel en tus manos.

—¡Ay, por Dios, mamá, el doctor ya sabe de todo eso!

...me gustaría que me hablaras un poco más de ti, si sueñas todavía, si deseas una relación, si no, en fin. No me importa si sólo continuamos como amigos, pues así la vida toma sentido y sigo viviendo, pensando, creando, viéndote. Me gusta pensar en ti y escucharte por teléfono, oír cómo te expresas, ahí es cuando me siento más cerca de ti, con tu voz, los tonos, su significado...

—¿Número de carné? ¿Cuándo dice que la operaron? ¿Y cómo se ha sentido? ¿Está tomando algún medicamento?

La máquina *Olivetti*, modelo 32, no para de sonar (sigue sin mirar a mi madre, con su interminable cuestionario).

—¿Qué quién la recomendó? ¡Huy, el doctor Juárez! ¡Tremendo compañero! ¡Ah, y un gran cirujano! ¿Eh? Así que es el doctor de su nieto (¡Qué le importa, puñeta! ¡Ya termine por favor!). Debe ser su nieto consentido, ¿verdad, doña Carmelita?

Mi madre pálida, ojerosa, con sus pómulos hundidos en un rostro de sonrisa chupada, cargando la bolsa de bilis que le roza sus afiladas rodillas en un consultorio gris; entre archiveros y escritorios PM Steele, las enfermeras entrando y saliendo, con expedientes, caminando rapidito, muy derechitas.

—¿Y desde cuándo conocen al doctor Juárez?

—¡Ay, desde hace tanto tiempo!

Argelia, en las relaciones que he tenido con algunas mujeres, yo soy el que busca, el que desea estar ahí con ellas, el que prepara el camino, el que idealiza las cosas para que ocurran en el futuro, el que siempre ve, el que acecha. Creo en el amor, pero ahora estoy seguro de que ha sido en forma equivocada...

—Ahora sí, vamos a ver sus radiografías, doña Carmelita. Efectivamente, aquí se ve un tumor grande, pero con esto no es suficiente para hacer un diagnóstico. Mañana la espero para practicarle unos

exámenes. Raquel, hazle una cita a la señora para mañana a las diez en Radioscopía, y avisa que va de parte del doctor Juárez.

—Te lo dije, hija, que aquí iba a ser otra cosa. Mañana me van a sacar esos estudios, ¿y tienes idea de en cuánto me saldrían en un hospital particular? ¿Quién te dice que ese doctor que me atendió en urgencias, en ese horrible hospital Metropolitano, no es un bruto, que no sabe lo que dijo? Más bien quería robarnos, es un ladrón que cada vez que viene para cambiarme la sonda nos cobra quinientos pesos. La otra mañana le dije, doctor, ¿acaso usted cree que sacamos el dinero de la pared? Ya no podemos con estos gastos, hija.

Descubrí un proverbio árabe que versa más o menos así: Si el hombre busca a la mujer, la mujer busca otro hombre. Si el hombre sigue su camino, la mujer busca a ese hombre...

Y, ¿dónde queda la senda de la mujer, Ariel? ¿Habremos hecho una que nos dé luz, limpia de astillas y de escombros, donde al fin podamos descansar? ¿Que nos permita conocer nuestros propios límites, sin que tengamos que escondernos de nosotras mismas, sin que nuestra intimidad sea violentada, encadenando nuestro corazón y sexo? ¿Dónde está nuestro lugar?

Si el hombre desvía su camino porque está en busca de una mujer, esta mujer optará o bien por otro hombre que esté en su camino o bien por su propio camino...

¿En qué silla nos sentamos para no sentirnos intrusas, atropelladas? ¿Tendremos que inventar nuevas letras para ser escuchadas? Simone de Beauvoir decía que el día en que la mujer pueda amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma sino para reencontrarse, no para renunciar sino para afirmarse, entonces el amor será, tanto para ella como para el hombre, una fuente de vida y no un peligro mortal; éste es el sendero por donde quisiera que un hombre me acompañara, Ariel.

SIN RESPUESTA

Julio 28, miércoles

Esperé a mamá afuera, sentada en la esquina del pasillo blanco de rayos X, mientras le sacaban la resonancia magnética, el ultrasonido y placas simples. Escuchar los lamentos que profería desde esa mesa de posiciones de tortura, helada, metálica, y su sonido me convertía en una fiera herida que necesitaba urgentemente ayuda.

Si yo tuviera por fin una mujer a mi lado, es porque ella se interesa en mí; y si yo viera esto no perdería un momento para atender a su llamado y amarla como lo que representa; una mujer con experiencia que sabe de un hombre que está en su camino...

Bueno, pues entonces tú nunca me vas a dejar, ya que ial fin has encontrado a esa mujer, Ariel! Y esa mujer isoy yo! ¡Yo!, que estoy dispuesta a dejarlo todo por ti sin importar cuál ha sido tu mundo. ¡Yo!, que siempre he adorado el arte, la creación y que venero todo lo que sale del alma; que respeto y admiro tus cuadros. ¡Yo!, que no pude renunciar a un escritorio y a un salario; que he buscado la expresión máxima del espíritu en oficinas burocráticas, entre frías máquinas y cheques puntualmente quincenales, vendiéndome por jornadas laborales de ocho horas diarias con cuarenta y cinco minutos para comer; obedeciendo, callando. ¡Yo!, que he aceptado ese sueldo con tal de satisfacer los instintos elementales: comer, dormir; defiende tu arte, amo tus lienzos, contemplo los colores, te sueño pintando.

Y no esperar nada el uno del otro, sino simplemente ser el uno para el otro a través de este ejercicio vital de continuidad y respeto...

Cuando leo tu carta el temor a la muerte de mi madre da vueltas hasta llegar a un abandono manso que cierra los ojos para vernos abrazados.

Esto nada tiene que ver con la misoginia, ¿eh? El hombre debe esperar y no abordar nada, sino sólo su propio camino, es ahí donde una mujer llega. Es así también como la mujer toma una decisión importante en su camino. Creo en el amor verdadero, si la mujer sabe lo que elige y por qué...

Y este pesar se revuelca para encontrar placer en esta prosa que he inventado con una estructura que no tiene comienzo ni final. Aunque termine conmigo, Ariel, yo voy a continuar este relato explorando realidades subterráneas, pues mi vida no merece puntos suspensivos.

Deberá existir admiración del uno para el otro para continuar el camino queriéndose, cuidándose y respetándose para siempre. No habrá rencores ni orgullo, ni diferencias tales que puedan distanciar el amor que se profesen. Sería una verdadera relación...

—Ya puede entrar, ayude a su mamá a vestirse —me dijo el doctor.

Fui a un cuartito estrecho donde ella me esperaba. A ver, mamá, las medias; no, levanta primero un pie, apóyate en mí... deja que te ponga de una vez los tenis, no pises el frío... ¿Tu blusa? No, hija, antes va mi chaleco de lana para que no me dé un aire. A ver, te abrocho tu blusa. Estás temblando, má; tu falda, no, primero levanta una pierna, eso es. ¡Mira qué aguada te queda!

—Sí, hija, tengo que mandar mi ropa a arreglar, todas mis faldas y pantalones se me caen.

Así es como creo que al resto de la humanidad le gustaría: sentirse bien, admirado y querido por lo que valemos; creo también en que las cosas llegan al fin de cuentas, y en no temer enfrentarlas, se trata del posible amor, de la total unión. ¿Llueve en México?, me gustaría estar allá en días de lluvia e invierno, y ver pasar a la gente o estar a solas... Me preguntas por mi cama, que cómo es y dónde está...

—¡Ay, hija, cómo me lastimaron! Los doctores me tratan como si fuera una cosa, hacen chistes entre ellos como si estuvieran en un juego. No saben del dolor de una, nomás escuchaba: “Señora, de lado; ahora acuéstese boca bajo, y yo con esta sonda, hija, que se ha convertido en una pesadilla; y, a ver señora, no se mueva, respire profundo. No, señora, se movió, de nuevo, respire cuando oiga que lo ordenamos y no se mueva. Ahora, recuéstese sobre su lado derecho; no, no, señora, ése no es su lado derecho... Y luego para bajarme de esa cama, hija, no sabes con qué trabajo. Por ahí, uno de ellos se condolió y me ayudó a bajar.

Uno pasa mucho tiempo de su vida en la cama, ahí es donde se lee, se duerme, se hace el amor, se sueña, se despierta...

—A ver, mamá, ¿dónde tienes tu peine?

—Ahí, en mi bolsa.

—Déjame peinar-te. ¿Tu lápiz labial? Eso es, ya quedaste bonita. Ya terminamos, doctor.

—Ahora lleve a su mamá al primer piso para que le den cita.

—¿Dónde está el elevador? ¡Hijos, hasta allá! ¿Podrás caminar, mamá? Porque te veo muy mal.

—Sí, hija, nomás que despacito.

Creo que la cama es uno de los objetos más importantes para el ser humano, algunos hasta llegan a morir en su propio lecho, es como un recinto sagrado. Es en mi cama donde te escribo y pienso en nuestras cartas. Mi cama es un palacio rodeado de mi lámpara y algunos libros y revistas de arte a un lado, una planta, unas cajas de madera. A mí también me gustaría saber cómo es la tuya, preciosa. Cuéntame de ti, Argelia, dime qué piensas de todo esto...

—Señorita, vengo de radioscopía, el doctor me dijo que me diera cita. Aquí está el carné.

—Se la voy a poner para dentro de un mes, estamos muy saturados.

–Señorita, venimos recomendados por el doctor Juárez, lo de mi madre es urgente.

–Aquí todos los pacientes están en la misma situación, señora, lo siento. La esperamos para el 26 de agosto, es la fecha más cercana que le puedo dar. Vengan a las ocho de la mañana, con la prueba de orina de su mamá y en ayunas, por favor, se le va a sacar sangre.

–Ay, señorita, pero...

–Por favor, señora, retírese.

–Señorita, se lo ruego, mi madre no puede esperar un mes.

–Está obstruyendo la fila, señora, hágase a un lado. El siguiente, por favor...

¿Eres alta? ¿Te gustaría abrazarme algún día? ¿Salir conmigo al cine o a tomar un café por la Condesa? Tengo amigos por ahí y conozco algunos restaurantes y cantinas donde se come delicioso. ¿Te gustaría tomarme de la mano o que fuéramos caminando despreocupadamente por la calle y me abrazaras por el cuello y me preguntaras: “¿Te gusto, Ariel?” O que vinieras para acá y te llevara en mi camioneta a dar una vuelta por la carretera. Aquí los paisajes de día y de noche son muy bonitos: rocas, cactus, desierto, Pacífico... después nos acostaríamos en la hamaca que tengo afuera de la cabaña para ver juntos cielos estrellados...

–No te preocupes, mamá, llegando a casa le hablo al doctor Juárez, para ver si logra que te reciban más rápido; él sabe la gravedad de tu asunto y no permitirá que te atiendan tan tarde.

–¡Huuy, Dios mío, pero qué grande han dejado este Centro Médico! ¡Ay, pero mira nada más qué mundo de gente, hija!

–¿Ya viste hasta dónde está la salida, mamá? Espérame aquí, sentada. Ya no puedes caminar, ¿verdad? Voy a conseguir un taxi y vengo por ti.

Y caminas con paso apurado por pasillos interminables, brillando de limpios, con techos muy altos. Pasas por elevadores in-

menos transportando a pasajeros de esta tierra, tus ojos buscan angustiosos la salida...

—¡Taaxiii! Señor, por favor espéreme, voy por mi mamá, no me tardo.

—Lo siento, chaparrita, no puedo esperar, tengo que entregar.

Cuéntame más de lo que me dijiste por teléfono de las terapias esas con la tal Ana Laura. Quisiera verte, conocer tus manos, tus ojos, tu boca y todo lo demás... No seas mal pensada, me refiero a todo lo demás, o sea itú!

—¡iTaaxiii!! ¡Ay, señor, por favor, espéreme, tengo a mi mamá allá adentro muy enferma, nomás voy por ella, no me tardo!

—Tranquila, tranquila, flaquita, aquí la espero.

Y regresas por el mismo camino, casi corriendo volteas a tu izquierda, los amplios ventanales con cristales transparentes te llaman la atención, vidrios helados como la nieve; tropiezas con enfermeras muy de blanco, medias blancas, tenis blancos, escondiendo las fatigas; se te cruza un ayudante con tapabocas y gorro azul de papel; pasas por una sala donde niños sin pelo, cenicientos, muy especiales, esperan su turno sin mirada, los ojos hundidos, padeciendo una agonía sin liberación, círculos blancos que no tienen principio ni fin. Después de ver todo esto, ¿podrás regresar a casa e ingerir la comida, Arge?

Argelia, los sentimientos no van a cambiar. Tendrán que pasar algunos meses para que yo me defina. El caso es que nada de lo que te he escrito es mentira, lo que siento hacia ti es sincero; lo de mi posible regreso con Berenice me hace sentir como si fuera un patán, pero no lo soy; las cosas así se dieron y necesito expresártelas, no quisiera opacar o ensuciar nuestra relación. ¡Esto es algo que yo no esperaba!

—Ya, mamá, ya encontré taxi.

—Ay, hija, tardaste mucho.

—Pues es que no querían esperar.

—¡Cuánta lata te estoy dando! ¿Verdad, hija? Creo que ni vale la pena que venga a sacarme esos análisis.

—No, mamá, no digas eso, es importante que te saquen los análisis porque a lo mejor sí te pueden quitar, al menos, la sonda.

—Mira, hija, ya se llenó la bolsa. Ahora que lleguemos tienes que ayudarme a vaciarla, me pesa mucho, ¡cuántos líquidos tiene uno!, ¿verdad?

P. D.: Todo esto existe, lo escribí antes de que hablara contigo por última vez (sábado 17). Quiero enviarte un cuadro para tu casa, pero necesito estudiar la manera. No dejes de escribirme. Te quiere, Ariel.

¿No te tembló la mano, Ariel? Quizá, sin querer, lanzaste al papel palabras en clave, intuiciones secretas, y el tono de tu voz fue tan alto que cruzó el umbral de mi piel hasta llegar a mi alma. Frases aterciopeladas que arrojaron los fríos pasillos de mi mirada. Hojas escritas con sentimientos azules en las palmas de mis manos, manos que por momentos no estuvieron vacías, sino llenas de girasoles. El tiempo, Satanás de mi existencia, me abandonó para dejarme en un espacio sin paredes, sin ventanas ni techo y flotar e irme a ese mundo verde olivo... Ya no te pude decir, Ariel, que yo también hubiera querido caminar contigo tomados de la mano, bajo la lluvia... Letras divinas y humanas iluminando mi rutina, también hubiera querido contestar esta carta, esperar de nuevo otro sobre de Estafeta... Estuvimos buscando compañía, no amor. Voy a colocar esta mañana en una esquina de mis quebrantos y, con ella, tus palabras.

LUNA BARROCA

Agosto 10, martes

Contemplo en el álbum de fotografías el rostro atractivo de Ariel con piel canela, barba y bigote gris, parece un leñador corintio en los

bosques vedas con sus manos grandes, toscas, dedos que no acariciaron mi cuerpo; palmas que no se juntaron con las mías. Ahí están sus cartas, los timbres postales, los sellos de Estafeta, con fecha y hora; mis versos: “tu voz, sereno pincel/ en el lienzo de mi alma de mujer/ noble pincelada/ esculpiendo la piedra caliza/ de mi ayer...”; fotos del mar índigo, copias fotostáticas de invitaciones a sus muestras, recortes de periódicos comentando sus abstractos, fotos de la galería que expone sus pinturas, de su cabaña; el caballete que muestra en un lienzo el bosquejo a carbón de una mujer desnuda, sus instrumentos para tallar la madera, pequeñas esculturas erótico-africanas, su última carta: “Argelia, sólo te pido tiempo...”

Cerré el álbum como se cierra la puerta de una casa vacía para no regresar. Dejar de recibir sus cartas abría un hueco en mi pecho que ahora llenaría con cariño hacia mi madre. No más pretextos para no atenderla de tiempo completo. ¿Estará mojada? Ya no esperaré el correo de Ariel, ni le enviaré mis poemas. ¿Y si mamá me necesita? Desde la mañana no la veo (ni el sobre de Estafeta; sí, papá, tienes razón, no vale la pena este hombre).

–Ya vine, mamá, te voy a cambiar la sonda.

–¡Ay, hija, cómo tardaste!

(Pero, papá, es bueno cometer sus propios errores.)

–Mira, mamá, cómo estás de empapada. (Pinche Ariel, cómo me vienes haciendo esto, dizque esperar a la tal Berenice.) Mamá, ya no tienes bolsas recolectoras. Voy a la farmacia que está por el Centro Médico, ahora vengo, no me tardo.

Bajo las escaleras del edificio corriendo. Siento frío. ¿Qué voy a hacer con estos sentimientos, Ariel? ¿A quién se los voy a dar? Me estorban... Ay, Dios, ahora no puedo llorar, la piedra en la garganta, el sollozo en mi estómago. Disimula, Arge, llévalas una sonrisa a tus padres.

–Ya vine, mamá.

–No, hija, creo que vas a tener que llevarme a urgencias. Se me salió el tubo. Mira, ya mojé toda la cama.

–¡Papá, llama un taxi, mamá se está vaciando! Mamá, ¿dónde tienes tu falda gris?

–Me la están lavando.

–¿Y las otras?

–Me las está arreglando Paquita, ¿no ves que se me caen?

–Ya llegó el taxi... Al Centro Médico, por favor, señor. (La misma ruta...) Sí, por Insurgentes, es mejor (las mismas calles...), aquí en Córdoba dé vuelta (el mismo tráfico) para salir a Cuauh-témoc (la misma incomunicación entre mi madre y yo).

Madre e hija sin tener nada que decirse. “Tu voz, paisaje remoto en los escaparates de grandes avenidas/ y anuncios neón/ imagen de tiempo ido/ y escenario presente en parques/ pasajera a mi lado/ en el tranvía, entre las sirenas/ ambulancias y oficinas.” El taxi avanzaba monótono entre culebras de autos, ante largos y lujosos edificios cosmopolitas, teniendo que esquivar establecimientos cerrados por liquidación y camiones recolectores de basura que revientan de hedor. Sólo el ritmo del taxímetro, marcando la tarifa, nos regresaba al momento.

–Doctor, es urgente que atiendan a mi madre, se le salió la sonda.

–Espere a que venga el médico de guardia, estamos en nuestro descanso y a mí no me corresponde esta sección.

–Ven, mamá, siéntate aquí, al lado del escritorio, yo voy a estar pendiente.

–Oye, hija, agarra esa silla, por Dios, descansa un momento. ¿Qué pasó con ese tal Ariel?

–Ah, pos... no sé, mamá. Está muy ocupado en sus exposiciones.

–¿Ya no te ha escrito?

–No.

–¿Por qué?

–Poss... porque ustedes tienen razón, él está muy lejos. Déjame tocarle la puerta a los doctores, están bromeando, sin hacer nada, nos pueden ayudar.

–Doctor, ya pasaron diez minutos y a mamá se le está saliendo la bilis. Venimos recomendadas por el doctor Juárez.

–Mire, señora, aquí no importa si viene recomendada. Tenemos que esperar al médico de guardia.

–Tranquila, hija, tranquila. Te veo muy nerviosa... Sí, ese hombre no me daba buena espina, los artistas no tienen un ingreso fijo, además son muy impulsivos. Tú necesitas una persona que te apoye, que te dé seguridad y en la que puedas confiar.

–¡Ay, mamá! Mira, va entrando un enfermero. Disculpe, ¿no sabe si tardará mucho el doctor de guardia?

–Ya no tarda, señora, no se impaciente.

–Ven, hija, relájate, no me cambies la conversación. ¿Verdad que los artistas tienen un temperamento muy fuerte?

–Pues, sí, mamá, pero todo eso les sirve para transformar el caos y crear una obra de arte. Yo, al menos, encuentro en la literatura emociones de gran plenitud y belleza.

–Yo también, hija. Cuando era joven me leí las obras completas de Dostoievski en el camión, rumbo al trabajo. También los cuadros me gustan, por eso todas las tardes contemplo a mis dos campesinos, orando sobre la tierra, dando gracias por la cosecha. ¿De quién es esa pintura?

–De Liebermann.

–¡Qué paisaje! ¡Qué paz me inspira! Todos los días, a las doce, me paro frente a ese cuadro a dar gracias por el alimento.

El brazo de mi madre recargado en el escritorio de estaño, con la mano sosteniendo su rostro inclinado, sintiendo su páncreas blando, escurrido. Se ve tan empequeñecida, tan indefensa.

–Prométeme, hija, que vas a olvidar a ese tipo. Estoy muy preocupada por ti, nunca has tenido visión, siempre escoges a personas que no valen la pena, nomás juegan contigo.

Yo, escuchando cuchicheos, risas del otro lado de la puerta. Veinticinco minutos. La impotencia va creciendo, treinta y cinco..., va creciendo, cuarenta... hasta que explota.

–¡Ay, hija, no sabes cuánta debilidad siento!

–¡DOCTOR, QUE ALGUIEN ATIENDA A MI MADRE, POR DIOS, ESTÁ MUY GRAVE!

–Señora, por favor, cálmese, no grite.

–¡Pero si tenemos más de media hora, doctor, ya van a dar las once de la noche!

–A ver, señora, súbase a esta cama.

–No, doctor. Mamá ya no puede hacer ningún esfuerzo, la cama está muy alta. (¡Coño, cómo se va a subir a la cama!)

–Bueno, entonces le traigo un banquito. Yo le ayudo. Beatriz, tráeme una sonda y una bolsa. ¿Qué tiene su mamá?

–Cáncer en el páncreas, pero le están haciendo estudios aquí en el Centro Médico para ver qué pueden hacer.

–Mire, señora, este tubo que le puse a la sonda de su mamá no va a durar mucho. La piel que sostiene la sonda se está lacerando y va a llegar un momento en que no podrá sostenerla. El que la bilis se le esté yendo, no quiere decir que su mamá se va a morir mañana. No se preocupe, su mamá no se va a morir hoy. Esto que ella tiene toma algunos días más. Ya está, señora. Le pegué el tubo con un esparadrapo más resistente. Se pueden ir tranquilas.

Lo primero que vimos al salir del Centro Médico fue un cielo encendido por la luna llena de rojo, esperándonos. “¡Mira, mamá, qué luna!” La mueca de su boca se desvaneció para dibujar una sonrisa serena, con el ritmo pausado que acompaña a los que van a morir: “¡Mira, hija, qué luna!”

Sus ojos color tierra viraron hacia aquel astro cómplice con una nostalgia cerca de su fin, llena de pasajes enmendados y ahí, en su mirada, busqué lo cautivo de su destino y la herencia de sus quejas antiguas. Vamos a quedarnos aquí, en la esquina, junto a este puesto de dulces, mamá, mientras pasa un taxi. “Ya es muy tarde, hija, quién sabe si pase alguno.” Los dibujos de neón iluminaban los edificios a lo largo del Eje Central. Faros alumbrando para no perderme en esta madrugada, pues un doctor me ha dicho que no me preocupe porque: “Mi Mamá No Se Va a Morir Hoy”. El tambo de

tamales era una ráfaga de vapor vigoroso, como la fumarola de una chimenea. Un indigente extiende la mano a un muchacho implorando una moneda y se va con paso menudo hasta perderse de nuestra vista, mientras la luna, ahora rosa, desciende hasta nosotras, atenta, como un canto a la muerte. En medio de esa claridad lunar me acordé de la paz.

La noche se había puesto tibia, mientras tú, Arge, te convertías en un ser purulento, y tu madre, por fin, alcanzaba la imagen perfecta de quietud y aceptación. Ella:

dejaba atrás las voces
y secretos de su inocencia;
inútiles miedos y la febril espera.
Hoy sólo quería sentir
el aroma de esa luna,
verla dormir sobre sus calles
sin reclamos, con cadencia.

Ni un vestigio de enojo ni de apuro por parte de tu madre, Arge; mientras el rencor y la premura hervían dentro de ti. Ella empezaba a decir adiós, tú a conocer el verdadero rostro de tu madre, porque este pedazo de noche, con esa luna de brasa aguantando el firmamento, las ha empapado de misericordia. No sabes que este trazo de tu vida lo vas a tener, a traer, de aquí en adelante, en tus ojos, en tu epidermis, en tu rostro; va a permanecer en ti con el color tostado de la niñez, para humedecer las horas amargas que te depara el vivir, y quizá lo recuerdes, por ejemplo, ahora que has tenido que huir de la casa, pues entre tu hijo y tú ya no hay besos, ni caricias, ni un “buenas noches, mamá...” Ahora hay murallas, trincheras en el departamento que algún día quisiste decorar con luz del hogar perdido.



Un halo de misterio nos envolvió filtrándose entre los árboles: “¡Mira, mamá, qué...!” “¡Mira, hija, qué...!” Por primera vez, mi madre y yo nos contemplamos a nosotras mismas y, al fin, comprendí sus plegarias al cielo pidiendo por mí. El espejismo del dolor de haber sido tú mi madre y yo tu hija se fue disolviendo, como el reflejo de las ramas pisando el asfalto, hasta alcanzar una cercanía entre nosotras, madre, que nadie, nunca, podrá separar. Hubo un momento de gracia: el runrún de las voces de la calle guardó silencio; el vendedor de tamales y el niño ofreciendo rosas, desaparecieron; los transeúntes se detuvieron en las escaleras del metro, mientras tú, mamá,

dejabas atrás los tropiezos precoces,
los pasos rápidos y tu mirada inquieta;
hoy querías caminar a solas,
con esta noche cayendo en tus manos
sin lágrimas por una ausencia.

Tus pies iban a ritmo suave, atemperado, teniendo como comparsa un corazón a punto de descansar para dormir en una partitura adolorida. ¿Te acuerdas, má, que solías decirme que soñabas con ser directora de orquesta? Bueno, pues aquí, precisamente, en este momento, tu batuta brilló y se dirigió a cada uno de tus sentimientos humillados —músicos de tu orquesta— para pedirles una tregua, un reposo, mientras ellos bajan sus brazos, alzan su rostro, te miran a los ojos, esperando que tus manos se levanten, y con tus dedos índices les pides un pequeño *staccato*: alto, y con tus palmas les exiges el movimiento *tempo*: silencio. Alcanzas el epílogo de tu vida.

EJERCICIO

Agosto 21, sábado

–Hija, sácame a dar una vuelta, quiero tomar aire, ver flores, esta recámara me está acabando...

–Pos apúrate, mamá, para que te lleve a los Viveros...

Esa mañana tenías puesta tu blusa blanca con aromas de ausencias y tu falda azul con pliegues de fatiga. Tu larga y manchada mano acarició tu rostro frente al espejo, con lentos movimientos te pusiste tus aretes de cuentas blancas y negras, te pintaste la piel gris de los labios frente al tocador y peinaste tu cabello ralo y ceniciento.

–Ya, hija, vamos, hace mucho que no me da el sol...

Tu carne, incolora, se llenó de rubor cuando respiró geranios. Tu carne, aterrada, se calmó con aires de camelia, aquel sábado que dejaste caer por unas horas tu dolor ante el ciprés. Tu piel le sonrió a la luz y contempló los olivos como un labrador contempla su atardecer. La tierra fofa ablandó tu pretérito roto, alejándote del peligro de vivir, ese día en que te dirigiste a tu esposo: “Ya venimos, Toni, no te preocupes por mí”. “Pero, Carmelita, estás muy delicada.” “La mañana está muy bonita, no me va a pasar nada, voy con Argelia.” Te amarraste las agujetas de tus tenis negros, abandonaste tu recámara dejando el espejo fiel a esa mirada llena de lealtad. En uno de tus últimos intentos de voluntad autónoma, agarraste tu bolso de tejido verde, metiste en él tu monedero, cigarrillos, llaves, guantes, la bufanda negra y tu pañuelo blanco. Cerraste la puerta de tu departamento y bajaste las escaleras arrojando el peso de la bolsa de tu bilis. ¿Será que una mujer debe, madre, aunque sea con ímpetu afligido, vivir?

¿Quién dijo, madre, que la piel es triste y que se muda? Siente cómo aspira el aroma de los pensamientos... ¡Mira, madre, cómo ese mar de fisuras llueve pétalos de naranjo... empapa de brillo al

romero y saborea la miel de las corolas! “¡Qué hermosa, hija, esta vereda llena de naranjos!” Ya no hubo un “vamos a comprar esta maceta”, un “mañana te vuelvo a traer, má”, un “el próximo sábado le damos de comer a las ardillas”. Ciertos verbos en tiempo futuro empezaban a ausentarse para siempre de nuestro vocabulario. Respiramos el aroma de lo que ya no iba a ser. Te acercaste a un olmo copudo y me dijiste: “Aquí los traíamos tu padre y yo a ustedes cuando eran pequeños, se pasaban la tarde recogiendo eucaliptos y luego nos íbamos a comer al Vegetariano...” En ese instante te doblaste, madre, tus brazos agarraron tu vientre y con respiración raspante, expresaste: “¡Ya no puedo, hija!, quiero sentarme. Me pesa mucho la bolsa de la bilis”. Una señora del puesto de flores te prestó su banquito, te sentaste, y la sombra de tu mirada atrapó el abandono de una magnolia en el suelo. Dejamos los Viveros sin esperanza, una de las muchas cosas inciertas que tenemos...

CHOCOLATES

Agosto 22, domingo

—¿Bueno? ¿Argelia?

—Sí, papá, dime.

—Vengo del hospital. Tuve que internar hoy a las tres de la madrugada a tu mamá porque bramaba de dolor. Cuando llegaron de los Viveros se postró en la cama. Sus gritos se escuchaban por todo el edificio, se pasó la noche en la sala caminando enloquecida, retorciéndose del dolor de espalda.

—¿Y dónde está?

—La dejé en Urgencias del Hospital Regional, el que está en Xola, que de ahí la iban a transferir a Oncología.

—Voy para allá, papá.



–Perdone, señor, ¿no sabe si alguien está atendiendo? Veo el módulo vacío.

–Sí, espere a la señorita que salió un momento.

– ¿Y nomás la señorita me puede informar? ¿Ninguno de esos doctores sabrá decirme dónde está mi mamá?

–Pos a ver, pregúntele a alguno.

–Doctor, vengo a ver a mi madre y no hay nadie en la recepción. ¿Usted me puede informar?

–No, señora, disculpe, tengo una cirugía ahora mismo, mejor espere a la señorita.

Chiflones; se cruzan las corrientes... en estas sillas llenas de plástico, de espanto, de quejas... el frío duele más que una noche sin dormir. Cierro los ojos, cruzo las piernas. Bostezo.

–Señorita, buenos días, hoy vino mi papá a internar a mamá.

–¿Cuál es el nombre de su mamá?

–Carmen Valenzuela de Túnez.

–¿Cómo se escribe su apellido?

–Con ve chica y zeta.

–A ver, permítame un momento, ¿sí? ¿Cómo me dijo que se llamaba su mamá? ¡Ah, sí! Aquí está, Carmen Valenzuela de Túnez. Señora, está bajo observación.

–¿Todavía? Pero si son las siete de la mañana y mi papá la trajo a las tres.

–Sí, señora, apenas la suban a piso yo le informo.

¡Mis manos están congeladas! Este día estará lleno de preguntas sin respuestas, mariposas hambrientas surcan en mis intestinos... me cruzo de brazos. Abro los ojos.

–Disculpe, señorita, ya son las diez de la mañana y no sé nada de mi mamá.

–Pregúntele a la señorita que está al fondo, mi turno ya terminó.

–Perdón, pero aquella señorita me dijo que le preguntara a usted por mi mamá, que fue internada hoy a las tres de la mañana.

–¿Cómo se llama su mamá?

–Carmen Valenzuela de Túnez.

–¿Cómo se escribe?

–Con ve chica y zeta.

–¿Qué doctor la atendió?

–No sé, mi papá la trajo a Urgencias y la tuvieron que internar.

–A ver... Déjeme revisar. Valenzuela, me dijo con ve chica, ¿verdad? Y zeta. Ah, sí, está pendiente de asignarle cama.

–¿Y cómo le hago para verla?

–Tiene que esperar a que su médico me dé instrucciones. Tome asiento, yo le aviso.

Regreso a la misma silla blanca de plástico. ¿Regreso a mí misma? Mi esperanza de regalarte un día soleado, madre, tapizado de colores, se fue haciendo cada vez más angosta. ¿Ya te cansaste? Perdona, señora, ¿me puede prestar su banquito para que mi mamá se siente? El sabor amargo en la boca, mis labios están secos. Te extraño má. ¿Dónde estás? Me levanto.

–¡Ay, señorita, qué pena me da volverla a molestar!, pero ya es la una de la tarde y no sé nada de mi mamá.

–¿Cómo me dijo que se llamaba su mamá?

–Carmen Valenzuela de Túnez.

–¡Ah, sí, aquí está! Su cama es la número 42 del ala poniente del quinto piso de Oncología.

–¿Dónde queda eso?

–En medicina interna. Mire, tiene que ir a la ventanilla que está por la otra entrada, donde dice “Pases”, para que le preparen uno y ahí le informan bien.

Ambulancias llegan con accidentados, madres cargando a sus hijos en brazos, las mismas exactas preguntas: ¿cómo se llama? Un indígena llega con una frazada, se acuesta en el suelo... se tapa el rostro con su sombrero.

–Señorita, buenas tardes. Vengo a que me den un pase para ver a mi mamá.

–Tiene que ir a la ventanilla de enfrente, señora, donde dice: “Módulo de atención y orientación al derechohabiente”.

–Señorita, buenas tardes. Vengo a que me den un pase para ver a mi mamá.

–¿Cómo se llama su mamá?

–Carmen Valenzuela de Túnez.

–A ver, déjeme buscar entre estos pases que me acaban de dar. Magdalena Jiménez, Fausto Cepeda, Macaria Sánchez... Con ve chica, ¿verdad? No, no, todavía no me han traído el de su mamá, por favor regrese en media hora.

–Pero, pero..., ¿por qué hasta dentro de media hora, señorita, por favor?

–Porque el que prepara los pases salió a comer.

Alguien con quien hablar... Una caricia, un abrigo... ¿dónde se habrá quedado tu bolsa de tejido verde, má? La cabeza me va a explotar. Aprieto los puños, me restringo los ojos. Camino.

–Señorita, ya pasó más de media hora, ¿ya estará mi pase?

–A ver, déjeme buscar... Josefina López, Eustaquio Lozano, aquí está, me lo acaban de traer. La entrada es por allá.

Soy el reverso de mis pasos, el antifaz de la expresión aterrada, camino hacia atrás, con el aliento del cobarde.

–¡Ey, oiga, no se meta, aquí va la cola!

–¡Ay!, perdón, señor, no me di cuenta de que había fila.

–¿Su pase? ¿Viene al área restringida, verdad?

–Señor, ¿cómo voy a saber si mi madre está en el área restringida?

–El quinto piso es zona restringida, señora.

–Está bien, señor. Aquí está mi pase.

–¿Es usted familiar o tutor responsable?

–Señor, le acabo de decir que vengo a ver a mi madre, SOY SU HIJA.

–No me grite, y por el momento no puede subir.

–¡No puede ser, Dios mío!, pero ¿por qué?

–Están haciendo unos cambios, no tardan. Hágase a un lado, por favor, está bloqueando el acceso.

El vértigo, la náusea... ¿dónde estás? ¡No te encuentro, madre! ¿Y tu blusa blanca, tu falda azul, el monedero, tus llaves? ¿Lo habrán puesto todo en una bolsa de plástico para dársela a papá? La lengua sucia, pesada, seca... Me remojó los labios. Levanto la cara.

—¡Psssttt!, ieh! ¡Oiga! A mí también me hicieron lo mismo ayer, pero me les metí. Cuando vea que entran más de cuatro personas, métase entre ellos. Mire, por ejemplo, ahora mismo, órale, píquele...

Los músculos alrededor de mis labios se contraen, tiemblan... mi diafragma queda detenido, abarrotado.

—¡Uff! Perdone, señor, ¿cómo me voy al quinto piso?

—Coja ese elevador de la derecha.

—¿Ése que está ahí al fondo?

—No, señora, el otro.

Las llaves de tu casa sangran la tonada del amor, tu amor devocionario mirando la cabecera.

—Señorita, buenas noches, ¿la cama 42?

—Por ese pasillo, a su izquierda, segunda sección.

Acuéstate en la camilla de espaldas, con tu sacrificio solitario, único, redimido por la sábana y la columna vertebral.

—Perdón, señorita, ¿ésta es la cama 42?

—Pos sí, ¿qué no ve que ahí arriba lo dice?

—Es que me dijeron que mi mamá se encontraba en la cama 42 y está vacía.

—Ha de ser la señora que traen de imagenología.

—¿Y cuándo la traerán?

—No sé, señora.

Estoy en la raya de una línea que cruzo de puntitas para no caer. Es un terror bermejo amenazando en cada amanecer.

—¿En este cuarto va a estar mi mamá? ¿Con todas esas personas?

—¡Ay, mire, ahí la traen en esa camilla!

Acelero mis pasos en un pasillo tan largo como extraño, para acercarme al sonido de las ruedas de la camilla. Con el olor de la angustia me in-

clino para descubrir a mi madre y, con ella, una escisión en lo hondo, la hendidura del azar.

—¿Argelia?

—Sí, mamita.

—Ay, hija, no sabes qué tantas cosas me han hecho. Me siento como una idiota. Fíjate que me inyectaron, y luego luego empecé a ver lucecitas y estrellitas de muchos colores. Fue droga, ¿verdad?

—No lo sé, mamá, pero se te quitó el dolor, ¿verdad?

—Pues no quiero que me vuelvan a dar esa porquería, sentí horrible. Sólo eso me faltaba, convertirme en drogadicta. No era yo. Vi tantas pelotitas que sentí que me quedaba ciega. Luego me dio una sed que ni te imaginas. Prefiero los dolores, ¿eh, hija? No permitas que me vuelvan a dar esa cochinado. ¿Qué hora es?

—Las siete de la noche.

—¡Tan tarde es! ¿Te dijo tu papá lo grave que me puse ayer después de que regresamos de los Viveros? Bueno, hija, al menos disfruté de ese vergel de flores ¡qué colorido! ¿ver...?

—¡Buenaas nooches!

—Buenas noches, doctor.

—Doña Carmelita, soy el doctor Eduardo Rangel y la voy a estar visitando, ¿eh? ¿Cómo se siente?

—¡Ay, doctor!, ¿cómo me voy a sentir? ¿Qué me inyectaron?

—Le pusieron Demerol.

—Y eso ¿qué es?

—Un derivado de la morfina.

—¡Entonces me drogaron! ¡Con razón no sentía mi rostro!

—Doña Carmelita, sus dolores eran muy fuertes. ¿Ha obrado?

—Le digo que me acabo de despertar. Oiga, doctor, ¿usted cree que me puedan quitar esta sonda?

—Es lo que vamos a ver. Tenemos que hacerle más exámenes, otro ultrasonido.

—No, más exámenes ya no, doctorcito, se lo suplico.

—A ver, relájese, respire profundo y aguante; levante los brazos y aguante. Ya terminamos.

Trago saliva. Respiro. Me enderezo... Este día traje el sabor del olvido y de cosas no resueltas.

—Enfermera, por favor, chéquenle la orina, que no pase de litro y medio; 60 sobre 80 pulsaciones por minuto; 150 sobre 90 la presión; color y cantidad de evacuaciones; el sedante cada ocho horas; el suero tiempo completo, junto con las soluciones parenterales, dieta blanda; 90 por ciento nivel de oxigenación... ¿Se va a quedar usted con su mamá esta noche, señora? Porque no puede estar sola.

—Sí, doctor.

—Bien, entonces nos vemos mañana temprano, doña Carmelita. Meriende algo y descanse, ¿eeeh?

—Ay, qué noche nos espera, hija.

—No te preocupes más, trata de comer un poco. Voy abajo, al puesto de dulces, a ver qué puedo comprar.

Dejaste los Viveros con el dolor de una planta arrancada con todo y raíces al aire; no, no me contradigas, madre, yo te vi, con la queja del no-meolvides. La vida tiene múltiples colores, sonidos, esencias, tactos... ¿Dónde habrán quedado tus aretes de cuentas blancas y negras?

—Ya vine, mamá. Mira nada más, ni siquiera has probado tu papilla ni tu jugo.

—¿Qué compraste, hija?

—Unos chocolates.

—No, no puedes comer chocolates, te hacen daño.

—Mamá, me estoy muriendo de hambre.

—Nunca te han gustado los chocolates.

—Pero ahora los quiero comer, ¿me puedes dejar comerlos en paz, por favor?

—Te van a hacer daño. Oye bien lo que te digo, son muy pesados a esta hora.

—Mira, mejor me voy allá afuera, mamá, a sentarme un rato en la sala de espera.

Sí, eso es, aléjate de ella, Arge, como siempre lo has hecho. Hasta eso, fíjate, no se ve mal el sillón; anda, siéntate y saborea

tus chocolates, a solas, que nadie te vea ni te juzgue en esta sala con olor a muerte. ¿Por qué tendrás tanta necesidad de un chocolate? Tiene razón tu madre, nunca te han gustado. Son las diez de la noche y estás ávida de esa golosina. Sigue, Arge, acábate esos chocolates que tu madre no te dejó comer. ¿Te fijaste cómo contrajo su rostro al verte con esa bolsa? ¡Coño, ni un pinche chocolate puedo comer enfrente de ella! Entiéndela, Arge, ¿tú sabes lo que sintió al verte llegar con esos dulces, cuando ella no pudo probar ni siquiera la papilla que le llevaron? ¿Te acuerdas de que en casa la única que los comía era ella? Cuando un novio te regalaba una caja de chocolates, ¿qué hacías? Se los dabas a ella. Cuando estuviste en Puerto Rico, ¿qué le mandabas? Chocolates. Cuando salías de viaje, ¿qué le traías? Chocolates. ¿Y el día de las Madres, en su cumpleaños y aniversarios? Chocolates. Por Dios, Arge, un poco de compasión con ese rostro de tu madre lleno de muerte viéndote comer su golosina preferida. No es rabia, ni envidia, Arge, son síntomas ajenos a ella, a ti, a esta sala. ¿Sabes que todos los que están aquí son pacientes irrecuperables? Es ella, la Muerte que empieza a buscarla, Muertevieja, con harapos y sombrero de lentejuelas, metiendo largos dedos en su bolso para sacar la oración de los muertos, manoseando frases santasconsoladoras para moribundos: *Sé, oh Señor, que los días en que me haces llorar más, son aquellos en los cuales me haces ganar más. Por eso, gracias por hacerme llorar...* La rezarás todas las tardes, mientras observas que la piel de su vientre, de sus piernas, se ha cubierto de detritus. Es la línea final de su horizonte. *Sé, oh Señor, que los días en que me haces sufrir más, son aquellos en los que me haces aliviar los dolores ajenos. Por eso, gracias por hacerme sufrir...* Pero esto no lo ibas a entender hasta después de mucho tiempo, cuando tu hijo dejó de ser niño para recordarte el precio de tu maternidad, de tus amenazas y abandonos. Tú también fuiste adolescente, Arge, y le cobraste a tu madre. ¡Fíjate!, todavía se lo sigues cobrando, un precio muy alto por sus errores. Ahora es tu turno, tu hijo empieza a cobrarte una factura

muy cara; creo que no podrás pagarla, tendrás que empeñar tu alma y pasar el resto de tu vida saldando una cuenta que siempre estará pendiente por tus ataques de...

es algo que logra que acabes con aquello que más amas; es como una detonación sin rumbo fijo... ¿qué será, Arge? Cuando emerge puede acabar con tu hogar. Si no lo conoces, si no lo comprendes, es un huracán que arranca lo más hondo de tus sentimientos... ¿Cómo se llama? Va creciendo dentro de ti, como una mala hierba, te puede pudrir, convertirse en algo fétido y llegar a ponerte un rancio olor en la boca; tratas de fingir, de pensar que no pasa nada, de que todo está bien, pero te provoca náuseas, insomnio, resequedad en la boca, tus manos tiemblan, la vista se te nubla... yace dentro de tu piel, te come, perfora tu mirada, tus gestos te delatan, está acechando en tu cocina, en tu cuarto... ¡Cuántas veces no te ha visto tu hijo así! Se te queda mirando, callado. Después se va a dormir a su cama como si nada hubiera pasado... Te hace sentir culpable, lastimada. Basta cualquier tontería que haga tu hijo para que digas lo que no quieres decir, hagas lo que no quieres hacer, sientas lo que... Es la ira, Arge. Ira contenida.

Buscas a tu madre después de muchos años y de calendarios deshojados en la penumbra de tu orfandad; hasta ahorita, Arge, precisamente en este momento que empiezas a comprender a tu madre, tratas de estructurar una parte de tu vida. ¡Huy, mi hijo!, porque la otra parte se fue vociferando: ¡Ay, mi madre! *Sé, oh Señor, que los días en los que me das más penas porque te ocultas, son aquellos en los cuales Tú vas por un pobre hermano mío que estaba perdido. Por eso, gracias por estas penas...* y la fe las salva... por un día... y las contiene por un rato, y sienten la fortaleza del Sagrado Corazón de Jesús, por un momento, a la luz del perdón, por unos segundos, y te inventas motivos, urdes tramas, personajes, para protagonizar este libro que jamás tendrá un final feliz; para justificar un desasosiego que siempre hallará un lugar en ti. Hay horas en que

no se quiere tener sentimientos, ¿verdad, Arge? Te despertaste con dolor de cabeza, incómoda, y no es que quisieras con toda tu alma escribir; más bien querías dormir, pero no pudiste, fue el demonio de tu mente el que te empujó hacia esta libreta; los duendes en la entrada de tu alma te ayudaron a levantarte de la cama, y las voces llamándote desde el teclado de la computadora: A a a a r g e e l i i a a a... para encontrar tu propia voz en el umbral de la locura, a ver qué descubres en este borrador. A a a r g e e l i i a a a... “Señora, creo que la está llamando su mamá.” *Sé, oh Señor, que las tinieblas que me ciegan, el hambre que me hace languidecer, la sed que me hace morir, por Ti para Ti, sirven a devolverle Luz, Fuente, Alimento, a quien muere de todas las muertes. Por eso, gracias por mis tinieblas, por mi hambre, por mi sed...* Y sacarás la Biblia del cajón del buró de tu madre y le rezarás el Salmo 91: “El que habita al abrigo del altísimo morará bajo la sombra del omnipotente...”, y tu madre te pedirá que le reces su testamento espiritual. Encenderás veladoras, irás por un padre a la iglesia del Espíritu Santo para que le dé los santos óleos, y pedirás y buscarás y gritarás... ¿qué más, qué más para no sucumbir? Ella se encuentra ahora dopada, adormecida por el vaciado continuo de su bilis. A ver si logras entender los sentimientos de tu madre, porque allá, hace muchos años, en la sala de espera, mientras ella estaba conectada, te llenaste de resentimiento, de amargura y de venganza, y te fuiste acabando, uno por uno, los chocolates. Es ahorita, A r g e e l i i a a a... “Señora, su mamá la está llamando.” *Sé, oh Señor, que mis muertes espirituales sobre tu cruz son resurrecciones de otros tantos muertos hacia tu cruz. Por eso, gracias por hacerme morir...* pero todo está muy por debajo de la muerte; pero nada es demasiado, nunca será suficiente para la muerteoscurantísima, ten piedad de nosotros; muertedulcísima, óyenos; muertelevadísima, escúchanos; *Trono de la eterna sabiduría*, cubre con alas azules los sueños de mi madre; *Vaso espiritual de elección*, derrama esencia sagrada sobre su cuerpo; *Torre de marfil*, perdónala, Señor; *Casa de oro*, óyela, Señor...

EL CUARTO OSCURO

Agosto 23, lunes

–Aaaargeeliiaaa...

–Señora, su mamá la necesita...

–Sí, mamá, dime.

–Llama a la enfermera para que me traiga el cómodo.

Me dirijo hacia el puesto de enfermeras, hablo, pregunto, soy la mancha negra reflejada en un bloque de concreto blanco, yeso y cemento habituados a mi silueta... Estoy viviendo una vida que no tengo ganas de vivir. Hay momentos en que una no encaja. ¡Si las sombras hablaran!

–Señorita, mi mamá necesita que le lleve un cómodo.

–Se lo va a tener que poner usted, señora. Es fin de semana y hay poco personal, por eso pedimos que se quede un familiar con el paciente. Yo no puedo, estoy atendiendo también el otro pasillo.

–Pero no sé ponerle el cómodo.

–Es muy fácil, señora, la parte ancha va para arriba y la angosta para abajo; que ella le ayude levantando sus caderas.

–¿Y dónde están los cómodos?

–Atrás, en el cuarto séptico.

Vamos, entra al cuarto, Arge, no le tengas miedo y pasa de largo aquellos cómodos que están sucios; cierra los ojos a estos malolientes, abre un ojo para alcanzar uno limpio. Uno limpio, Dios mío, ayúdame. Brinca las cubetas con desperdicios. No, Arge, no te tapes la nariz, no seas tan exagerada, esto es también la vida, la vida hermosarruín, la vida alegreconvulsa, puede tener aroma de rosas o de orines. Así, como está en los cómodos, en las sábanas, en las jergas, en los trapos, en los algodones. La vida se vacía putrefacta en líquidos amarillentos, cafés, negros. Es como echarle un vistazo al pandemónium, ¿verdad? La vida es frágil, pero todo cabe en ella; tiene muchos rostros con múltiples dolencias,

fisuras y desgarros, y uno se va sin terminar de entenderlos, ¡qué digo entenderlos!, sin haber siquiera descubierto uno de ellos.

–Aaargeeliiiiaaa...

–Ya, mamá, ya. Aquí está el cómodo.

–No, tú no, la enfermera.

–Ella no puede, está atendiendo una urgencia en el otro pasillo.

–Pero tú no vas a saber ponérmelo.

–Ya me explicó la señorita.

–No vas a poder.

–A ver, má, levanta tus caderas.

–¡Ay, ay, aaayyy, Argelia! No me toques la espalda, ¿qué no ves que siento que me quemó?

–Por eso, mamá, entonces levanta tú sola la espalda.

–Ya, Argelia, mete el cómodo por Dios, qué inútil eres. ¿Qué es ese timbre?

–Están llamando a la enfermera en el otro cuarto, parece que alguien se puso mal, pero no veo que vengan ni médicos ni enfermeras. Voy afuera a ver qué está pasando.

Te dolió el no haber podido tocar a tu madre, ¿verdad, Arge? Todos tenemos heridas y vivir con nuestras cicatrices a la distancia, alejados del rechazo, es aconsejable. Es usual.

–Perdón, señora, ¿sabe por qué está gritando esa señorita?

–Acaba de morir su mamá. Le dio un paro respiratorio y nadie la pudo ayudar. Mire, ahora sí vienen todos esos doctores y enfermeras, ya ni la hacen.

–Pero, ¿ahorita, ahorititita mismo se murió?

–Sí, seño, ¿qué no vio a la hija desesperada corriendo por todo el pasillo, saliendo y entrando de los consultorios para buscar a un médico, a una enfermera? Pobrecita, se veía tan desesperada y, ¿uno qué puede hacer, a ver, dígame? Mire, ahí la están poniendo ya en la camilla. Vaya con su mamá, distráigala, no se vaya a dar cuenta de que sacan a la señora tapada con una sábana blanca.

—¿Qué pasó, Argelia, por qué oigo que alguien llora?

—Nada, mamá, a la hija de una señora le dio una crisis nerviosa.

—Pero ya la están atendiendo, ¿verdad?

—Sí, todo está bien, no te preocupes. Duérmete, que son las dos de la mañana. *Porque creo que mi gloria será aumentada con cada sufrimiento. Porque creo que ella se adornará con los nombres de aquellos a los que yo habré salvado con mi sufrir. Porque creo que para las hostias no es Justicia sino sólo Amor...*

“Este pabellón me comprueba que sí existe otra humanidad, la de los huesos gastados; otro mundo, el de los desenmascarados; otra moral, la del enfermo del alma; estos pacientes no tienen a la luz por delante, sino a la mismísima oscuridad.”

ANALEPSIS

Agosto 24, martes

—Mamá, ¿cómo amaneciste?

—Ay, hija, pos cómo quieres que esté. No sabes qué pesadilla tan horrible tuve.

—¿Qué soñaste, má?

—Fíjate, que yo estaba ahí, afuerita, sentada junto a tu papá, esperando a que el enfermero terminara de hacer mi cama, con una pena espantosa de que la gente me viera en camisón, con su aberturota por detrás. No te creas, es vergonzoso traer un camisón blanco todo el día... cuando, de repente, veía que estaban limpiando mi cama y escuchaba que el enfermero le decía a la otra enfermera: “Rápido, que va a venir una paciente nueva, tenemos que sacar esta cama”. Y yo le decía: “¿Pero qué está haciendo? ¡Esa cama es la mía!” Y, entonces, hija, él volteaba y me decía: “No, la señora que estaba aquí murió ayer”. Y yo: “¡No, no es cierto, no me he muerto todavía, míreme, aquí estoy!” Y él me

contestaba: “Le digo que la señora de la cama 42 murió ayer”. No, no, no, hija, ya ni quiero acordarme.

–¡Ay, mamá, pero qué pesadilla tan esp...!

–¡Bueeenooos díaaas, doña Carmelita!, ¿cómo durmió? ¿Me escucha?

–Buenos días, doctor.

–¿Ya comió, obró? ¿Hay dolor? ¿Algo que le moleste? Señora, por favor, salga del cuarto un momento, mientras revisamos a su mamá.

Y el rondín entra flamante con su autoridad carismática, la cuadra médica, el círculo blanco. Médicos pulcros, ¿ocho? ¿diez? No son muchos, ni son pocos, son suficientes. Lo llamas el “Rondín de la sabiduría”. Cada uno con su uniforme almidonado, con su libreta de apuntes, con su pluma. Miradas serias guardando respetuosamente las jerarquías, siguiendo al Maestro, al Científico. Y te sacan del cuarto, Arge, pero te quedas en el quicio de la puerta escuchando, ávida por saber si ellos salvarán a tu madre, si ellos descubrirán la panacea de la vida, la piedra filosofal. Aquél debe ser un estudiante, este otro estará haciendo su servicio social. Médicos jóvenes, inteligentes, atractivos. Todos escriben en su bitácora, todos acechan a tu madre, la auscultan, la tapan, la destapan, la tocan, la destocan, caminan alrededor de su cama, zombis en trance alrededor de una neblina, como si un lente estuviera filmando la escena en cámara lenta y con poca luz. Rondín hoy, rondín mañana, rondín pasado mañana, a la misma hora, con el mismo ritmo, con el mismo sigilo, con la misma majestuosidad; y tú seguirás con tus mismos ¿será que...?, a lo mejor..., quizá... Arge, no sabes que esos cuerpos amorfos yacen en los colchones para convertirse en objeto de observación, expedientes clínicos de cálculo, instrumentos de estudio, técnicas de medición y verificación, nada que ver con los sentimientos. Fíjate en sus rostros, ¿tienen algún toque de amabilidad humana? Gente alrededor de la cama no significa nada. En la muerte estás sola.

–Ya puede entrar, señora.

–¡Cuántos médicos me vinieron a ver! Imponen, ¿verdad, hija? Parece que mi caso les interesa mucho, es algo fuera de lo normal. A lo mejor sí me van a poder quitar esta sonda. ¿Pudiste hablar con el médico?

–No, mamá. ¿Que no te explicaron nada?

–No, hija, ¿cómo crees que los voy a interrumpir?, además ni se prestan. Ay, mira, ahí van, a ver si alcanzas a mi doctorcito y le preguntas si me van a quitar esta sonda. Ándale, córrele, antes de que se vayan. *Porque creo que nuestro encuentro será sonrisa, será beso, tu beso. Jesús-Amor, que me enjugará toda señal de llanto. Porque creo todo esto, yo te agradezco por mis pocas espinas. Y te amo con multiplicado amor. Tú me has dado no la parte de María Magdalena, que es la mejor, sino la que es Tuya, que es la parte perfecta: el Dolor. Gracias, Jesús.*

“Esta sombra que avanza cuando mi cuerpo se detiene soy yo, y me digo: no estás sola. Sus suspiros llegan más lejos que mis gritos... ¿Quién le enseñó al amor a encontrar alegría en la renuncia... en la rutina... en el quebranto?”

–¡Doctor, doctor!

–Sí, señora, dígame, traigo prisa, aún tengo muchos pacientes que ver.

–Perdone, doctor, ¿usted cree que le podrán quitar a mi mamá la sonda?

–Mire, señora, los estudios de gabinete, la resonancia magnética, el ultrasonido y los estudios de laboratorio confirman la etapa terminal de su madre, pero quiero decirle algo y que le quede bien claro: antes de que su madre muera de cáncer, va a morir de hambre y de sed. Ya no tarda en quedarse sin glándulas salivales y no podrá tragar ni una sola gota de agua. Mañana la damos de alta.

–¡Mañana...!

–Permítame, no me interrumpa, déjeme terminar. Le aconsejo que vaya al departamento de Trabajo Social para que usted y su

familia reciban orientación de cómo se trata a un enfermo en su última fase. Tenga esta receta, es Nalbufina, se la dan cada ocho horas. En caso de que la droga no surta efecto, puede traer a su madre a la clínica del dolor.

Recuerda:

...clínica del dolor... departamento de trabajo social... Nalbufina... última fase... glándulas saliv... de sed... estudios de gabi... rondín... ¿cuál es su nombre...? médicos jóvenes... Carmenvalezuella... la vida... oye bien lo que te digo... alegreconvulsa... Aaargeeliiiaa... esos chocolates son... cama 42... muy pesados... vas a ver hija... Urgencias... como aquí... estudios de orina... en el centro médico... de sangre... sí me van a aliviar... ¿quién dijo que la carne es...? ¿Cómo amaneció hoy...? Tus aretes de cuentas blancas y negras...

No olvidas:

¡Mira hija qué luna!, pero no se preocupe... respire profundo... porque su madre no se va a morir hoy... La viborita en el estómago... aguante... SÍ, TU VOZ, TU VOZ... Papá, llama un taxi... ¿Tu madre sabe lo que tiene...? Sí, eso es, al Metropolitano... NO LA ESCUCHÓ NADIE... Hija sigo bajando de peso... QUE SALGA DEL ESTÓMAGO... calidadevida... ahí está, en tu mente: ¡EL GRITO!... *Mister sandman, bring me a dream*... Mira cómo se me está cayendo el pelo... de querer... ¿entonces, todos lo sabían...? Que mi madre se muera... ¿qué pensaste Argelia...? ¿lo sabe mi hijo...? ¿que iba a ser un dolor *light*? ¿mi nuera...? ¿una ayuda *nice and easy*...? ¿la portera...? ¿Te fijaste cuántos médicos? Anda, hija, pregúntale al doctor, si me pueden quitar esta sonda... Antes de... va a morir de hambre y de sed... hambre y sed... y de sed... Y por siempre en tu memoria: desedSedSedSedSed...

¡SED! Recuerdos como un mar oscuro en lo más ininteligible de las existencias no humanas, estampida imparable arrastrando

por la arena montones de olvidos, sacando de las profundidades del mar las viejas siluetas, helechos hediondos... ensombreciendo esperanzas blancas. ¡Ustedes! Pueden rajar el alma, astillar los ojos, quebrar mi sombra. ¡SED! Pesados como el cromo y negros como un abismo... ¡Vuélquense en nubarrones grises y luego huyan como cuervos que han sacado los ojos y llévense mi memoria con hilos negros de sangre! ¡Déjenme en este martes amorfo, sedienta en mi playa pedregosa! ¡SED! Áridos como la arena, salobres como las estrellas de mar, horaden mi sien que recorre los tiempos y los no tiempos hasta llegar al sumidero. ¡SED! Recuerdos fétidos como una marejada perturbadora, mantos de bengala mordiendo todas las riveras de mis miedos, y díganme que una hidrópica se cura con mierda, paciencia y soledad. ¡Rujan!, como semicírculos sonoros, asideros de peces plateados flotando en la superficie de manantiales y océanos. Mojen mis orillas secas colmadas de riscos con sal y yodo, con todos los líquidos amarillentos, y déjenme un instante ciega, empapada, aterrada, de pie. Lléneme al valle de las piedras y embárrenme un estigma, una marca grabada a fuego sobre ésta, mi carne lodosa.

SEGUNDA PARTE

DEMASIADAS INSTRUCCIONES EN EL MUNDO; INSUFICIENTES CARICIAS SOBRE LA TIERRA

Incapaz de dominar mi carácter, me refugio en las letras. Aquí me siento segura, estoy luchando contra terribles fuerzas y deben ser interpretadas en esta libreta. Tengo el instrumento más hermoso: la palabra. Camino entre la multitud, observando panoramas internos y reveladores; capto la música que nadie escucha, es cuando me voy al límite de la locura y me encierro y cierro los ojos, y es como si soñara despierta:

Si me quedaran tres semanas de vida, Ariel, te diría: no es necesario que vayas con la trabajadora social, mejor otórgame caricias... “No, no, no, preciosa, es muy importante ir a ese curso para que me orienten cómo atenderte, escucha bien”:

Primero. Estado de alerta: ¿cómo amaneció? ¿No me contestó? ¿No me oyó? ¿Está ausente? ¿Está consciente...?

Segundo. Signos vitales: presión arterial, conseguir un baumanómetro y un estetoscopio... “Con él, Ariel, verías el tamaño de mi amor por ti (que nunca conociste) y lágrimas secas (las que derramé por ti).” A la hora de bombear, que llegue hasta 200, con cuidado ir revisando: 110/70, 120/80, 130/90, porque 100/60, 80/40, 60/30 es hipertensión... “Por favor, quítame la almohada y ponme los pies en alto; también coloca tu mano sobre mi frente y recuérdame con tus labios el sonido del amor; masajea mi cuerpo al tiempo que me susurras: fuiste mi mejor amante...”

Tercero. ¿Sudor? ¿Calor? ¿Frío? ¿Reseca la boca? ¿Desmayo? “Colocarías el pocillo sobre la hornilla para prepararme un té de canela con bastante azúcar: ‘Vamos, preciosa, mira el té que te preparé, está riquísimo, tómatelo, con esto recuperarás el valor energético...’”

Cuarto. ¿Zumbidos en los oídos? ¿Derrame ocular? ¿Mareos? ¿Aceleración de latidos? ¿Sangrado de nariz? Tomar presión arterial: pulso normal = 72; el de un enfermo en etapa terminal = 66-88 por minuto; debajo de 60 = bradicardia; arriba de 88, 90, 100 = normal; 120 = taquicardia... “De nada sirve atender a un enfermo responsablemente, si no hay de por medio un beso, un beso en mis ojos, en la cabeza, en las manos. Si tienes oportunidad de volver a platicar con la trabajadora social, pídele que incluya en su *Manual*, como punto número UNO: la piel de usted y la del paciente tienen que hacer contacto; punto INTERMEDIO: acérquese al paciente tanto como pueda, hasta escuchar los suspiros; acuéstese a su lado, abrácelo; y punto FINAL: abrácelo más y más fuerte hasta sentir su dolor, contemple su rostro, véalo a los ojos y dígame: te quiero mucho. ¡Tan escasas están las caricias que tiene una que morirse para apreciarlas! A veces ni eso es suficiente, por ejemplo: ¿Sabes cuántos besos le di a mi madre en sus últimas tres semanas? ¿Cuántas veces acerqué mis mejillas al rostro de ella?, ¿cuántas veces pasé mis manos sobre su cabeza, su pelo? Estaba tan atareada por atenderla cuidadosamente que... Hay caricias tan altas como una torre y tan lejanas como un cometa, imposibles de alcanzar... Esto lo aprendí cuando mi hijo cumplió catorce años, Ariel, apenas me acercaba un poquito a él para pasar mi brazo sobre su espalda, y él se alejaba, se alejaba de mí.”

Quinto. Respiración: de 16 a 28 por minuto.

Sexto. Temperatura: 36 a 37 grados; debajo de 36 es hipotermia (cubrir con lámpara y con calor); 37.5-38 es febrícula (descubrir y poner lienzos tibios en la frente, axilas, ingles, plantas de

los pies, en el hipotálamo); 38-39 = fiebre. “Quítame las sábanas y báñame mientras escucho por primera vez: ‘Amor, no tengo nada que reprocharte’.” No permitir que se eleve a más de 38 grados, puede tener convulsiones...

Séptimo. Eliminación de orina (color, olor), evacuación (color, olor).

Octavo. Masaje: debe ser en forma circular.

Noveno. Ejercicios: manos, brazos, rotación de muñecas; flexión, extensión; rotación de piernas y tobillos.

Décimo. Fisioterapia pulmonar: golpecitos, palmaditas en la espalda, puede haber flemas, sacar con un micronebulizador, o quitar con vaporizaciones de eucalipto y un chorro de *vaporrú*; cuidar que no haya corrientes y dar líquidos para que fluya.

Décimo primero. Baño: con una esponja húmeda por todo el cuerpo. Lubricar la piel con crema en manos, brazos, piernas, pies.

Décimo segundo. Excoriaciones: lavar con agua hervida y con un trozo de jabón marca zote, tallar del centro hacia fuera, con violeta de genciana se seca la curación. Es muy importante conseguir una zalea de borrego, ponerla en su colchón para que no se cubra de llagas.

Décimo tercero. La boca: cepillar y enjuagar con bicarbonato, quitar el puente y también tallar muy bien; cuidar que no se acumule el sarro.

Décimo cuarto. Oídos: lo que alcance la punta del dedo.

Décimo quinto. Ojos: limpiar con agua hervida de adentro hacia fuera.

Décimo sexto. Genitales: tener una esponjita especial. No poner talco ni usar aceite. Tener un cómodo limpio a la mano todo el tiempo.

Décimo séptimo. Complicaciones del cáncer: dolor en la escala del 1 al 10: 3 = dolor leve; 5 = dolor moderado; 8 = dolor intenso (aquí me dijo la trabajadora, preciosa, que no mostrara angustia...) “Entonces pasa las yemas de tus dedos, Ariel, sobre los contornos de mi cuerpo, delinéalo y susúrrame al oído: ‘Argelia, las herramientas del pintor son las mismas que la del poeta: pincel, tinta y papel. Somos alfareros del color, del tacto,

calígrafos de la naturaleza, pintamos con el mismo vocabulario de un poeta y tenemos las mismas virtudes del bambú: somos flexibles, fuertes, adaptables, irrompibles’.”

Décimo octavo. Sangrado, las primeras manifestaciones: vómitos con sangre parecidos al asiento del café, distensión del vientre, evacuación negra, hinchazón (aplicar enema), retención de líquidos (disminuirlos). Vendar las piernas y elevarlas...

Décimo noveno. Diarrea: suspender lácteos y dar alimentos que no contengan fibra.

Vigésimo. Estreñimiento: aumentar líquidos, fibras, verduras, frutas, pan integral, avena. Dar una cucharadita de aceite de oliva; o té de Cummings, o té de tamarindo o meter el dedo para sacar... dar masaje de derecha a izquierda sobre el vientre. “Más que un amante obligado y puntual, siguiendo punto por punto (como yo lo hice con mi madre), tócame, bésame, abrázame (como yo no lo hice con mi madre).”

Vigésimo primero. Solicitar medicamentos con cinco días de anticipación antes de que se acaben y reportar una vez por semana al paciente. “Aunque creas que ya no te escucho, háblame, conversa conmigo, y comparte conmigo tus sueños y tristezas. Si a mí me quedaran, Ariel, tres semanas de vida...”

Vigésimo segundo. Ayuda espiritual: “Ve por el padre Egidio de mi iglesia, Ariel, la del Señor Mueve Corazones, búscalo, que sepa de mi agonía. Dile que quiero platicar con él, sonreírle, verlo a los ojos, escucharlo; el padre de mi barrio, donde hice mi primera confesión y primera comunión. Donde bautizaron a mi hijo, hizo su presentación y, también, su primera comunión. Ve, y camina por las calles de la Escandón, las que tantas veces atravesamos mi madre y yo para ir al mercado, a la misa de los domingos, a la avenida Revolución, a comprar en El Ánfora su olla exprés, sus grecas, sus cacerolas; las calles que la vieron trabajar en el molino, cuando era casi una niña; en la tortillería, cuando tenía diecisiete años; las que nos conducían para ver a

mi abuelita, a mi tía Lupe, a mi primo Carlos; yo tenía ocho años y solíamos caminar tomadas de la mano; las calles que la vieron morir y las que me vieron envejecer, y busca al confesor Egidio, que acudió a casa de mis padres en su aniversario de cincuenta años para ofrecerles una misa, pues mi madre ya no podía caminar, y dile que me dé consuelo, que mi agonía se ha prolongado demasiado, que no entiendes mi mirada, que estás desesperado porque quieres comunicarte conmigo y no puedes, que me ayude a morir: Padre: acúsome de que deseé la muerte de mi madre, que la ofendí, le reproché; que en mi mente la castigaba, la rechazaba, que muchas veces fui violenta con ella, fingí, mentí; ella nunca me llegó a conocer. Acúsome de que le dije a mi hijo muchas veces, y durante muchos años, palabras hirientes; de que fui intolerante, lo abandoné; sí, siempre tenía un pretexto: mis padres, el trabajo, la universidad; no lo hice con intención, padre, usted sabe que lo más que una madre desea es ver a su hijo feliz, pero lo que más duele, es que le dejé de hablar. Sí, padre, aquella tarde en que su maestra de primer año me habló por teléfono, el tono de su voz sonaba tan amenazante que me sentí indefensa: ‘Señora, Mateo no atiende en clase, creo que necesita más disciplina, autoridad...’ Entonces le dije, como si estuviera acorralada: ‘Maestra, me voy a portar más serio con él, le voy a dejar de hablar por una semana’. Ahora entiendo el rostro violento de mi hijo gritándome: ‘¡Nunca, nunca voy a olvidar, madre, esos días en que me dejabas en la escuela sin decirme nada, sin siquiera darme un beso, no entendía por qué, madre, tenía seis años!’ Padre, ¿usted cree que algún día mi hijo llegará a perdonarme? ¿Alguna vez lo castigaron a usted con el silencio? Si no conoce usted ese castigo, padre, entonces le hace falta sentir otra clase de dolor. ¿Me escucha, padre? ¿Me entiende? Ya casi no puedo hablar, estas palabras están quedando encajadas en mi alma, me están quitando aire. ‘No tengas miedo, hija, ya todo ha pasado, ya limpiaste

tus culpas, estás crucificada como Cristo, tu fin se acerca, alégrate, Él está muy orgulloso de ti, te está esperando.' El sacerdote que le dio a mi madre la última bendición, los santos óleos y puso agua bendita sobre su tumba.”

Vigésimo tercero. Acta de defunción. Aquí tenemos el servicio ADEC* de lunes a viernes de 8:00 a 15:00. En la Unidad Médica Familiar de 15:00 en adelante (servicios vespertino y nocturno); y en la Subdirección Médica de la Unidad, sábados y domingos. “Como les dije, mi nombre es Chuy, atiendo en las tardes y, cuando descanso, en mi lugar está Ernestina.”

“Nada de lo que te dije la trabajadora, Ariel, vas a tener que hacer, pero pon mucha atención en el punto vigésimo tercero: el Acta de Defunción. Fíjate bien dónde está ese servicio ADEC, porque ahí tendrás que realizar varios trámites burocráticos.”

YO CONFIESO

Necesito algo de música en los siguientes párrafos, a ver si la melodía de lo que sucede amplifica y analiza cómo pasaron las cosas. Pongo *La pasión de Mateo*, de Bach, para dejarme llevar por su inmensidad. Pensé que tenía la primera oración para iniciar el vértice de ese momento:

¿Y tu ropa, mamá? Ya empecé a regalarla, ¿para qué la quiero? Ayúdame a seguir escombrando mi clóset. Ese abrigo rosa, consérvalo, hija, te va a servir para cuando vayas al trabajo. Los vestidos dáselos a mi nuera Virginia; los zapatos llévalos a la iglesia y también mis suéteres. La Biblia se la voy a dar a Conchita, ya ves, ha estado trabajando en esta casa durante veinticinco años y, ahora,

* Atención Domiciliaria al Enfermo Crónico.

desde que caí enferma, me cura, me baña, se ha convertido en un ángel. La cruz que traigo colgada, por favor dásela a tu hermano cuando me muera; ya también le dije que mis aretes y collares se los lleve al viejito que está afuera de la iglesia para que los venda...

Era un sábado 28 de agosto, me quedé en el marco de la puerta y no pude... no pude decirle nada. ¿Habrá un lugar, un momento en que podamos decir “esto es lo que sembré y esto es lo que estoy recogiendo”? Está bien, má, me quedaré con tu abrigo rosa que te dio mi tía Estela y tu cruz se la daré a mi hermano; tienes razón en deshacerte ya de todo.

Toma mi anillo de casada, dáselo a tu hijo; sé que mi nieto lo guardará con toda devoción y cariño. El recetario de cocina quédatelo tú, pero acuérdate de no seguir al pie de la letra las recetas, tienes que ponerle a la comida algo tuyo, muy personal, cuídalo mucho y no se lo des a nadie. Toma la cadena de mis anteojos, hija, para qué la quiero..., mira, está nuevecita y es muy fina, la compré con tanta ilusión en Sears...

Extendí las manos para recibir la cadena de sus anteojos. Estábamos las dos sentadas al pie de la cama, los rasgos de su rostro se perfilaron aún más y el tiempo se cruzó por nuestras miradas como una ave oscura atraviesa el horizonte. *La pasión*, no me ayudó a encontrar vocablos para expresar en mis cuartillas lo que sentí esa mañana. ¿Qué verbos escojo para poner en un tiempo que esté más allá de éste la expresión de mi rostro al ver su cómoda y ropero casi vacíos? Escojo *Las horas* de Philip Glass, agarro el lápiz, acomodo la hoja. Me arriesgo:

Mamá, no te duermas que te voy a dar unas gotitas de agua. Aprovecha, Arge, ahora que está dormida tu madre, abre los cajones a ver si también dio las mascadas que tanto te gustaban, mira, tienes suerte, todavía están ahí; órale, agarra una, y también aquélla, mételas en

tu bolso, no te preocupes, nadie se va a dar cuenta. A ver, ¿qué pasó con sus aretes de plata que le compraste en Cuernavaca? Ahí están, agárralos. Busca, hurga rápido, antes de que despierte; ese pijama también llévatelo, acuérdate que ya casi no tienes con qué dormir. Si vieras qué cómica te ves al lado de una moribunda, esculcando sus pobreza, arrebatando aires ajenos, si te vieras, Arge, jorobada, al lado de su cama, abriendo y cerrando cajones, sacando cosas con la ponzoña de un buitre, caricatura doblada, cuidando que no te vea tu padre; zopilote alimentándose de carroña, deseando que nadie entre a la recámara. Las pobreza humanas salen de repente, a veces no sabemos por qué actuamos, ¿verdad, Arge? ¿Por qué la prisa, si tú eres la que va a desocupar la recámara de tu madre y la que va a disponer de lo poco que ya queda en este cuarto? Tus manos se convirtieron en dos garras ciegas, tus dedos fueron diez puñales cobardes y tus uñas, tus uñas, las de una gata, las de un águila, las de un buitre negro parado en una rama a punto de atacar.

¡Cuánta porquería cabe en tan poco espacio! ¡Por fin me atreví a poner esta basura en el papel! Dejé de descansar, de comer. Escribí esto que erosiona mi alma, pues la vida real no es normal, tiene aberraciones y pretendemos que no suceden. ¿Dónde coloco este fragmento de mi memoria? ¿En un espacio libre donde hay minutos extras que están por encima de los días y de las noches? He corrido un riesgo que no sé qué consecuencias traerá, pero de eso se trata, la literatura no se hace sólo de expresiones o pensamientos bonitos. Quiero escribir todo lo que atiza mi mente para diseccionar una parte de mi vida, analizarme sin juicio moral, porque en estas letras están mis errores y porque hay cosas que suceden sólo una vez. Puse a Philip Glass para encontrarle un sentido a mi escritura. Sería maravilloso el del arrepentimiento, pero ¿qué significa arrepentirse cuando ya no se tiene otra alternativa? A lo mejor por eso mis intestinos se retuercen en una liquidez constante. Es cierto, al final del tránsito de mi madre me aferré a su bufanda, a sus guantes y suéter negros, a su frazada, a sus medias de lana. No

tenía idea de que tener sus prendas en mis manos sería, con el paso de los años, como si caminara dentro del mar de regreso a la playa y las olas me empujaran lentamente, en un vaivén, ayudándome a salir.

Septiembre 1, miércoles

Escucho los nocturnos de Chopin. El piano se agita estrepitosamente, arpeggios sonoros, después, irremediables pausas. ¡Qué necesarias son las pausas, detenerse de vez en cuando! Me concentro para que la música en la estructura del siguiente párrafo, en el tono, en los puntos y comas, sea vertical y llegue a ser más grande que mi realidad, ahí, en lo alto, en un lugar donde mi historia quede suspendida. Creo que necesito de otro lenguaje, el lenguaje del corazón, pero para eso necesito percibir y comprender:

“¿Qué haacees, hijaaa?” “Nada, mamá, arreglando tus cajones.” “Mii-
ra, aabre ese caajón dee mmmi bu-buuró y ssa-ssaaca eel li... liiibrito
ne... ggro deee misss rrr...ezos.” “Sí, aquí está, mamá.” “Áaabreeloo
en laaa páaaagina queee essttaá doblaaaada.” “¿Y luego, mamá?”
“Leee, hija, leee mi teessttaamento essspiiirittual, léemeeloo...”
*En el nombre del Padre, del Hijo... Primeramente digo que, como funda-
mento de mi salvación, protesto en Presencia de Dios omnipotente y de la
corte celestial que mi voluntad es vivir y morir obediente a la Santa Iglesia
Católica. Declaro, por esta mi última voluntad, que en mi muerte deseo
recibir el Santo Sacramento de la Penitencia, confesándome enteramente de
mis pecados... “No puedo seguir, mamá, me duele mucho...” “Sssi-
guee, hijaa, sssiguee...”*

Septiembre 2, jueves

El ágil compás del nocturno lleva el tema y se deja venir como cascada turbulenta e insiste, una y otra vez, en la misma dolorosa

frase musical y sus *crescendos* desembocan en un abismo; me hunden en la oscuridad de los motivos, dramas, personajes... Hoy cumplies catorce años, Mateo, y no tengo nada que regalarte. La enfermedad de tu abuela ha chupado mis fuerzas físicas y mi cartera está vacía; sólo tengo el ensayo de esta carta, pero no encuentro la manera de decirte cómo mi vida ha cobrado un sentido a través de ti... A lo mejor cuando la leas pensarás que soy cursi. Tú no sabes que cuando tu papá y yo nos divorciamos, tenerte a mi lado, bajo mi responsabilidad, mantuvo mi equilibrio y mi voluntad se fortaleció; cuando nos salimos de casa de los abuelos para irnos a nuestro primer departamentito, ¿recuerdas?, tu compañía y tus juegos fueron indispensables para recuperar la alegría. Cuando ingresé a la universidad, no me reprochaste ni una sola vez que te dejara a cargo de alguien para que te cuidara. Gracias a ti no perdí lo único que ha impedido que mi alma sucumba: la escritura. No sé si te voy a entregar esto, me siento estúpida... Quizá pienses que estoy mintiendo, y es que nunca nos hemos tenido confianza. Perdóname por no respetarte cuando no quieres hablar conmigo y por las veces que he desconfiado de ti. Quisiera que esos tiempos en que te llevaba al parque México para que jugaras en la fuente regresaran. Te quitaba los zapatos, los calcetines, te metías al agua y te sentías el gran conquistador. El parque México, donde aprendiste a andar en bicicleta, donde solté el asiento mientras te decía con la emoción en mi garganta: “¡Sostén el manubrio!, imira de frente!” Te volviste un instante para mirarme. Me dirigiste una deslumbrante sonrisa para después correr en tu bicicleta, al tiempo que te dejaba ir gritándote: “¡No pierdas el control!” Y te dejé ir, mientras desaparecías de mi vista, para que sintieras el sabor de la libertad, pues no hay nada mejor que sentirse autónomo, suficiente, independiente del caos que nos rodea. Tus cumpleaños siempre han tenido la amenaza de que algo no va a estar bien. De pequeño porque no tenías amigos; ahora que eres adolescente porque no hay dinero. ¿Cómo

te puedo expresar el amor que te tengo? Ya no quieres estar conmigo. En la tarde saldrás con Carmen, y yo me la pasaré con mi madre...

iiiAy!!!, este *mi* bemol es suave, quedo, oportuno, me estruja, tiene el tacto de un verdadero amante, del poeta del piano que nunca se cansó de amar, por eso conoce el lenguaje de un ocaso.

Es mi voluntad recibir también el Santo Viático... adorando de corazón a mi Señor Jesucristo... y suplicándole que se digne acompañarme en tan peligroso viaje, defenderme de los enemigos infernales y llevarme al puerto seguro de la eterna bienaventuranza... “Espérame tantito, má, voy al baño a sonarme...” “Nooo lloo-llores, hihija...” Confieso que aun las obras buenas las hice siempre con muchas imperfecciones y negligencias. Y para que el demonio quede confuso, declaro que no presumo por solas mis obras merecer el Cielo... “Mañana te sigo leyendo, mamá, por favor... ya no puedo...”

Septiembre 4, sábado

Cierro los ojos y me elevo, me sumerjo en el llanto claroscuro de los nocturnos, que no sólo escucho sino que deajo que me estrujen más fuerte y más furioso y más lento y más suave y más allá de mi razón y de mi lógica. Quedo sin aliento. Y es en esta sensación de caída donde descubro que estoy sin el Amor y con la Tristeza... El estribillo musical va y viene, me acecha con movimientos ascendentes, lastimosos.

–Prima, ¿por qué te quedas afuera del cuarto de mi madre, nomás mirándola?

–Ay, Argelia, es que impresiona, da horror...

–Pues si no quieres verla, ¿para qué vienes?

Y una escribe historias para protagonizar un libro que jamás existirá, para justificar el terror que no logra ver una salida... Si el miedo es pecado, ya no tengo redención, pero... es bueno tener a veces miedo, es el presentimiento de algo...

Septiembre 5, domingo

Y este otro vals, Arge... ¡¡Huy!! Esos *disminuyendos* acaban por dejarme trémula. Su hechizo embriagante me desprende de esta tierra, me alza... me está embrujando... ya me estoy yendo con ellos... casi no sé de mí... estoy perdiendo la razón... el aliento... ¡¡Uf!!

–¡Mira, mamá quién vino a verte! Tu sobrina Queta... Ven, prima, siéntate aquí cerca de mamá... ¿Por qué no quieres tomar la mano de mi madre, Queta?

–No, sí, sí, es que... no la entendí, Argelia.

–¡Pero si se la has dejado extendida, no ves que quería tomarte de la mano! Ni siquiera le has dado un beso. Prima, quiero estar con mi madre a solas, perdóname, no te puedo atender...

Septiembre 6, lunes

Escribo demasiado rápido, creo que llevo la cadencia enloquecedora de esta música, de repente tan nítida, para después agitarse, sí, agitarse furiosamente; su compás cae en unos pianos solos y los dedos pican y juegan con las teclas. El pasaje melódico regresa, denso estribillo que insiste en decirme algo para después callar, mutismo mortal en la lírica de este músico, amante virtual, amante enfermo, amante moribundo, amante de la muerte...

–Papá, ¿por qué cada vez que viene alguien te encierras en tu cuarto y soy yo la que tiene que atender a las visitas?

–Es que no quiero ver a nadie.

–¡Pos yo tampoco, papá! Lo único que quiero es estar con mi madre y no puedo por estar atendiendo a gente que no quiere verla, parece que apestamos, que tenemos una enfermedad contagiosa.

Septiembre 7, martes

Aquí está otra vez esta amarga melodía que golpea y vuelve a golpear, pero ahora más duro y un *fortissimo*, y con él un augurio cargado de poder anticipatorio, conozco lo que me espera, es el tac-tac en mi puerta: la Tristeza, aquí estoy, recíbeme, vengo otra vez a tu casa, ábreme los brazos, bésame, he regresado, sonríte; ella cruza el umbral y nos abrazamos, nos besamos y me acurruco en su regazo.

“Má, mi primo Carlos acaba de llegar...” “¿Qué me quiere decir mi tía, Argelia? No la entiendo.” “Quiere que te platique el sueño que tuvo la semana pasada. Soñó que la llevabas al mar. Que era la mujer más feliz del mundo frente a una playa inmensa. Que tú la abrazabas y se quedaban contemplando un inmenso mar azul. Me dijo que nunca se había sentido con tanta libertad. Creo que fue lo último que ya pudo decirme, primo. Desde la semana pasada casi no puede hablar.” “Pero, Argelia, ¿cómo es posible que mi tía siga así?” “No lo sé, Carlos. Lleva ya dos semanas tomando sólo gotitas de agua...” “Argelia, dime, por favor ¿qué puedo hacer por ti?” “Nada, primo, nada más de lo que tú y mi tía ya me han ayudado...” “¿Recuerdas aquella mañana en que nos llevaste al hospital para que a mamá le sacaran sangre y que después le vino una hemorragia que los doctores no podían controlar? Después nos invitaste a desayunar al Sanborns de Sears de Insurgentes. Mamá pidió con mucha ilusión sus molletes y los dejó completitos. Cuando voy a ese Sanborns no puedo evitar recordar ese día. ¿Y aquella mañana que le hiciste una cita especial en el Centro Médico para que le sacaran radiografías? Nos quedamos platicando afuera largo rato; tú, dándome consejos, compañía, yo, sintiéndome protegida. Nada, nadie, puede ocupar tu lugar.”

Grandiosos vales que nos invitan a danzar... damos vueltas... extendemos los brazos... y nos perdemos en un océano de

sonidos, entre olas de latidos y llamas de fuego, y en el letargo de las notas blancas, negras, azules y violetas... El escalofrío.

Es mi voluntad padecer con paciencia y conformidad hasta el último aliento de mi vida, en unión de lo que el divino Salvador padeció por mí, cualquier enfermedad y dolor que Dios me envíe. Deseo que de esta mi última voluntad sea ejecutora la gloriosísima Virgen María, abogada de pecadores... “¿Queeé pa-paasa, por quée tee deetieeness?” “Es que ya no quiero seguir leyendo, má.” Constituyo y nombro por defensor de mi alma al Santo Ángel de mi guarda en el tribunal de Dios, cuando se vea mi causa y se pronuncie sentencia definitiva. Perdono todas las injurias que me hayan hecho los hombres, rogándoles que también ellos me perdonen a mí. Ruego por las entrañas de Jesucristo a todos mis parientes y amigos que me ayuden con oraciones y obras satisfactorias... “Mami, mañana seguimos, ino puedo, no puedo seguir leyendo esto...!” “Yaaa vaasss a aaaccaabbaarr, hihijjaa...” Finalmente, rindiendo humildes gracias al Señor, por haberme hasta ahora conservado la vida, protesto y declaro ser mi ánimo aceptar la muerte en cualquier modo y hora en que mande, recibéndola humildemente en satisfacción de mis pecados y conformando en esto y en todo mi voluntad a la suya santísima y amabilísima, de la que rendidamente le suplico no permita que me aparte jamás. Amén

Septiembre 14, martes

iiAaaah!! Ven, Tristeza, déjame ponerte este vestido de gasa, laaargo, neegro, de noche, como si te estuvieras arreglando para ir a una fiesta. Estrena tu collar de brillantes. ¡Bendito!, ipero qué vieja y ajada estás! Déjame peinar-te, ponerte tu perfume preferido: “Esencia de Ocasos”.

“Santa, no venga mañana ni pasado mañana a cuidar a mamá. Son días festivos y yo no trabajo, así que aproveche usted en descansar, que bastante se anochece con mi madre”. “Está bien, Argelia, pero si necesitas algo, háblame, por favor.” Seguiría con el otro

capítulo, donde le tenía que poner a mi madre fomentos de algodón con manzanilla y bicarbonato en las papilas de su lengua, su lengua gris, lacerada; en las ampollas de su paladar sin pus, polvoriento, en sus labios áridos. La lengua de mi madre era un desierto escaldado sin agua, sin brisa. Quisiera, al momento de estar escribiendo los últimos dos días de mi madre, que mis prefijos contuvieran ese peso de aquella tarde cuando mi madre me pidió entre balbuceos, mascullando, con su barbilla temblorosa: “Aaggguuuaa”. “¿Quieres agua, má? Josefina, prepárele a mi mamá agua de limón...”

En este párrafo tendría que dibujar unas líneas para que, si alguien llegara a leerlas, percibiera con claridad el momento en que Josefina entraba al cuarto con la jarra de agua de limón al tiempo que mi madre se levantaba de la cama, como un muerto se levanta de su tumba, para arrebatarse la vasija. Te enderezaste, madre, y con tu mano temblorosa la sostuviste, levantaste tu rostro y, sin darnos tiempo de ayudarte, te la vaciaste en el pelo, en la cara, mientras tus labios blancos buscaban moribundos una sola gota de agua. ¿De dónde sacaste fuerza para sentarte en la orilla de tu cama, si tenías dos semanas sin beber, sin comer, sin moverte? Sí, escribí bien, mi madre se vació encima, íntegra, la jarra de agua de limón:

“Aaaaahhh, quéee rrrriicooo.” “¡Pero, mamá, te has echado la jarra completa! ¡Jose, una jerga por favor! ¡Ay, mami, mira nomás, estás toda empalagada...!” “Aaahhh, quequeque rriiccooo... rrricco...” “Pero si no tomaste nada, má...” “Aaggguuuaaa, aaggguuuaaa.” “Jose, una toalla, por favor; el pelo de mi madre está todo pegajoso. ¡Ay, Dios mío, y las sábanas, la cama, el suelo, tus piernitas...!”

Ni todas las suturas del tiempo me pueden aliviar. Y es que esta casa también tenía sed, mi alma tenía sed, la soledad de mi padre tenía sed, mi garganta, mi voz, tenían sed, los muebles se morían de sed, la Muerte estaba Seca. El sonido de la sed en casa

convierten ahora en profundos suspiros... Ya son las dos de la mañana y me paro para preguntarte: “¿Quieres que te dé unas gotitas de agua, má?” Mueves la cabeza afirmativamente, con tal entusiasmo como si fueras a recibir gotitas de oro. Ahora tus suspiros son lamentos sosegados hilando los segundos desgranados que se van cayendo, uno por uno, en este cuarto, al compás de tus iaaayyy...!, iaaayyy...!, del canto del grillo, ¿lo escuchas, má? ¿Serán tus últimas respiraciones? (Estertores, Arge, se llaman estertores, y los de tu madre, comparados con otros que son ásperos, roncós, graves, son dulces y suaves y leves, como el suspiro de un bebé al amanecer; lánguidos, largos, como los que se expresan al final de un orgasmo, de una carrera; intensos, prolongados, como cuando se ha subido hasta la cima de una montaña.)

Si viviera como escribo, terminaría esto a mi manera, separando el grano de la paja y expresando los susurros de mi corazón con espíritu gentil, pero ¿cómo expresar “lo gentil” cuando mi madre me pidió en su última noche, con sus ojos llenos de mirada azarosa, que no me fuera? A ver si llevando las cosas al extremo me puedo acercar a la verdad:

Ya me voy, mami, mañana vengo... ¡Ay, Dios mío! pero, ¿qué me quieres decir? Tu mirada, mamá, no sé interpretar tu mirada, me da miedo, mucho miedo. ¿Estás enojada porque me voy...? Entonces, ¿por qué me detienes...? Ya llegó Santa, se va a quedar contigo... No te entiendo, mamá, ¿por qué mueves tu cabeza diciendo “no” con tanto... tanto... furor, angustia?, y esos ojos, Santo Cielo, tan llenos de... no los soporto, se clavan en los míos, siento que me comen, pero, mamita, si el sacerdote vino en la mañana, te confesó, comulgaste, y hasta sonreíste, y ahora estás tan inquieta. Tengo que irme, madre. Mi hijo ha estado solo toda la tarde; no, no muevas tu cabeza diciendo que no, quiero ver a mi hijo... Ya es muy tarde, nunca me has detenido, ¿por qué lo haces ahora? Suéltame, por favor, mañana vengo...

Y me fui. Era un viernes 16 de septiembre. ¿Cómo explicar lo que ella estaba viendo? La muerte. Todo en penumbra, voces apagadas, el reloj marcando las nueve de la noche. Su pelo canoso derramado sobre la almohada, la lengua gris en el vaciado continuo de su bilis, los labios blancos, la boca desdentada, mientras un resuello salpicante salía de ella: “Aaggguuuuaaa...” Ella supo que le quedaban unas horas de vida, como adivinó durante sus últimas dos semanas la hora exacta de su medicina sin necesidad de ver el reloj: “Mmiii paasstititillaaa...” ¿Cómo adivinaste, má, si no hay reloj en este cuarto? “Aprovecha a tu madre, Argelia, ahora que se está muriendo, puedes aprender mucho de ella; los moribundos se convierten en sabios”, me decía Ana Laura en tono suplicante. Pero no supe interpretar su señal. Me fui. Y no nada más me fui, sino que llegué a casa con la idea de ver a mi madre al día siguiente, con la prisa de atender a mi hijo, al que no había visto desde la mañana. “A ver, hijo, la tarea; Mateo, ¿ya te bañaste? ¿Ya comiste algo? Mateo, ya vete a la cama que es muy tarde; ¿te tomaste el Ristreptal?” “Mamá, ya no quiero ir con ese psiquiatra, me llena de pastillas y casi no hablamos de nada...” “Pero es con el que te mandó la terapeuta, entre ellos dos te están atendiendo.” “Pues mi papá no está de acuerdo, dice que no da crédito a que tú y el psiquiatra no hablen, que él no te diga nada de mí.” “Ya sabes que el psiquiatra tiene su método, desde el principio me dijo que su sistema era no hablar con los padres, de lo contrario el paciente dejaba de tenerle confianza.” “Eso mismo es lo que enfogona a mi padre, mamá.” “Mira, a lo mejor ya te dan de alta, hijo. Ahora que vayas a Puerto Rico, tu papá te llevará a que te hagan otro electroencefalograma. Estoy segura de que va a salir normal. A ver, la bendición: En el nombre del padre, del hijo...” “No, mamá, déjame, no me des más la bendición...” “Déjame arroparte, darte un beso...” “Que me dejes, mamá...” “Hasta mañana, hijo, que tengas lindos sueños, mi amor... Sí, sí, ya sé que mañana es el cumpleaños de tu primo... No sé, papito, si vas a ir a su fiesta, mañana te digo...”

EL ADIÓS

Eran las cinco de la mañana del viernes 17 de septiembre de 1999, cuando mi padre me llamó. “Argelia, tu mamá está muy mal.” No tuvo fuerzas para decirme la verdad. Salí de mi casa en esa madrugada oscura, como si las horas siniestras estuvieran hechas para la tristeza. Caminé por esas calles por donde seguro mi madre cruzó tantas veces rezando por mí, y recordé a Saramago: “los seres humanos se mueren todos los días. Ahora mismo, en este instante en que escribo esto, lejos o aquí al lado, a la puerta de nuestra casa alguien se está muriendo”. Las letras se cuelan y se cuelan hondo, profundo, por la línea de mi atardecer, hasta auscultar lo más íntimo, lo más tenebroso que guardo bajo esta piel. Murmullos en mi mente, crujidos en estas palabras, me rindo *ipso facto*. Abrí la puerta del edificio con el pulso acelerado, subí las escaleras como si el destino me tomara del brazo para llevarme a la orilla de un precipicio y me dijera: “¡Mira...!” Entré a ese departamento como si una nube cubriese mis cinco sentidos. Me recibió Santa, la enfermera: “Ay, Argelia, tu mamá me pidió que llamara a tu papá. Se sentó cerca de ella y tu madre lo agarró de la mano, se la quiso apretar... y se fue, se nos fue, Argelia”. Caminé lentamente hasta su cuarto... primero un breve silencio ante mi estupefacción al verla sin respirar: la calma del miedo, después un “deme una mascada, Santa, para amarrar su quijada”. Me acobardé, llamé a casa de Conchita para que viniera a ayudarme. Había que lavar a mi madre, maquillarla, peinarla, ponerle los tapones en los oídos, nariz, etc...., yo no quería hacerlo. Me quedé sentada al lado de su cama en una contemplación fúnebre. Eliseo Diego, poeta de la muerte, anda, ven y cántame tus “Necias definiciones: la muerte es esa pequeña jarra, con flores pintadas a mano, que hay en todas las casas y que uno jamás se detiene a ver...”, esperando oír sus respiros, pero ya no respiraba; esperando que se moviera, pero ya no se movía; la participación total de la vida,

Eliseo, exige la contemplación total de la muerte... “la muerte es ese pequeño animal que ha cruzado en el patio, y del que nos consuela la ilusión, sentida como un soplo, de que es sólo el gato de la casa, el gato de costumbre, el gato que ha cruzado y al que no volveremos a ver...” Y mientras hacía las llamadas de rutina dando la noticia, volteaba para ver si respiraba... “Hijo, hoy no vas a la escuela. Tu abuela acaba de morir, aquí te espero...”, pero ya no respiraba; y cuando le hablé a mi tía Lupe: “Mi hermana, Argelia, ay, hija, mi hermana... Dios la tenga en su santa gloria, Argelia, descanse en paz”, volteaba para ver si me llamaba; y cuando hablé a la oficina: “Deby, mamá murió, pásame con Menchu, por favor...”, pero ya no me llamaba; “Menchu, mamá acaba de mo...” Fue cuando... cuando solté el llanto, las lágrimas se hicieron para eso, para llorar pérdidas, abandonos, golpes, vacíos... Me ahogué en mis lágrimas mientras Menchu me consolaba: “Da gracias a Dios, Argelia, tranquila, hicieron todo lo posible, ya está descansando...”, y yo volteaba a ver a mi madre para ver si se movía, y Menchu: “¿Dónde la van a velar, Argelia...?”, pero no se movía... para ver si respiraba, pero ya no respiraba... Te fuiste, madre, con tu preocupación enquistada en el alma; te fuiste, llena de punzadas lacerantes, agujeros de dolor, dolor en tu sala, en tu cocina, en tus pocillos, cacerolas...; madre, muévete; madre, mírame; madre, háblame; madre, perdóname... “¿En Jardines del Recuerdo...?” Madre, escúchame; madre, consuélame; madre, bendíceme; madre, reza por mí... reza por mí... “¿Ahí la van a cremar?” Ahora ¿quién me va a dar la bendición?, ¿quién me va a soñar? Unamuno pensaba que *cuando se muere un ser querido que nos sueña se muere una parte de nosotros*.



Y yo que acudí aquel viernes 21 de mayo a mi primera cita con la tanatóloga, con un deseo ácido de prepararme para la muerte de

mi madre: “Me senté frente a la mujer que me esperaba, sin saber qué decir. ‘Argelia, ¿tu mamá sabe lo que tiene?’ Con mirada penetrante esperaba mi respuesta... ¡No!, le respondí espantada. ‘Si estuvieras en su lugar, ¿te gustaría saber la verdad o que te mintieran...?’”, creyendo que en unos meses estaría fuerte para su partida. ¿Cuánto tiempo necesitamos para prepararnos y estar de pie cuando nuestra madre se muere? ¿Unos meses? ¿Años? ¿O será que, tal vez, nunca estaremos preparados para eso?

Soy una región rodeada de desiertos, un insecto atrapado entre espinas... Te fuiste a un rincón de la sala, Arge, te sentaste para ver lo que sucedía a tu alrededor. Tu hijo se acercó a ti: “Mamá, ¿puedo ayudar a Conchita a arreglar a mi abuelita?” Reptil, así te sentías, “un reptil entre espinas”, mientras tu hermano salía y entraba de la casa perturbado, primero para buscar a un médico que certificara la muerte de tu madre, luego para que aceptaran el acta de defunción, que si el apellido no era el mismo que el que aparecía en el acta de matrimonio; entraba y salía lleno de papeles, embravecido, que si las fechas de nacimiento y la firma de tu madre tampoco coincidían, mientras tú permanecías inmóvil, muda (de nuevo), sentada en un rincón de la sala. Te sentiste extranjera (de nuevo) y sin un lugar (de nuevo), desconcertada al ver el rostro de tu hermano consternado y sin una lágrima..., “la muerte es ese amigo que aparece en las fotografías de la familia, discretamente a un lado, y al que nadie acertó a reconocer...”, mientras veías a Conchita sacar la máquina de coser Singer para hilvanar la sábana mortuoria, al tiempo que tu hijo perfumaba a la abuela. Llegaron Yuritzin y su hija Carmelita a darles el pésame. Carmelita, la niña que viste hace años cuando fuiste por tu hijo a la escuela. Estaban comiendo los dos juntos, tu hijo te comentó: “Es mi mejor amiga, mamá”. Tenían cinco años, Dios te tenía preparada una “familia” para tu hijo, Arge, porque Yuritzin, Carmelita y su abuela lo “adoptarían”. De ahí en adelante irías por él a la casa de ellas todas las tardes. La vida de tu hijo se

repartiría entre la casa de ellas y la de tus padres, en la casa de ustedes... muy poco. Estuvieron acompañándote, sentadas cerca de ti, respetando tu silencio, y sentiste el consuelo.

Se van antes de que veas salir el cuerpo de tu madre tapado con la sábana blanca. Estás en el mismo lugar, en la esquina de la sala, mientras tu padre le da instrucciones a los de la funeraria. Tu madre no sale por la puerta de la cocina, sale por la puerta principal, la que casi nunca se abre, la que es para los invitados especiales, para las ocasiones especiales y para las despedidas especiales. Esa escena la habías visto en películas muchas veces, pero hasta ese momento descubres el sentimiento de ver salir el cuerpo de una madre por la puerta de su hogar, en una camilla y cubierta con la sábana blanca. Es un momento muy prolongado, parecen horas, quieres abrir y cerrar los ojos y ¡ya! Pero no, la camilla no puede salir bien, los señores se mueven de un lado a otro, empiezan a bajar las escaleras, muy despacio, te da pavor pensar que tu madre se les pueda caer, y por fin te levantas, cierras la puerta y sientes un dolor en los huesos: es el definitivo adiós.

Se quedan tu padre, tu hermano y tú a velar a tu madre. En la madrugada del 18 de septiembre, con la espalda entumida y las manos congeladas, ves llegar a tus primos Billy y Martha, como si emergieran de una penumbra, con una bolsa grande de yute y varios termos. Empiezan a repartir sándwiches y una taza de café bien caliente a parientes y amigos. “¿Azúcar, tío Toni? ¿De qué lo quieres, Argelia, de jamón o huevo? Mateo, también trajimos chocolate, está bien caliente.” Todavía conservas el aroma, calor y textura de ese alimento providencial... el café pasando por tu lengua, tu garganta, casi ardiendo... Fue demasiada bondad inesperada en medio de ayunos, renunciadas y veladas. Llega el sacerdote Egidio a officiar la última misa a tu madre, todos alrededor de su féretro. Tu hijo se acerca a contemplar a la abuela: “¿Ya viste, mamá, qué rostro tan tranquilo y hermoso tiene mi abuela?”

Empieza la misa, los llantos. Tu hijo se lleva las manos a su rostro para secar las lágrimas, alguien la da un kleenex, no sabes que ésa será la última vez que lo verás llorar; pronto, muy pronto, dará un salto, tan grande, que se convertirá en un ser... demasiado adulto.

Decía Borges que para crear un gran libro quizá lo único necesario, fundamental y sencillísimo sea esto: debe haber algo grato a la imaginación en la estructura del libro, pero ¿cómo encontrar algo grato a la imaginación cuando los señores de la funeraria me piden reconocer a mi madre en el cuarto de cremación? ¿Qué palabras busco para intentar expresar lo que sentí al llegar a ese cuarto helado y verla tiesa y... y...? ¿Dónde están las palabras para decir lo que sentí cuando... cuando al abrazarla..., abracé también... también su sonda, su cánicula, la bolsa, aún, con su bilis?

¡Mira, mamita, ¿quién te iba a decir que te cremarían con todo y tu sonda?! “*Anda hija, ve con el doctor y pregúntale si me van a poder quitar esta bolsa...*” Ay, mami, pero qué lugar tan frío y desolador. Me pidieron que te identificara, mira cómo, cuándo vengo a reconocer que fuiste mi madre... y te quiero abrazar, pero no puedo; y te quiero besar, pero no puedo, estás demasiado dura, fría...sería...

En ese momento tuve ganas de salir a la calle y de gritarles a todos, a mí misma: “SÍ, SEÑORES, ÉSTA FUE, ES Y SERÁ SIEMPRE MI MADRE. Madre es un sustantivo que debería acompañarse siempre con un verbo en tiempo presente: es mi Madre. Tiempo único, total, universal. ¡ES MI MADRE!” Ese momento fue como presenciar una ejecución y el punto final de un gran fragmento de mi vida (el amor de madre es duro de soportar). Hay emociones tan fuertes que sólo Dios puede tocar, sentir. Un crematorio es el dolor circular que se expande, crece vertical, horizontalmente, hacia atrás, cuyos picos a los lados... hieren. Hieren.

La muerte, en fin,
es esa mancha en el muro
que una tarde hemos mirado,
sin saberlo, con un poco
de terror.

La espera mientras creman a tu madre se te hace imposible de soportar. ¿Cuánto tiempo tardarán? Preguntas una y otra y otra vez, y la respuesta es la misma: no lo sé, depende de la complejidad de la persona, de los huesos, de la grasa... tres, cuatro, cinco horas, cada cuerpo tiene su tiempo. Sientes como si estuvieras en aguas turbias o luchando contra un mar embravecido, quieres, de nuevo, huir... Estás a punto de enloquecer; te molesta si alguien llega... ¡Qué lento transcurre, a veces, el tiempo! Te inquieta si alguien se va... Te pone nerviosa si alguien te habla... Te enoja que no te hagan caso... La imagen del horno gigantesco, el ruido, la lumbre...tu madre... te convierte en un ser amorfo. Te entregan la caja; tu hijo te pregunta: “Mamá, ¿puedo cargar las cenizas de la abuela?” Sin tenerlo planeado, Mateo encabeza la fila de los que te acompañan a depositar las cenizas. Lo ves cargando la caja con un orgullo que no conocías, camina derecho, con el rostro en alto y con la dignidad de un nieto que aún conserva la inocencia. De regreso a casa de tus padres, tu hijo corre a meterse a la cama de la abuela: “Aquí dormía abuelita”, y se arropa: “Con esta colcha se tapaba”. Y se cubre, y se acurruca en la almohada y tú lo observas con asombro.

ESCENAS DEL ALMA

El curso de mi vida pasaba a través de la ventanilla del autobús aquella madrugada en que agarré mi mochila con deseo de emprender un camino... Los árboles corrían, se inclinaban, se

borroneaban fantasmagóricos a lo largo de la carretera... Mis brazos cruzados, mi nariz pegada a la ventana fría, la mirada clavada, perdida en el paisaje verdepino, mientras sentía la carrera vertiginosa del autobús para llegar al punto de partida y emprender el ascenso. Los árboles pasando fiiuuuu... fiiiuuuu... Fui. Fui mientras me sumergía en el asiento y veía mi vida que se cruzaba por mi vista exactamente como se cruzaban los árboles, y pasaban y pasaban y pasaban... Exactamente como se me pasó entregar una carta... de luto... y los árboles se quedaban atrás... atrás... atrás... Corrían arrasados por el viento que la velocidad del camión producía: fiiuuuu... fiiiuuuu... Yo, aquí, con una misiva retrasada que le escribí a mi madre y que guardé, que nunca le di... Mi pecho tiene rastros de su ausencia, llagas de su partida. Ya no soy la misma, por mucho que doble las esquinas de la colonia que me vio crecer. Rosa silvestre, en la vertiente de esta montaña, respirando orgullosa el viento, paralela al sonido de una cascada, te cubres de espinas para sobrevivir al frío y sentirte dueña de esta cima pedregosa. Mi alma palpita como una paloma entumecida por la escarcha. Rosa de montaña, soberbia, creciendo en la cresta de un volcán, viendo hacia el infinito, te quiero acariciar, pero no puedo, estás cubierta de espinas, como yo cuando tenía dieciocho años: mi madre me quería acariciar y yo la rechazaba; me quería dar un beso, y yo la apartaba; me quería abrazar, y yo la detenía. Creo que en el momento en que no permití que mi madre me expresara sus sentimientos, murió una parte de ella. Yo era joven, me sentía la reina del mundo y la vida me tenía que retribuir como si fuera mi sierva. Las heridas de mis manos me inmovilizan, las uñas de los dedos se me entierran; un rayo de luz, por favor... Regreso al punto de partida, abandono el ascenso, ¿o el ascenso me abandona a mí? Los árboles espigados... como la nostalgia de una madre cansada entrando a la cocina con una vela encendida en su mano derecha... Pero no logro oprimirme contra la pared, sacudir mi cabeza en aquel muro, dar el paso que me

conduzca al vacío. Los pinos flácidos, como el recado póstumo que le escribí y quise leerle en sus últimos días... y quise decirle todo esto... y quise hacerlo por amor, y quise decirle palabras blandas... y quise... y quise..., pero no pude..., no pude... ¡ay...! y nunca lo hice:

mamá, te confieso que no me fue fácil entender la lección que me querías dar cuando te diagnosticaron cáncer y te dieron nueve meses de vida. Me sentí muy valiente para enfrentar la situación, pero cuando empecé a ver que atender tu etapa terminal significaba renunciar a mi sueño, distracciones y placeres, entonces, mamá, no sabes cuánta, cuánta rabia me dio...

Ya no leerás esta carta, ya no la escucharás, ya no sabrás..., pero la esperanza de encontrar alguna redención me empuja a buscarte arriba, en el cielo; abajo, en las tierras bajas de mi mente..., pero la necesidad de encontrarte en algún ángulo de mis palabras, me arrastra... muchas veces dejé de ser yo para pasar a ser tú, madre.

El dolor de cabeza, un calambre, este miedo a resbalar, a quedarme atascada y no poder levantarme. Mi vida, ajena como una nube y a la vez ordinaria, es la realidad que siento aquí, aquí, en el centro de mi cuerpo, en medio de mis entrañas, la quiero sacar porque, al fin y al cabo, yo también, como muchos, pienso cosas horribles...

Duelen los muslos, los botines patinan, no encuentran acomodo, me obligan a tropezar... Deseo asquerosidades, miento, robo, ¿a quién le puedo pedir perdón y quién me lo puede otorgar? Los músculos flácidos, el sueño me vence, se avecina una tormenta: "lluvia, lluvia, vete lejos... vuelve, vuelve en otros tiempos..." ¿En qué momento? (Mira aquella pendiente, Arge, debe estar bien pedregosa, apenas se ven las puntitas de los árboles, el peñasco está muy profundo... Tú que lo querías cruzar...) ¿En qué momento perdí el camino? (Te hubieras despeñado.) Soy arrogante,

injuriosa. ¿Quién me podrá levantar un acta? ¿Quién me podrá demandar? ¿Quién más fue testigo, aparte de la cama de mi madre, el tocador, el espejo y las ventanas?

Reconozco, madre, que me dio mucho asco cuando tuve que aprender a ponerte el cómodo, a cambiarte de pañales. Acepto que tampoco me gustaba la idea de bañarte ni de vestirte, y menos aún de ver cómo te pinchaban los brazos para succionar una sangre que nomás ya no salía; no mamita, no me gustaba comer contigo, ni con mi padre, ni con mi hijo, en una mesa redonda donde ponía el mantel con la ilusión de ser una hija alegre y paciente: “¡Ya está la comida, hice espagueti, vengan a sentarse! Mira, má, a ti te hice sopa de pescado, la que te gusta... Le puse muchos, pero muchos ingredientes, condimentos y sal, a ver si le encuentras algo de sabor”. Pero la fortaleza de esa hija era de vidrio y se rompía como una cáscara de huevo: “¡Nadie comió! ¿Para qué, entonces, me pongo a cocinar todo el día? Y, tú, papá, ¿qué te pasa?, ¡siempre te sirves el plato lleno y ahora nada más por disimular te serviste sólo una cucharada de espagueti...!” Pucheros, muecas, en el rostro desdibujado de mi madre: “Ay, hija, mira nada más cuánto sufrimiento estoy causando, por mi culpa nadie comió...” ¿Por cuántas cosas tenemos que pasar para callar reproches? Yo, recogiendo la mesa, limpiando las migajas del mantel, organizando comidas, reuniendo a la familia para cubrir el silencio... Tirando la comida al basurero del mediodía: contenedor del tiempo rancio... y era en esos momentos cuando deseaba... deseaba tu muerte... y me llenaba... me llenaba de pánico... tú te dabas cuenta y no decías nada.

¿Cómo rendirle un homenaje al ser que se nos fue? ¿Cómo seguirlo amando, cómo estrecharlo, qué hacer con las caricias que se nos quedaron, con las palabras que nunca le dijimos? Atrás hay una cañada, arriba se acaba el camino y a la derecha hay otra pendiente. Estoy a punto de llegar, pero no lo logro, sigo en el

mismo punto oscuro de mis nostalgias y desenfrenos y no hallo un encuentro. ¿En qué momento perdí el camino de mi vida...? "...lluvia, lluvia, vete lejos; vuelve, vuelve en otros tiempos..." ¿En qué momento perdí el camino de mi corazón?

¿Sabes, má, qué abrió los ojos de mi alma? Verte cargar la bolsa de tu bilis con tanta resignación, y caminar hasta el baño arrastrando los pies para vaciarla: "¡Déjenme, déjenme solita, no me ayuden, yo puedo hacerlo!"

Y me siento lenta y sé que de un momento a otro me partirá el viento en mil pedazos... Mi vientre es un océano en furia, encendido. ¡Ay, con qué placer te arrastraría, estómago, hasta la tumba! Las víboras me persiguen. Truena, me tapo los oídos, me agacho y me escondo. La media luna menguante araña con sus puntas filosas mi esperanza de encontrar el camino de regreso... La esperanza, ese velo cobrizo alrededor de la gotita del pabilo de una vela... (Palabras, Arge, más palabras para que las llesves en tu bolsillo, para que las coloques en tu buró, en la bufanda de invierno):

mi

madreamor

jardínquetzal

sempiterna

¿Sabes qué fue lo que me ayudó a salir de mi ignorancia espiritual? Tus llamadas a las cuatro de la mañana para decirme con voz de hija rechazada: "Estoy empapada..." y al llegar a tu recámara percibía el olor fétido que despedía ese líquido amarillento, pegado a tu cuerpo, esparcido por tus ropas y sábanas blancas, entonces, mamá, ¡fíjate, fíjate hasta cuando!, me doblegué.

Es la llanura la que me contempla, ella es mi enfermera; el aire, mi medicina; los colores del horizonte, mi descanso. La tierra

color bermejo está húmeda, mis pies cansados... (Mira, Arge, la niebla está levantando, ahí va un indio con su caballo, aprovecha, pídele ayuda, pregúntale dónde está la carretera...) Me endezco, me sacudo el polvo y el indio me cede su caballo, me ayuda a subir, acomoda mi mochila en la parte de atrás del animal. Oigo los pasos lentos de este caballo manso, noble, mientras cabalga y me carga y me lleva amablemente aunrumbosintiempo, bajo el rostro plateado del firmamento.

Y esa hija vanidosa se sentaba con dulzura al borde de tu cama, buscaba tus piernitas entre las sábanas para empezar a limpiarte sin soberbia, sin prisas, con la tristeza de una flor trozada, conociendo apenas el valor de la paciencia.

La prisa la dejé atrás, como una estepa lejana, ya no tengo ningún afán. Los árboles me sonrén. Todo es gratuito, el caballo, las crines suaves, dulces y hermosas: compás amortiguado del tiempo pasando, las riendas sueltas, sin tensión, balanceándose entre las palmas de mis manos, el indio a mi lado mostrándome el camino, el piar de los pollitos, el sorbo de café caliente: un descanso compartido. Es como sentir la certeza de la soledad y aceptarla, es un dejar de hablar para escucharse:

Fue después de muchas de esas madrugadas que vi algo de luz, mi pecho empezó a abrirse y yo a amar tu dolor, madre; dejé de desear tu propia muerte, pues en las noches, al acostarme, oraba para que la sonda no se te saliera, para que tu piel no se manchara con ese líquido viscoso en estado de putrefacción, y para no tener que llevarte a las salas de urgencia, pero no porque yo sintiera flojera de atenderte o enojo por haberme levantado a esas horas, sino porque no quería verte humillada por médicos, maltratada por enfermeras, burlada por los hospitales y sentir tu fe quebrantada. Fue sólo hasta el final de tu proceso terminal que ya no sentía rabia, ni miedo, ni impaciencia; fue, mamá, hasta el final de tus días que dejé los

reclamamos a un lado, y no quería hacer nada más que estar a tu lado, las horas en el trabajo se me hacían largas para estar contigo; para entonces ya habías caído en agonía, y empezaste a dejar de moverte, de quejarte, pero seguiste viendo, sintiendo: “Mira, hija, a qué grado he llegado, me tienes que ver desnuda para cambiarme de pañal, es la peor ofensa que he recibido...”

Sigo cabalgando. ¡Qué placer inaudito éste de que alguien, algo, me cargue, me conduzca...! Tú quieres que yo llegue, madre, ayúdame porque esto de estar ausente me hace sentir de nuevo una mujer extraviada. ¡Qué placer inmenso éste de que alguien camine a mi lado, me muestre el rumbo! He procurado mirar sólo de frente, pero itodo está tan lleno de izquierdas, curvas y sinuosidades! El caballo me sostiene, me siento segura, subo y bajo lomititas, es el edén, el paraíso, saber que regreso hacia el mismo punto de partida, es la ley del eterno retorno. En este momento lo único que mis ojos buscan es la máxima quietud.

Sé que varias veces pasó por tu mente atentar contra tu propia vida, pero, entonces, ¿cuál habría sido tu enseñanza? Sabías que yo todavía tenía que crecer, pero todos los años que compartimos juntas fueron insuficientes para que yo entendiera lo que me quisiste decir durante nueve meses. Necesitabas mostrarme el significado del verdadero amor...

Yo, la irrespondida, cabalgo con el anhelo de llegar a un lugar donde el dolor termine y las manecillas duerman como un río en primavera:

Tu esperanza, madre,
esa yegua sin descanso,
aquel horizonte atrás del campo.

Debe haber algo que no produzca hastío ni cansancio. ¿Iré hacia la zona del silencio total? Hasta ahora no he oído hablar de un camino que me lleve a mí misma; a fin de cuentas eso se resume en ser lo que realmente soy, pues nadie encuentra lo que no lleva dentro. Henry Thoreau decía que es tan difícil verse a uno mismo porque es como mirar para atrás sin volverse.

Ahora entiendo por qué me siento sin rumbo, como si no perteneciera a ningún lugar, y es que siento que apenas empiezo a vivir, pero ahora con otra mirada y con otro corazón. Tu lección fue dura, madre, pues ni los dolores de tu cuerpo, ni los sedantes, ni las drogas, impidieron que tú me pusieras en el camino de la humildad. Me has dejado una enorme tarea.

Alguien, yo misma, debe quedarse esperando sin moverse, contemplando mi propio drama desde fuera, sin poder intervenir para que mis recuerdos colmen estos lánguidos trazos; ellos mojan mis letras, son sagrados, dibujan palmares, entonan sinfonías, oberturas en el valle secreto de mis latidos, a ellos les pertenecen las llaves de todos mis reinos perdidos

estoy apenas conociéndome, rescatándome para encontrar a Argelia, a esa niña que se perdió hace muchos, pero muchos años. Ahora me doy cuenta de que hace falta toda una vida, madre, para criar a una hija.

P.S.: Pon esta carta, madre, en el altar de tu corazón y sonríe, y juega, y canta y baila, que yo trataré de encontrarte en algún parque, de verte en la sonrisa de una niña y descubrirte en el fluir de una fuente.

Tu hija, Argelia

Yo soy la que ha sido, es y siempre será,
y ningún hombre ha levantado todavía mi velo.

Inscripción en el frontispicio del templo de Isis.

ENCIERRO

Septiembre 25, sábado

Argelia:

No sé cómo empezar a decir lo que necesito decirte. He escrito muchos principios de carta y todos me parecen torpes... Los principios, Ariel, son torpes como los finales, cuando decimos adiós, en el último trago, al colgar la bocina del teléfono, frente al espejo una mañana. Siempre estamos terminando-iniciando algo, tú esta carta, yo el duelo, y me siento torpe, muy torpe. El depa está solo, la recámara en silencio; la cocina a oscuras, hace días que no enciendo las hornillas de la estufa. Me he pasado los últimos días encerrada en el cuarto. En mi cama están esparcidos libros y hojas, en el suelo plumas, a un lado el baúl y sobre él la lámpara y una vela que iluminan un poco la desolación. El teléfono mudo, se acabaron las llamadas urgentes; el tocador gris, estilo provenzal, que mi madre me mandó hacer al cumplir quince años, no lo he usado; el secreter, que también me regaló, no lo he abierto, ahí guardé su libro de rezos, el rosario que Virginia le trajo de Roma y sus oraciones. Mis manos cansadas deshojan este capítulo también iniciado muchas veces. *Guardo con mucho cariño tus cartas, tus fotos y tu poesía; quizá más que con cariño, con respeto, pues tanto tú como yo nos atrevimos a decir cosas de adentro... Lo último que me dijiste fue más o menos esto: Mira, Ariel, yo pensé que tú no tenías ninguna relación con otra mujer y yo... paso, déjame sola... Te entendí y me dolió mucho...* Las vocales se detienen, tratan de escribir todas las batallas de esta gramática, pero están rígidas. Ahora mismo quisiera ser una

bayadera de tules verdes en estado de alerta para expresar con el movimiento de mi cuerpo y en forma de cruz

–*attention!*–

lo que no se puede decir de ninguna otra manera: los brazos extienden la furia y los hombros hacen pequeños círculos de resignación en un adagio lento, la fuerza y el balance del dolor se deslizan en el arqueado de la columna para abrir la ventana de la herida del miedo que se contornea en la espina dorsal; el temor se entierra en la punta de las zapatillas y entre piruetas y saltos se pierde en la cabellera negra de la bailarina y sus gasas flotan agitadas por los vientos revoloteando la caligrafía de la culpabilidad

–*ien aire!*–

mientras las palmas de las manos plasman el rechazo sobre el vientre; el abdomen se dobla ante el abandono y los dedos escriben en sus senos oraciones huérfanas para deletrear en ellos el desconcierto; sus caderas se contraen y desdibujan el fraseo de una queja sensual rodando por los contornos de su rostro para acariciar con dulzura lo innombrable de la calma donde la piel respira lágrimas, es el llanto del plexo solar para someter a lo agitado y desvanecerse en la soledad del escenario. La bayadera, en posición de rodillas, cae al frente de la zona del silencio total en el

–*infini!*–

bajo una lluvia de pétalos de rosas. Pero las palabras no logran atrapar estos sentimientos, la sintaxis se arrastra, ya no canta. Es preciso que deje de escribir y ponga un punto y aparte. ...*pues cuando tú y yo nos estábamos escribiendo, mi relación con Berenice había terminado, pero cabía la posibilidad de que ella tomara una decisión, cosa que nunca sucedió. Ella ahora está con su esposo y sus hijos...* Yo también, como ella, estuve dispuesta a dejarlo todo por ti para llegar

a tus brazos, pero, ya ves, heme aquí tratando de terminar una historia de recuerdos, esas claridades deshilvanadas emergiendo mansamente detrás del horizonte, esas pequeñas olas llegando rapidito, golpeando tu alma, metiéndose a los ojos con sabor a sal. Una historia que después de cien páginas de búsquedas y despropósitos quedó sólo en eso: en una fuga y muchos extravíos; en un borrador con taches y cruces para terminar en la hoja en blanco. *No te digo todo esto para acelerar nada, quizá sea sólo una explicación que mereces y, además, porque lo último que me dijiste fue que cuando arreglara mi vida, entonces veríamos...* No puedo seguir, Ariel, la escultura de mi vida queda incompleta, su cuerpo está vencido, laxo, el duelo me exige reposo, aislamiento, no me voy a maquillar para disimular sus ojeras; sus labios están pálidos, fue mi madre quien se murió y no ocultaré su muerte con un rímel. No he ido a la oficina, ni salido a la calle para nada, y no iré a Estafeta para enviar un sobre fantasma, quizá algún día... *Esto ya tiene un rato de haber terminado, pero no me atrevía a escribirte nada porque me sentía avergonzado y nulificado, no quiero que en tu vida quede un mal sabor...* El mal sabor que traigo ahora no es... por nosotros, Ariel, es... hasta ahora no me has preguntado por mi madre... (vamos, Arge, cierra la libreta, guarda la pluma). Quizás algún día esta escritura después de muchas hojas rotas cobre el matiz de la indulgencia, entonces podré continuar, mientras, ésta que escribe no soy yo, es la sombra tratando de sacar a la luz prefijos callados por la amenaza de un luto. *Vendrán muchas dudas acerca de nosotros hasta que no hablemos cara a cara, te escribo para pedirte que sigamos como estábamos, pero tú tienes la última palabra, así se escribe en los libros, así en la historia y no necesariamente me tienes que responder esta misiva...* Así he escrito capítulos, oscurecidos por el reflejo de mi mano en una libreta; iluminado por dos velas en cuya flama dorada-azul veía la imagen de mis mejores letras. *Quiero saludarte y desearte que todo allá esté lo mejor posible para ti. Seguirás contando conmigo, aunque hasta ahora no he hecho nada. Estuve en México la semana pasada y no*

*me atreví a hablarte. No tengo nada que esconder y tampoco soy un mentiroso, pero no sé por qué me invaden de repente los sentimientos estúpidos de culpas que, a veces a mi edad, ya no entiendo, y eso que, según yo, me supero día a día; si hubiera tomado la decisión te hubiera esperado en tu casa, en la calle de Progreso, en fin... por fin... sin fin... ¿Dónde nos volveremos a ver, Ariel? Todo este tiempo me la pasé imaginando que nos encontraríamos en los Viveros, yo me pondría el vestido azul de lino, sandalias blancas, un rebozo de manta blanco y los aretes de cuentas lapislázuli. Me sentaría en una banca a esperarte, rodeada de árboles, empapada de emoción, contemplando las ardillas correr sobre hojas húmedas cubriendo las veredas. Te veía salir lentamente de detrás de un olmo, sonriendo, con tus gafas de siempre y tu silueta juvenil para darme ese abrazo que el caballero andante le da a su amada bajo la luz brillante del cielo y me dirías: “Te quiero mucho, preciosa” *prometo ser diferente, menos nervioso y más paciente. Quiero enviarte una foto de mis hermanos y yo en la fiesta que Homero hizo en su casa. ¡Ándale! ¡Anímate! ¡Dime que sí quieres que te la mande!* Las letras llegan con esfuerzo, r-e-t-a-r-d-a-d-a-s. Me levanto, apago la veladora, cierro la ventana. ... *espero que no hayas roto mis cartas, pues nos pueden servir para la posteridad. ¿Cómo? Representan un vínculo, un móvil, un puente de persona a persona...* Corro las cortinas junto con el recuerdo, esa ráfaga de luz descolgándose por las paredes. Traté de escribir esta prosa sin los errores de la vida, pero fue pura ilusión. Mi pluma empieza a temblar, me duele el brazo, reclino mi cabeza en la almohada mientras los últimos rayos de la tarde se filtran por las rendijas de las persianas para iluminar, Ariel, dos siluetas tomadas de las manos caminando por calles de la infancia, al tiempo que nuestras madres horneaban empanadillas de manzana para venderlas a los vecinos. Me cubro con la colcha afelpada, dejo de sentir frío, estoy lista para recibir la noche ... *si no contestas mi carta, yo comprenderé y seguirás conmigo, y si me contestas, también seguirás conmigo... ¿Argelia?... Cuídate mucho, te quiere, Ariel.**

Están llamando a misa de siete, Arge, apaga la lámpara. El ritmo del campanario te trae, por fin, algo de paz, Arge. Guarda este borrador y la carta en el álbum viejo, acuérdate, eres mujer de montaña y no permitirás que una tormenta, una ventisca, te quite el aliento y te deje con la vista nublada. Escucha, ahí viene *Mr. Sandman* cantando tu sueño: vas en una barca hacia el día en que puedas sonreír. Tu cuerpo descansa, la sal marina lo cura y se balancea con el ritmo de altamar. Argelia, caracola marina, flota plácidamente y juega con el vaivén de las olitas cristalinas verde-agua, arrullada por la brisa de los ocasos; entra a su templo olvidado y contempla su mirada benigna, antigua, y tu prosa, Arge... Tu prosa es esa canoa en busca de un objetivo desconocido para soltar amarras en un puerto que no ha sido hollado por pies humanos, donde la luz descalza del mañana te muestre los primeros pasos de un... un amanecer.

CONFESIONES DE UNA ESCRITORA NEONATA

*...y todavía hoy, el suceder de este corazón mío,
lo que copia es el eco de aquel tiempo;
y cualquier hilo de mi cabello blanco que usted arranque
declara lo real de aquello: sin traslado...
allí, yo delante de las puertas abiertas
para ir libre por las anchuras de claridad...*

João Guimarães Rosa

LAS INFLUENCIAS

Hace años tiraba al basurero cartas, correos, diarios, recados y el álbum de los recuerdos de aquel 1999 cuando, de repente, las manos se detuvieron. Recogí los papeles y me dije: “Algo se puede hacer con esto”. Creí tener el relato inicial: Argelia recorrería a lo ancho y a lo largo Madre, Hospital, Ariel, Padre, Ana Laura, Voz y Muerte.

Era un sábado 30 de junio de 2001 cuando Alma Velasco me llamó: “Lupita, creo que te caería muy bien entrar a un taller literario. Conozco a alguien que te puede ayudar mucho. Se llama Maricruz Patiño, márcale, dile que yo te di su teléfono”. Aquí se confirma, Alma, la tesis de Guimarães: “Siempre toda acción principia por una palabra pensada. Palabra oportuna, dada o guardada, que va abriendo rumbo”, pues fue Maricruz quien desde un principio creyó en mí, en el proyecto y me impulsó a trabajarlo.

No era yo quien tenía el primer párrafo, era, precisamente, la Palabra. Ella decidió los tiempos de descanso y de obsesión. En los puntos suspensivos del corazón de mi madre, las cuartillas ya habían hablado... se contraían en las pausas del caminar de Argelia... respiraban en los complementos indirectos de Ariel, y en el punto final de la Muerte, vivieron.

Al tiempo que escribía los primeros capítulos tratando de darles forma y tono, Maricruz nos había pedido que leyéramos *Conversación en la catedral*, de Vargas Llosa. Una tarde en que disfrutaba los monólogos internos de Zavalita, de repente dejé el libro, me levanté presurosa del sofá, prendí rápido la computadora y de un lugar inesperado descendió el “Órale, Arge...” Las manos tecleaban con el compás de lo febril. Así nació *Impromptu* y, con él, la estructura, el lenguaje, el timbre de la historia. Por medio del *Órale, Arge...* la escritura se movió y salieron vocablos para destilar el mundo oscuro de sentimientos y emociones. La narración sin curvas, horizontal y seca, empezó a deformarse y a beber, a salirse del margen y a revelarse.

No volví a estar tranquila. A partir de ese momento sentí como si trajera liendres pegadas a la piel. Escribir vino a ser una obligación más de la casa; logró convertirme en aliada de las noches, obrera del lápiz y esclava del papel; a la escritura tenía yo que rendir, cuidar, alimentar y obedecer, como se obedece a un tirano, a un dictador.

Órale, Arge... brocha del lenguaje.

Recuerda... cincel de la estructura.

No olvidas... pretexto de los sueños y pesadillas.

Impromptu... pilar de la narración.

A Vargas Llosa le brindo una copa plena de asombros y gratitud, con el sonido de la espuma: filigrana brillante en la orilla del mar.

En el *Obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso, le perdí el miedo a los sustantivos grotescos, a leer en voz alta calificativos altisonantes y a pronunciar pensamientos prohibidos. *Mudito*, rastreaste

mi voz enquistada en el paulatino adiós de mi madre; me enseñaste a modular el sonido infrahumano del deterioro de su enfermedad. Fuiste bisturí que rascó y rascó hasta sacarle pus al adjetivo cruel en el disimulo de un hogar. *El obsceno pájaro...* me llevó de la mano hacia la imagen mordaz de la muerte que al final se lleva, en la mayoría de los casos, nuestra identidad perdida. En una “Casa de la encarnación de la Chimba” me enamoré de lo deforme y, con avidez morbosa, las letras fueron no hacia la Casa de la Encarnación, sino hacia una cocina con olor a aceite caliente para escribir sobre las paredes embarradas de grasa, lamentos de resignación. La pluma se convirtió en el bisturí frío del análisis para dejar al descubierto el rostro del animal sin antifaz. José Donoso decía “los viejos tardan tanto en irse...” y yo me atrevo a preguntarle: ¿qué vejez y muerte no son ya dos... dos acontecimientos demasiado... demasiado pesados para llevarlos? ¿Beberlos? ¿Dormirlos? Corren paralelos como una vía de tren, y como la vía de un tren llegan juntos a su destino.

El *Gran sertón: Veredas*, de Guimarães, me ayudó a conformar esa voz que le habla a “Arge”. El sertón lo vi como el lugar donde la conciencia de Riobaldo podía fluir: “vigila Riobaldo, no dejes que el diablo te ponga la silla...” Ahí me di cuenta de que la historia necesitaba un marco, de esos que contienen el alma para no sucumbir. La voz interior se hizo imprescindible, como la mirada eterna de una madre vigilante a la que casi nunca se llega. Cuando analizamos la lectura en el taller, Maricruz nos había dejado hacer un ejercicio barroco inspirado en *El Gran sertón. Luna barroca* fue uno de esos intentos.

NO HAY ACCIDENTES, TODO OCURRE TELEPÁTICAMENTE

En *Yo confieso* descubrí con asombro la segunda y definitiva muerte de mi madre. Volví a llorar, pero ahora con la experiencia que

dan las segundas veces, con calma e intensidad. Las lágrimas sabían diferente, a más agua y menos sal... se sentían más líquidas, menos densas... traían la compasión de quien está aprendiendo a sentirse a sí mismo. El llanto fue más libre, empezaba a vivir un segundo luto.

EL AZAR DE LO INACABADO ES HERMOSO Y COMPLEJO

Para terminar el último capítulo, sentí un impulso vehemente de irme a un cuarto de hotel y, con urgencia grosera, alejarme de todo y de todos. Entré a la habitación como se entra a un lugar amado de la niñez. Corrí las cortinas, encendí la lámpara, me recosté y en la cama extendí libretas, apuntes y plumas. Escribí *Encierro*. El espanto de la lejanía de los adioses, de un segundo duelo sucedió así, solo. Le aseguro a usted que yo no lo traje de vuelta; *Encierro* transcurrió y murió solo en una coincidencia mágica. Al salir del hotel, el amanecer tenía los mismos colores de aquella mañana siguiente a la muerte de mi madre, y yo con la exacta oscuridad de la soledad de no querer estar en ningún lugar, ni hablar con nadie. Tampoco puedo decirle cuán altas estaban las nubes, qué celaje tan claro tenía el cielo... el silencio etéreo y volátil que yo respiraba. ¿Percibe usted el descanso triste con que los pies iniciaron de nuevo la marcha?

Alma me llamó a la semana para invitarme a una conferencia que daba Vargas Llosa en el Instituto Cultural de España, sobre su último libro *El paraíso en la otra esquina*. Acepté y acudí viviendo el hallazgo de mis escritos. ¿Por qué tuve que conocer al escritor que le dio a los pensamientos e ideas aire, pausas y ritmo, precisamente al terminar el último capítulo?

De esa conferencia extraigo lo siguiente: “Julio Cortázar decía que el orden de la casualidad es un orden secreto... veo la imagen de mis mejores letras... nada ni nadie impedirá que escriba mi

tema... estamos viviendo el fin de las ilusiones y de la esperanza...” y lo seguiré haciendo por los libros y los libros, así sea con el recuerdo azul de Zavalita en la puntaesquina de su “Conversación...” con su traje gris colgado en el perchero de la esperanza. Recuerdo que lo encontré hace tiempo con ese intruso dolor en el centro del estómago, en medio de traiciones y engaños, tratando de conocer la verdad, concluido, sin respuestas, y es que alguien necesitaba saber la verdad imaldita sea! ¡Que alguien diga la verdad! Lo contemplo sentado en Catedral, como Penélope, esperando que alguien atienda su monólogo, con el silbido ronco de la armónica de Sonny Terry expidiendo su magia raspante, mientras Zavalita ingiere el vaho del aguardiente, se pierde, deambula como merolico de calle en calle, cárcel tras cárcel... y mis dedos escriben, maestro Vargas Llosa, mi mente dicta, y los borrones se suceden uno tras otro por los siglos de los siglos. Siento que empiezo a caer como un Altazor sin paracaídas, caer y caer desde una altura amarilla que no tiene fondo, el vértigo me dobla. Caer de domingo en domingo, caer en el silencio, en el golpe sordo de la puerta cerrada del hijo, en el reclamo sucio... ¡que alguien me rescate, maestro! Caer, caer hasta el Juicio Final de estas entrañas que parieron y que ya se acostumbraron al sabor lumbre, mis lágrimas cabalgan sobre horas anochecidas, no puedo detener la pluma ni mi mente ni la memoria, no hay movimiento ni sonido ni recuerdos... ni...

ESCRITURA AUTOMÁTICA

Maricruz Patiño, ¡cuántas veces escuché tu voz a las tres-cuatro de la mañana: “Levántate, Lupita, termina el capítulo...”, cuántas noches te soñé pidiéndome que no dejara de escribir... Alicia Lorzano, ¿dónde quedó el encuentro de nuestras miradas?, ahí sentadas frente a frente, en la mesa del taller de Maricruz, tus manos

acogiendo mis escritos, enhebrando la idea con dolorosa fidelidad... Anel Ávila, tú que fuiste la única en nombrarme Argelia, busco tu rostro con la fe de una niña y espíritu contento diciéndome: “Argelia, tu prosa es poética, trabájale en ese tono...” Carla Zenzes, Cristina Harari, Adela Argumedo, muéstrenme de nuevo aquellas tardes en que cosechamos juntas campos de metáforas, leyendo en voz alta... tallando, dibujando un ensayo de la vida como una puesta de sol. Yo, de todo esto, me acuerdo... llegaba al taller con cara de asustada, les presentaba mis manuscritos, mientras el corazón aceleraba palpitaciones nerviosas...; al terminar la sesión, bajábamos juntas las escaleras y yo con mis cuartillas empapadas de ilusión... sí, de todo esto me acuerdo y he de acordarme mientras exista cielo. No olviden, los recuerdos son como una ola de mar, llegan de repente, sin hacer ruido, con la tibieza del momento, trayendo horas antiguas que han quedado mucho más cerca de uno... y el color del poema nos visitaba, llegaba a través del árbol de tule, con el repicar del campanario, los miércoles, entraba por las ventanas abiertas el hilo sedoso de la idea, a las seis de la tarde... rozaba nuestros pitillos, tazas de café, soplaba en nuestros rostros la brisa de los ocasos, mientras el sonido de una lenta lluvia descendía a nuestras letras para desgranar página por página el aroma de la paciencia. Ustedes no sólo fueron testigos del nacimiento de mi voz, también escucharon su carcajada, su llanto, la queja de la cobardía... todo esto, escúchenlo muy bien, todo esto fue mucho más importante que la misma culminación del relato... y este párrafo que he subtítuloado “escritura automática” no lo voy a pasar en limpio... quizá usted encuentre errores de sintaxis, a lo mejor Maricruz ya vio redundancias, de seguro Cristi descubrió signos de puntuación mal puestos y Carla lugares comunes... anden, corrijan, pongan... yo sé que quieren hallar el rumbo de esta incoherencia... pero que quede claro, no lo voy a pasar de nuevo... así quedará impreso... Perdonen los taches, las cruces, este borrador es como la vida misma, contiene interrogantes

y errores, no es perfecto, pero les lleva la frescura y los aires del movimiento de una llama de luz agradecida... este párrafo es intocable, le pertenece sólo a las que vivieron conmigo una segunda muerte y un segundo duelo... Maricruz, colma estos lánguidos borrones y sofoca de una vez por todas la locura de este desenfreno... Licha, Anel, vistan de largo las letras, vamos a su fiesta y expresemos con elegancia el vals de su nacimiento... Carla... sigue dibujando palmares... Cristi... entona sinfonías de vocales... Adela, moja la música de este corazón... a ustedes les pertenecen las llaves de todos mis sueños perdidos, alfareros ansiosos del no-olvido... rían, canten y bailen como el mar, mientras las estrellas se burlan de su abundancia... estos recuerdos descansan seguros, resignados, entre geranios y se los ofrezco con un ramillete de añoranzas, y una corona de victoria inmortal... Este párrafo no puede fotografiar la mirada de agradecimiento, tiene sólo alma y espíritu como mi madre, sí, ella siempre supo demasiado bien que:

Si dejo de escribir
pierdo el contacto conmigo misma
con la realidad.
Escribir, madre,
sobre el costurero de tus mañanas,
hasta sentir el interior fragmentado
por la arena del silencio.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Amaranta Medina Méndez

Se terminó de imprimir en noviembre de 2006

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC